

El observador

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

IGOR VIVERO ÁVILA

El observador



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Juan Jaffet Millán Márquez
Secretario de Educación

CONSEJO EDITORIAL

Presidente

Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros

Rodrigo Jarque Lira, Juan Jaffet Millán Márquez,
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo

Roque René Santín Villavicencio

El observador

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2017

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Ranulfo Igor Vivero Ávila

ISBN: 978-607-495-612-2

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/45/17

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

1

La noche para Marcelo —como en otras ocasiones— no trajo sueños. Una vez más el insomnio lo visitó. No se resistió a permanecer en la cama dándole vueltas a sus pensamientos. Resignado, esperó el amanecer; contempló por la ventana la mañana espesa de niebla; el frío le esperaba al salir.

Los árboles con sus ramas hacia el cielo, cubiertas de escarcha, parecían de cristal. Había calma. La ciudad todavía no despertaba.

Tenía tiempo para pensar sobre la llamada del coronel. *¿Valdría la pena regresar?* No le iba mal en este país, los viejos de mirada melancólica, amables, le respetaban, eran lo suficientemente distantes para sentirse cómodo. El idioma lo aprendió al paso de los años, extraño, riguroso, pero al fin útil.

Sus trabajos no le exigían un uso amplio del vocabulario; levantar y dejar botes de basura no requiere un doctorado en filología, tampoco recoger las hojas de los parques. El servicio que prestó hace años a los *hijos de* le dejó una visa que le permitía vivir con trabajos esporádicos. Además, estaba la pequeña Henriette, quien le había devuelto una alegría perdida: estar con una persona sin aprensión. Sus preguntas, sus juegos, su risa y llanto, su inagotable imaginación eran lo que Marcelo había recuperado del oculto rincón de sus emociones.

La vida de Marcelo tenía ya una solitaria y estable calma. No valía la pena regresar, se convenció mientras la luz del día seguía escondida tras la espesa niebla y las farolas ámbar de las calles bien trazadas alumbraban con dificultad a los primeros transeúntes del día: escolares y oficinistas que, cubiertos con gruesas chamarras y gorros de colores, caminaban sin resistencia hacia la rutina diaria.

Sin embargo, el pozo que aparecía en sus malos sueños, al que se adherían los recuerdos —gritos, súplicas, muros de miedo— de los cuales ahora Marcelo estaba lejos, lo reclamaban. El pozo lo seguía esperando. Él lo había habitado por tanto tiempo que el olvido no era suficiente. Llevaba las marcas del recuerdo en el cuerpo: un par de costillas astilladas, la rodilla izquierda reconstruida, en la piel morena un espacio de pigmentaciones rosadas a consecuencia de los lengüetazos del fuego, además de rasgaduras y zurcidos mal terminados y un pulmón traspasado por una ojiva calibre treinta y ocho.

La mirada de Marcelo era la de un pirata con el párpado izquierdo caído que le servía de parche. Una pequeña rendija de una mirada que no pudo ser se asomaba por momentos en ese ojo. Su cuerpo

enorme, castigado y remendado, le permitía moverse despacio en un entorno que no esperaba nada de él. El dolor físico era otro conocido más en su renguear cotidiano.

Hay regresos contra nuestra voluntad y Marcelo pronto los iba a conocer.

2

Edmundo terminó de hablar con un cansancio mayor. Volvió esa lastimosa duda que lo acompañaba desde hacía muchos años: *¿Estuve aburrido?* Recordó sus años de estudiante, cuando soñaba despierto ante los monólogos de sus profesores en los cursos de la Universidad: Teoría del Estado, Pensamiento Clásico, Teorías de las Formas de Gobierno y una larga lista de asignaturas de las cuales no recordaba más que esos nombres inescrutables. La memoria le devolvía un sopor a causa de las voces monótonas de los profesores, citando nombres y apellidos mal pronunciados de autores mal interpretados; las malas traducciones y las lecturas superficiales —si es que las hacían— no ayudaban a despertar el interés en los alumnos, quienes ya soñaban con sus puestos en el gobierno. No importaba si hacía frío o calor, Edmundo caía en el vacío de la ensoñación, en

el arrullo que mecía sus pensamientos como péndulo, de un lado a otro, junto con la voz trémula del profesor en turno: “Marx nos ha mostrado lo rapaz del capitalismo salvaje”, *tengo que estudiar para el examen de Pensamiento*, “La lucha de clases es inevitable”, *la beca se retrasó*, “La Revolución, la vía de despertar a estas clases oprimidas”, *el cabello de Amelia*, “Cuba nos está enseñando cómo no vivir de rodillas”, *sin la beca no me alcanza para ver el estreno de Buñuel*. Aquellos exaltados profesores que en los descansos recitaban de memoria el significado de los cinco puntos de la estrella de Mao y su *Libro rojo*, aquellos barbones de morrales luidos comentando el épico golpe al Cuartel Moncada como si hubieran participado. Los mismos que treinta años después cobraban en oficinas de gobierno o se disfrazaban de opositores en partidos llenos de facciones —las mismas desde los años de estudiantes (“Larga vida a la facción”, parecía ser el lema)—; los mismos profesores que, al regresar Edmundo de su doctorado en Europa, hicieron hasta lo imposible para no contratarlo y se mofaban a sus espaldas, o delante de él, con el chiste trillado de “Lo doctor no quita lo pendejo”. (Edmundo aprendería con los años que hay sabiduría popular que no debe descartarse aunque incomode.) Era una época donde terminar un doctorado en ciencias sociales era una rareza para fustigar. *Ahora, se dan doctores como setas en temporadas de lluvia. Producción en serie de doctores, vía las empresas universitarias. Buen negocio del que soy parte. El extraño y mezquino mundo de la academia.*

—Doctor, muchas gracias por su conferencia magistral. La directora del Departamento lo está esperando —le dijo la joven que se presentó como la coordinadora de la licenciatura. Una muchacha rolliza de cabello negro rizado.

—¿Qué tan repetitivo estuve? —preguntó Edmundo.

—Para nada, doctor, encantados con su conferencia —dijo la joven sin desprender la mirada de su celular.

Edmundo sintió que algo le arañaba el interior del ojo, se quitó los pesados lentes de pasta que empequeñecían sus ojos saltones y su entorno, borroso, era un cuadro impresionista mal pintado, parpadeó hasta soltar unas lágrimas, sacó el pañuelo blanco del pantalón café de pana, se limpió despacio los párpados; al calzarse los lentes pudo distinguir a una joven de figura menuda vestida de jeans y playera ajustada, con un teléfono celular que le servía de grabadora y que acercaba a la cara de Edmundo a una distancia que lo incomodaba.

—Usted cree que hubo fraude en las elecciones —dijo la chica a modo de pregunta y afirmación.

Edmundo intentó buscar con la mirada a la coordinadora.

—Hoy declaró el candidato que se van a la resistencia civil y que desconoce el resultado. Es un gobierno ilegítimo, ¿verdad? —una mano llena de pulseras coloridas sostenía el teléfono que lo seguía apuntando.

—¿Usted piensa que hubo fraude, sí o no? —se empezó a impacientar la chica ante el silencio de Edmundo.

—No sé de qué elecciones me habla, señorita —respondió tajante Edmundo mientras juntaba los papeles de su conferencia esparcidos sobre el paño que cubría la mesa. La chica del teléfono celular

fue empujada por un hombre de traje negro y corbata de un color cromado que resaltaba en ese aspecto fúnebre.

—Lo felicito, doctor —dijo el hombre—, fue una memorable conferencia magistral. —Edmundo percibió su aliento a menta que intentaba disimular los olores del café y los cigarros de la mañana.

—Soy el maestro Zaldívar, Joaquín Zaldívar con “zeta”, comisionado propietario del Órgano Autónomo de Fiscalización, el Orgafis —hablaba sin importarle si Edmundo lo escuchaba—. Nos encantaría que pudiera ir a dar una conferencia magistral al Orgafis. La semana pasada tuvimos la oportunidad de contar con la participación de Lupita Valverde con el tema “Las mujeres en los medios de comunicación”, y ahora buscamos un perfil más sobrio, como el de usted, que no sale en la televisión —mientras hablaba sacó de la billetera una tarjeta que Edmundo sintió aletear cerca de su nariz, observó las ostentosas mancuernillas que apretaban los puños ennegrecidos de la camisa, miró con disimulo el grotesco reloj, imitación de oro, que colgaba de la muñeca y cascabeleaba cada vez que movía las manos. Este hombre habla con brazos y manos, pensó Edmundo.

—Gracias por la invitación; en este momento no tengo mi agenda, pero me comunicaré con ustedes —fingió su interés por aceptar, mientras buscaba a la joven coordinadora con la mirada. No había tantas personas como para no verla. Seguía sin aparecer en su visión.

—Doctor, si nos da un teléfono para llamarle... —no pudo terminar la frase el comisionado del Orgafis porque una mujer gruesa de vestido florido ya se había interpuesto entre ellos. Se aferró al brazo de Edmundo, quien percibió su perfume dulzón y un maquillaje que tenía su propio aroma. Estaba tan cerca de Edmundo que se

apretujaba con sus carnes a él. No lograba discernir dónde iniciaban y terminaban los enormes pechos de la señora.

—Doctor, me encantó su último libro sobre..., se me fue el nombre —le dijo con voz ronca de fumadora. Lo tenía inmobilizado por un costado y lo manejaba cual figura de barro—. Fíjese que somos un grupo holístico de amigas; nos reunimos cada miércoles; a veces llevamos al cine a los niños de la escuela secundaria técnica de Santa Ana, un barrio que está a las afueras de la ciudad —aquí la mujer casi le deletreó el nombre y pudo ver sus dientes manchados por el carmín de sus labios— ¡Viera qué felices son esos niños viendo las películas! También pueden comer palomitas y tomar todo el refresco que quieran. Nos gustaría que pudiera acompañarnos a las actividades de los jueves por la noche, es un círculo de lectura —dijo la señora y volvió a hacer énfasis en las palabras. Edmundo percibió el olor del caramelo que chupaba—; los temas son libres —continuó apretando el brazo de Edmundo—, muy amplios, hemos tenido desde cómo hacer un jardín orgánico en casa hasta una conferencia de astronomía sobre las elipses que trazan los planetas, nos la dio el hijo de Maribel, la tesorera del grupo, él estudia su doctorado en Boston, fue muy interesante...

—Doctor, ¿nos vamos? —le dijo con un tono burlón que le produjo alivio a Edmundo. Era la joven coordinadora. *Todavía no sabe que le esperan unos diez años de becas entre posdoctorados y proyectos de investigación, jornadas maratónicas de docencia, junto con las inacabables comisiones que le asignarán, todo para poder intentar buscar una plaza dentro de la Universidad. Hasta que una nueva generación de graduados, más especializados en temas sin relevancia pero de moda, se lleven los presupuestos de la administración científica. Aquella joven (un día dejará de*

serlo) seguía allí para conducirlo a su siguiente actividad y Edmundo, como animal adiestrado, siguió el látigo de su voz.

3

Minna se hurgó la uña del pulgar izquierdo; no encontró nada, sólo la distracción que producía el ligero contacto entre sus uñas. La tranquilizaba. Había llegado a la reunión de las nueve de la mañana y, veinte minutos después, aún seguía esperando en el pasillo frente a la oficina de Joaquín. Mientras esperaba, jugaba con su anillo de plata con una piedra que ella misma había cortado; lo subía y bajaba a lo largo del dedo, lo sacó y colocó en la boina roja que sostenía sobre sus piernas; el anillo parecía una pequeña corona sobre un cojín rojo. Imaginó que esa corona era de un ser diminuto, un duende real o un noble duende. Había madrugado para arreglarse, cambió un par de veces el atuendo y, con el andar de los minutos, se decidió por ese pantalón ligero, color claro, que se ajustaba a sus firmes y redondas caderas; se cercioró de que la tanga no se marcara

ni transparentara y se miró con agrado en el espejo ese cuerpo al que le dedicaba diario una hora de gimnasio. Escogió una camisa roja de su armario donde colgaban, alineadas y por colores, camisas, faldas, pantalones, trajes sastre, esperando a ser seleccionadas según el clima y el humor de Minna para la mañana, tarde o noche. Antes de salir a su reunión en la agencia se pintó un poco los párpados y los labios; su tez blanca y los ojos claros se adecuaron a los tonos discretos del maquillaje; su cabello dócil y brillante lo amarró con una improvisada vuelta hacia arriba de la nuca; se calzó unas botas y una cazadora de cuero color miel. A reserva de lo que le fuera a decir Joaquín, quería que le insistiera, una vez más, en salir con él.

—Puedes pasar —le dijo Joaquín al abrir la puerta y despedir al redactor en jefe, quien le soltó un resoplido a Minna de buenos días.

—¿Y ahora qué le hiciste? —le dijo Minna a Joaquín mientras se acercaba para juntar sus labios a su barba de días. Percibió el olor a maple. *Tan temprano y ya empezó a fumar*— A qué debo el honor de que me convoques tan temprano —continuó con un tono meloso ante la falta de atención de Joaquín.

—Hay cambios en la agencia —respondió él en un tono seco, como el aire que se percibía en la oficina—, no podemos seguir manteniendo los espacios en papel —Joaquín miró con desdén su escritorio, estaba lleno de papeles revueltos, tazas manchadas con asientos de café secos, la pipa a medio consumir y los ceniceros con mezcla de tabaco rancio y mal quemado—. Estos cacharros —Joaquín señaló con la mirada el celular, la tablet y la computadora encendida— jodieron el asunto. Publicar información de un día después... de una hora, un minuto, ya no sirve. Estos niños que se hicieron millonarios con sus redes sociales nos jodieron... Hay

recortes, tenemos más gastos que entradas. La publicidad disminuyó en la agencia ¡Setenta por ciento el último mes! Tenemos esta disputa legal con el gobierno y la ley mordaza nos está exigiendo revelar nuestras fuentes —Joaquín tenía los ojos rojos, la camisa blanca arrugada remangada hasta los codos, el cabello revuelto. No miraba a Minna, seguía hablando—. Se va a cerrar tu sección —dijo Joaquín, ahora con un tono de fastidio, viendo a la calle a través de la ventana—. Queremos una entrevista más, es con Edmundo Aguilar. Tendrás que hacer el contacto tú, por fin la oficina de protocolo o esa pendejada que inventó la novia del *boss* —hizo un movimiento inclinando la cabeza— se cerró. Al menos las crisis tienen algo bueno: nos quitamos a esa vieja de encima. ¡Ay, perdón!, se me olvidaba que es “tu amiga” —le dijo arrastrando las palabras mientras se llevaba una mano a la boca.

—¿Quién? —respondió Minna, aferrada a la silla, con las piernas cruzadas y apretadas, sin dejar de sentir el vacío en la boca del estómago y el frío que le recorría desde la nuca hasta la espalda.

—Tu amiga, la señora Grajales...

—Por qué no me dices mejor que me estás despidiendo y que quieres tu pajita de despedida —ahora no había frío en el cuerpo de Minna, sentía un calor que le recorría el cuerpo; el maquillaje cedió ante el rubor de su cara—, por qué mejor no me dices que... —quiso continuar, pero el sonido del teléfono la interrumpió; Joaquín manoteó por la mesa buscando bajo los papeles— ¡Chingada madre, te dije que ni una pinche llamada...! —jaló el teléfono que cayó al suelo acompañado de un crujido; con el auricular en la mano, Joaquín parecía un cavernícola que había arrebatado el último hueso—. ¡Te dije que no quería recibir ni una, ni una pinche llamada...!

—le temblaba la voz del coraje—. Que no suba, ahora bajo. ¡No!, dile que ya salí de la oficina que estoy bajando. —El rostro de pesar de Joaquín se transformó en un intenso rojo, los ojos se agrandaron como si algo le apretara por dentro.

—Lo que me faltaba: que esta pendeja venga a hacerme su numerito —se llevó las manos a la cabeza como si quisiera exprimírsela—. Queremos la entrevista para la próxima semana, lo demás lo ves con el contador —alcanzó a decir Joaquín, bufando y azotando la puerta tras de sí.

Minna volvió a frotarse la uña intentando recordar el nombre. ¿Efraín Águila?, se preguntó, quién habitaba ese nombre para merecer ese último número de *La Tercera Página*.

Los planes de antes de ver a Joaquín y continuar las salidas se desvanecieron. Estaba molesta con ella misma por arreglarse para él, por estar en ese trabajo. Se levantó, cogió su bolsa colorida y se caló la boina, no era un invierno frío y a esa hora de la mañana la escarcha ya habría desaparecido. Miró la oficina antes de salir. Una súbita alegría la invadió; sentía como si hubieran abierto una válvula de escape en esa oficina revuelta de aire y humo atrapado.

—A la mierda —se dijo Minna entre dientes—, mejores trabajos tendré. Se consoló.

Sin embargo, la puerta aún no estaba cerrada del todo y, como era su costumbre, dejó ese cordón flexible que le daba movilidad y la invitaba a creerse la historia de libertad e independencia en sus actos; no obstante, sus movimientos seguían atrapados a esos hilos

delgados, transparentes. Esa línea inicial de la telaraña la mantenían en pie. Pensó que ésta era la oportunidad de cortar de tajo, pero es difícil cortar algo que nunca se ha visto y menos percibido. El filo para hacerlo todavía no la visitaba.

4

El coronel lo esperaba sentado en una de las mesas del fondo en la cafetería donde lo citó. Era un lugar anodino como todos los de esas franquicias y de las cuales es difícil escapar: prefabricados, sin un toque personal de quien lo atiende. La comida insípida, disfrazada de productos biológicos y apoyo a productores locales. No importa el país donde se esté, esos lugares huelen, se ven y escuchan igual.

Al llegar, Marcelo dudó si la persona con la esponjada chamarra color azul sería el coronel —no vestía el uniforme ni las gruesas botas—. Parado en la puerta de la entrada se quedó un momento buscando a otra persona que cumpliera con su recuerdo. Hasta ese día nunca lo había visto sin el uniforme. Observarlo vestido de civil con esa chamarra una talla más grande, los pantalones de mezclilla y los mocasines negros lo hacía menos respetable ante la mirada

de Marcelo, que las insignias y las botas lustrosas que recordaba. Demasiados años sin tener contacto con él para detenerse a pensar en esos cambios. Al acercarse, reconoció su figura maciza, de espalda amplia y brazos cortos fibrosos que quedaron al descubierto cuando, con un movimiento rápido y preciso, se quitó la chamarra. Parecía que toda la masa muscular no había terminado de repartirse en su cuerpo y se concentraba en espalda y tórax, su apodo en la academia fue *el Tapón*.

A medida que se acercaba a la mesa, Marcelo sentía cómo la mirada del coronel lo escrutaba. Un impulso de cuadrarse ante su presencia le sobrevino, demasiados años de adiestramiento para no resentirlo, se reprimió y le extendió su mano que desentonaba con la corpulencia de su físico. El coronel la recibió con un apretón fuerte; sin levantarse, esperó a que Marcelo pudiera sentarse con sus movimientos pausados. La cara del coronel mantenía la tez morena, cacariza, unas arrugas profundas le surcaban la frente cada vez que fruncía el ceño, lo que era muy seguido. La nariz chata que había recibido varios golpes seguía aleteando cuando se disponía a decir alguna frase de la cual sólo esperaba un sí. Los cabellos lacios y rebeldes unos centímetros más largos, con la novedad para Marcelo que mostraban un gris opaco. La mirada no había cambiado, oculta por esos párpados hinchados, esas rendijas por las que nunca sabías qué pasaría. La boca apretada, como de costumbre, intentó no hacer una mueca de reprobación cuando Marcelo terminó de sacarse el abrigo y de la gorra de lana se liberó una espesa y negra cabellera que le rozaba los hombros.

—Así que te va bien en este país —el timbre grave de su voz no había cambiado. Marcelo sintió una incomodidad ante la pregunta afirmativa; quiso responderle “sí, señor”, pero se volvió a

contener, sólo asintió con una inclinación de cabeza que meneó su revuelta cabellera.

—Perdiste la forma —continuó el coronel con sus ojos fijos en Marcelo.

—*Morning! Something to eat?* —sonó la voz aflautada de la mesera; portaba mandil, medias blancas y un vestido color rosa; parecía una de esas figurillas para adornar las tartas que se exhibían en el aparador. Les acercó la jarra de café, sirvió sin preguntarles dos tazas humeantes de ese brebaje recalentado desde la noche anterior.

—*Nuumber onee, tuo please* —respondió el militar, señalándole en la carta la fotografía de unos waffles con tocino.

—*Okay. I will back* —respondió la chica de mejillas coloradas, garabateando en su libreta; les quitó, con una sonrisa, las cartas y se apresuró a la mesa de al lado con su agudo *Morning!* y la jarra de café humeante.

No hay treguas eternas. El coronel volvió su atención hacia Marcelo.

—Costó trabajo localizarte, pero ya sabes que en eso somos expertos. Necesito que vuelvas —le dijo. El sonido de su voz sonó como un eco cavernoso que escapaba de ese cuerpo macizo. Ahí estaban las palabras que Marcelo sabía lo estarían esperando desde que el coronel aterrizó y que lo habían hecho madrugar. El *necesito que vuelvas* seguía vibrándole a Marcelo en los oídos—. Ya está arreglado todo: vuelos y a dónde llegar. El agregado militar de la embajada es amigo, también estuvo en la academia; le mencioné que fuiste estudiante y agilizó todo —acercó sus labios a la taza, dio un sorbo y una mueca de disgusto se dibujó en su rostro—. Esto sabe a rayos, ¡carajo!

Había algo diferente en el coronel. No era su físico ni cómo se expresaba. Marcelo no lograba identificar ese cambio. Ahí estaba esa otra presencia dentro de la anterior, la misma voz, los mismos gestos, el semblante acostumbrado y, sin embargo, algo distinto. Los años también hicieron su trabajo en aquel hombre, el tiempo no lo había olvidado y seguía moldeándolo. Al ser una criatura hecha para recibir y dar órdenes, requirió de un nuevo amo al cerrarse la academia. Marcelo sabía la historia final de ésta, aun cuando no consiguió graduarse, cuando “desertó”. Uno de sus últimos contactos con ese pasado se lo contó: Marcelo se ganaba algún dinero de cadenero en un *teibol* en los suburbios de la ciudad (su aspecto de pirata mal encarado rompía con los lugares de moda; en cambio, ayudaba en las zonas de pandillas). Una madrugada el compañero de la academia llegó hinchado de la cara, acababa de pelear con alguien o con varios, traía la escuadra al cinto y la camisa desfajada, rota. No tardaron mucho en reconocerse, Marcelo le pidió la escuadra y lo dejó entrar. Era miércoles y no había mucha clientela, por lo que pudo sentarse a escuchar la historia en uno de los sofás más alejados donde se hacían los bailes privados. Marcelo sintió como si se tratara de un reencuentro con algún familiar lejano que le traía noticias remotas del hogar; lo escuchó con la nostalgia que se negaba a olvidar; Marcelo le sirvió los tragos a cuenta de su semana —había perdido la cartera en la pelea.

—Se jodió, hermano —su voz se abrió paso entre el ruido de la música “mesa, mesa, mesa que más aplauda, le traigo, le traigo a la niña...”—. Al menos te fuiste antes. Vaya que se jodió el asunto —siguió bebiendo cubas que mezclaba con tequila. Su voz se iba apagando.

—¿Y el coronel? —preguntó Marcelo levantando su voz para que le escuchara.

—¿Qué?

—El coronel —repitió Marcelo. Su compañero pareció salir de un sueño, tambaleándose en su silla se llevó una mano a la frente a manera de saludo marcial.

—El coronel necesita la academia, no a nosotros. Nadie nos necesita —ahora su voz se arrastraba de palabra en palabra—, salvo que no lo quieran hacer, ahí shhí nos necesitan. Para eso nos entrenaron, para reshhistir, para no quejarse, para romper madreesss cuando se nosss indica —se quedó un momento respirando—. No estoy pedo, todavía no. Te lo voy a explicar —su voz dejó de arrastrar las palabras y se volvió monótona—: llegó un nuevo director, un civil, un mariconcito que su papá es general o no sé qué madres. Bajaron al coronel, él no rechistó, asumió su nuevo rol, la orden venía de muy arriba, nos enteramos. El putito ése venía con una maestría en Seguridad Nacional que estudió con los gringos, eso nos dijeron, especializado en contrainteligencia. El día de su llegada nos formaron al amanecer y el muy hijo de la chingada bajó a medio día para que nos presentaran todos sus títulos y cargos, ya que estábamos cagados de frío, cansancio y hambre —hizo una pausa para revisar si en su vaso continuaba su mezcla de ron, tequila y refresco—. Pero no dabas un clavo por él. Temblaba cuando nos veía como un nuevo amo ante perros furiosos oliendo su miedo. Pero ahí estaba el coronel para impedir que alguno le saltara, que lo mordiera, que se indisciplinara. El jarocho no se le cuadró y fue a pasar un par de días en el predicador, el mismo coronel se lo aplicó, suavcito, sin prisas le repartió el dolor por el cuerpo y, delante de todos, le dijo:

“Mira, cabrón, en esta academia se nos enseña a cuadrarnos ante el superior y, si no te queda claro esto —y tensó más las cuerdas—, te lo voy a recordar las veces que sea necesario”. Dos días en el predicador y dos semanas en la enfermería. Pobre jarocho. Y ahí estaba ese hijo de la Seguridad Nacional —volvió a hacer una pausa mientras metía la mano en la cubeta de plástico buscando hielos. Se habían derretido; sacudió la mano y, con voz melosa, le pidió a Marcelo: “Hermano, más hielitos”. Marcelo se levantó con dificultad; caminó cojeando con la cubeta mecida al ritmo de sus pasos. Regresó unos minutos después con los hielos; para su sorpresa, el compañero seguía despierto, con energía como si fuera un orador que espera un oído atento sobre el cual descargar sus palabras. Siguió el relato donde lo había dejado; el alcohol y los golpes aún no le habían nublado la claridad del relato—. Te decía que lo empezamos a ver menos desde ese día, sólo sabíamos que había remodelado la oficina que fue del coronel porque nosotros servimos de albañiles. Se la dejamos linda, ejecutiva, como nos dijo. Pa’ mí que le encantaba el arroz con popote, pero ve tú a saber, hay cada cosa —arrugó la nariz mientras daba otro largo trago y se quedaba con un hielo en la boca para morderlo—. Llegó el día en que no sirvieron desayuno. Nos formaron en el patio, el coronel bajó la bandera, la dobló con mi ayuda y la metió en una caja negra con terciopelo rojo (hasta ese día conocí el terciopelo). Con voz de trueno nos dijo: “¡Rompan filas, y... a la chingada!”. Ésas fueron las últimas órdenes del coronel —tomó el vaso y se bebió el destilado sin chistar, sin refresco ni hielos—. ¿Te imaginas al coronel? —empezó a reír y terminó en un sollozo donde se mezclaban sangre, mocos, saliva y lágrimas; después vomitó trozos de algo que no se distinguía en la penumbra de ese rincón. A

Marcelo le produjo arcadas el olor que se impregnaba a la alfombra. Ya no tenía estómago para esto, se dijo cuando terminó de limpiar y recibir la reprimenda del encargado. A la chingada, pues. Se dijo al salir del trabajo y caminar de regreso a la habitación donde pasaba algunas horas del día.

5

—Me dicen que está abierta la Casa del Poeta —dijo Edmundo al acomodarse en el asiento del coche—, de cuando vivió aquí. ¿Podemos pasar un momento? —preguntó a la coordinadora, mientras avanzaban por la salida de la Universidad.

—Déjeme ver —le dijo la joven y se orilló manteniendo el coche encendido. Sacó su celular con destreza de esa amplia bolsa y Edmundo discretamente observó una mascada, una libreta, plumas, peine y chicles.

Sonó el timbre del celular cubierto con un protector con aspecto de caricatura, un pájaro amarillo de grandes ojos azules.

—Sí, doctora; sí, está a mi lado. Le íbamos... Okey, no se preocupe. El doctor me acaba de pedir que lo lleve a la Casa del Poeta. Sí... se lo comunicó, okey... Lo recogen en el hotel y lo llevan al

aeropuerto. Se lo comunico —bajando la voz, le dijo que era la directora del Departamento y le dio el celular. Edmundo percibió un olor a caramelo.

—Doctora..., no se apure..., entiendo —dijo Edmundo—, no quiero importunarla. Claro..., gracias. No se me ofrece nada. Gracias por sus atenciones —Edmundo le regresó el teléfono a la joven, como quien se quita un objeto caliente de entre las manos; era poco diestro con esos aparatos que le producían repulsión.

—A la Casa del Poeta —dijo la joven doctora con la alegría de quien se desprende de una responsabilidad no buscada. Dejó pasar un par de camiones y dio vuelta en U, pasaron de nuevo frente al edificio de la Universidad, poco agraciado, como una mole de cemento mal pintado. Subieron por una cuesta y, después de quince minutos, ya estaban en su destino: un pequeño fraccionamiento donde había más oficinas que casas.

—No hay como las distancias en provincia —dijo Edmundo, mientras la joven doctora batallaba para estacionarse de reversa.

La calle empinada hizo que Edmundo sintiera cierto vértigo y le costara trabajo subir para alcanzar los escalones. La casa era pequeña, había recibido diferentes colores según la administración municipal en turno: desde el rojo fuego, hasta un azul pálido, pasando por un amarillo verdoso. Cuando ya no hubo más presupuesto para su remodelación, dejaron en paz la fachada y optaron por el color natural del adobe, correspondiente a la construcción inicial. Unos fondos internacionales de la Fundación Old Poetry rescataron de la manutención burocrática a la Casa del Poeta.

Se entraba por un corredor con tres arcos resguardados por macetas de barro de las que brotaban plantas y flores de la región;

una rampa mal acondicionada daba vuelta en escuadra. Edmundo se sintió con fuerzas para impresionar a la joven y subió las escaleras con paso apresurado; su vanidad le ocasionó un leve mareo en el último escalón, le palpitaban las sienes y tuvo que aferrarse al pasamanos. La joven revolvía su bolso en busca de la credencial de la Universidad. La Casa del Poeta la administraba ahora el Departamento de Cultura y los profesores tenían acceso libre. Era una de las atracciones de la Universidad.

Fue la última morada del Poeta, unos meses antes de su ejecución. La sentencia que le dictó el Tribunal Constitucional le ordenó encierro perpetuo para leer y meditar sobre sus actos. Lo que no se le dijo, hasta el primer día del cautiverio, fue que sólo se le permitiría leer un libro que los custodios le darían por la mañana. La tarde servía para asimilar la lectura diurna y, por la noche, venían dos funcionarios del Ministerio de la Libertad de Pensamiento para la “conversación” guiada con preguntas sobre los textos, que dictaba el informe redactado cada tarde.

Los libros de los autores preferidos del Poeta estarían a su alrededor, al alcance de su mano pero estaba impedido de poder tocarlos. *¿Había peor martirio?*, se preguntó Edmundo, *tener lo deseado y anhelado a la vista sin poder sentir su presencia con el tacto, el olor de las hojas o deslizar la mirada entre palabras que llevaban a esas historias bifurcadas, como realidades paralelas*. La melodía de esas voces jamás se le permitiría disfrutarlas otra vez al Poeta.

Para los verdugos era necesario tener los libros cerca para que el Poeta no perdiera la esperanza, por un lado, y, por el otro, porque la presencia de su tesoro alrededor era un recordatorio de quién mandaba. Sus libros, aquellos compañeros de viaje, ahora silenciados,

lo envolvían como gruesos barrotes de papel para encerrar a aquel “peligro”, como se le consideraba al Poeta.

Años después, cuando los herederos de sus verdugos decidieron redimirlo (cuando su nombre y su obra estaban lo bastante lejos para la memoria), hicieron de la última morada del Poeta el símbolo de la reconciliación entre pasado y presente. Una reconciliación ficticia con final feliz, como todas las que dicta el poder. “Al Poeta se le respetaron todos sus derechos. El cuidado de su salud corrió a cargo de los mejores médicos militares. Se le garantizó un espacio para la lectura. Su obra seguirá formando generaciones con valores de libertad”, decía uno de los textos bajo una gran foto en blanco y negro del rostro melancólico del Poeta.

A la Casa también se le conocía como El Encierro de Otoño. En este país, ahora llamado democrático —donde sus políticos y opinadores en los medios se llenan la boca de frases de libertad y tolerancia—, guardan con esmero un pasado que no apareció en ningún libro de texto para escolares y que algunos historiadores e investigadores se negaron a olvidar: el tiempo donde se mataban poetas, opositores, disidentes, homosexuales, quien cayera en la lista del Ministerio de Depuración.

Ahí estaba la Casa del Poeta, donde sus verdugos ahora lo exhibían como una atracción turística. Para ellos, el Poeta fue víctima de un crimen pasional (por sus “desviaciones” sexuales). Claro, la pasión con la que mata el poder —susurró Edmundo mientras leía la cronología de la vida del Poeta pegada en una pared a la entrada de la biblioteca.

La decoración de la biblioteca la hizo algún ebanista del lugar antes de la llegada del Poeta. Los muebles reflejaban unas manos hábiles para doblegar y darle forma a la madera.

Algún personaje rico del lugar —seguramente un dueño de minas, pensó Edmundo—, cuando la población era sólo unas cuantas casas y un par de calles empedradas, se hizo de la propiedad por la maravillosa vista que “apaciguaba a los demonios”, decían los lugareños. El propietario inicial invirtió para que hubiera madera en las paredes, bien barnizada, un piso de madera maciza sólo lijado, que crujía en cada paso, disimulado por un par de alfombras. En el techo parecían volar unas vigas empotradas. En un rincón de la biblioteca estaba la mesa de encino, maciza y ovalada, como si la casa fuera una prisión impuesta al árbol que fue despojado de su grandeza y, a fuerza de tallarlo, lo convirtieron en una mesa inamovible para los tiempos por venir.

La mesa tenía un fino tallado que dibujaba una elipse, parecía que el ebanista no se había agotado con el duro trabajo de doblegar la madera del encino y dejaba un detalle, un guiño, empeñado en mostrar cierto contraste entre la dureza del mueble y la delicada elipse. Lo logró, había movimiento en ese lugar donde a los ojos de los custodios del Poeta —según lo mencionaban en su informe— “no plasmó palabras”.

La casa se aislaba del sopor de la tarde, fresca y luminosa. Edmundo se sintió protegido en la pequeña habitación entre esas paredes repletas de libros. El silencio resguardado por palabras en papel. La familiaridad de lomos, colores, letras que invitan a ser devoradas por ojos curiosos. *Tantos maestros*. Edmundo se conmovió por segunda vez en ese día. *Y reconoció el Poeta su fracaso del encierro*: “No pude ni podré leerlos todos, aquí los dejo, compañeros, porque ya no les puedo encontrar un sitio mejor”. *Se liberó en su fracaso*. Edmundo acariciaba el contorno de la mesa y pensaba en esa burda

ironía: una casa mantenida por los verdugos del Poeta, los mismos que lo torturaron y aislaron eran quienes le pusieron la placa de bronce a la entrada:

EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA OTORGA AL PUEBLO LA CASA DEL POETA, PARA RECORDAR SU VASTA Y FRUCTÍFERA OBRA... (Continuaba un verso apócrifo atribuido al Poeta: “Con mi voz no se perderá...”, o alguna cursilería del encargado de redactar la información de la placa.)

La casa y sus ironías. Edmundo observaba con detalle los objetos del cuarto exhibidos en vitrinas: fotografías, supuestos manuscritos, gruesas plumas estilográficas; había una mezcla de objetos de la víctima y los que le asignaron los verdugos. El ignorante no tendría por qué reconocerlos.

Edmundo caminó despacio, casi arrastrando los pies; se acercó tanto a las vitrinas que estuvo apunto de pegar su diminuta nariz para intentar ver mejor los objetos y evitar su reflejo en los cristales. Siguió avanzando hasta el final de la habitación. En ese lugar la luz era escasa y, con su mirada miope, no pudo ver una pequeña mesa mal puesta; se golpeó con ella el muslo derecho, por poco la derriba. Con una agilidad no acostumbrada alcanzó a sostener el cristal que la cubría y evitar lo que había imaginado sería un gran escándalo: la llegada del guardia, la doctora que lo acompañaba y, quizás, de algún otro visitante, quienes lo observarían con reprobación.

Su pulso se aceleró, con dificultad logró acomodar la mesa y el cristal. Miró alrededor para comprobar que seguía solo en la habitación, nada había cambiado. Sentía la camiseta empapada de sudor,

respiró profundo, se volvió a acomodar los lentes que se le habían resbalado hasta la punta de la nariz. Cuando salió de la habitación, por poco pierde el equilibrio al evitar pisar lo que le pareció un insecto. Su pie se desvió en el último momento. La repulsión inicial se fue apagando una vez que verificó que el insecto no se movía y no había peligro. En ese instante encontró una hoja doblada, ligera y quebradiza como alas de mariposa; la tomó con cuidado, caminó hacia la ventana y con mejor luz pudo ir desdoblando los pliegues. Con dificultad inició la lectura de una letra bien lograda color sepia. Su sorpresa fue mayor cuando reconoció en ese frágil papel la voz del Poeta:

Que no puedas verlo, no significa que no exista

El mejor lugar para observar al poderoso es el baño. Recuerda, el poderoso cree controlarlo todo, incluso sus olores y ciclos primarios. Es en el baño donde deja sus desechos. No hay lugar más íntimo que donde se caga —perdón por lo explícito, pero quiero que entiendas—. Es el sitio de soledad, el que le permite desenterrar el espejo, verse sin máscaras por unos instantes. Es donde se atiende el cólico o el intestino perezoso. Es el pequeño camerino para ensayar sonrisas y —nunca mejor dicho— lavarse las manos.

Si tienes paciencia en estas minucias, descubrirás sus manías. El poderoso nunca comparte el baño privado con los demás. La exclusividad de un baño en la oficina habla del nivel jerárquico más que el organigrama; los implementos que encuentres en el baño, también. Por eso es de vital importancia que, cuando logres franquear las puertas y arcos del palacio y llegues al santuario del poder, pidas permiso para ir al baño del poderoso. Será poco

probable el regreso por el camino andado. Las buenas maneras —la forma es fondo para ellos— les limita a decirte algunas veces que no.

En el baño podrás ver objetos del poderoso que te mostrarán su carácter. La intensidad de los olores en sus lociones y jabones. La pulcritud en las toallas. El cepillo de dientes te dirá más que la reunión por comenzar, si las cerdas permanecen firmes o si están totalmente aplastadas. El tubo de la pasta de dientes deja rastro del pulso del poderoso, firme o trémulo. Los espejos —pulidos u opacos—, recuerdos u olvidos, todo reflejan y lo guardan en vaporosas imágenes.

No tienes mucho tiempo, son escasos minutos para ver su intimidad. La que los muestra como no quieren aparecer: frágiles, astillados. Revisa si hay algo para la acidez, el dolor de cabeza. Tal vez en un rincón haya una muda de ropa. Las cremas antiarrugas, con la ilusión de vencer al tiempo. Puede ser que encuentres algo para leer. Observa, regístralo todo y después, con calma, al salir del palacio, recuerda los objetos, las posiciones, los olores, la iluminación. Todo te será útil para armar al personaje y verlo a través de una lente distinta.

Si fracasas en la observación, te quedarás en la superficie, en la teatralidad de su actuación, en su escenografía de los espacios que recorre. Las fotos de la familia en el escritorio, la de un maratón terminado, las de los líderes mundiales y artistas dedicadas. Las flores seleccionadas por la oficina de protocolo. El cuadro del benemérito con su semblante sombrío, tamaño pared. El crucifijo diminuto sobre el escritorio. Esos objetos no te dirán nada, están ahí para representar lo que el poderoso quiere decir sin decir.

Insisto, el baño privado es donde el poderoso muestra su esencia. Si no logras verlo sin que él esté presente, entonces te perderá

con sus artilugios, con sus diferentes máscaras y personajes. Serán tan variados y convincentes que logrará tapar su mayor miedo: mostrarse como es, una persona común y corriente.

Al terminar de leer, Edmundo pensó que el Poeta le había jugado una broma a sus verdugos. *¿Cómo logró dejar esas palabras?, ¿cómo es posible que estuvieran expuestas por tanto tiempo?, ¿quién permitió que se quedaran ahí?* “Que no puedas verlo, no significa que no exista”, volvió a recordar las palabras. Guardó con cuidado el papel, pensando que podía terminar en fragmentos. Una emoción lo recorrió al encontrar esas palabras. Siguió los dobleces marcados por el tiempo y con cuidado lo depositó en su libreta, protegiéndolo con la tapa final. *Trasgredir. Ésa era la palabra.* Caminó sin prisa. El Poeta le había devuelto algo. *Este papel esperaba por mí hasta este día.* Edmundo, con su tesoro en la bolsa, por un momento se sintió reconfortado.

—Doctor, nos tenemos que ir —no era la voz de la joven, sino de un muchacho, éste cargaba la maleta y el abrigo de Edmundo—. Pasé antes al hotel por sus cosas porque ya se hizo tarde y debemos salir directo al aeropuerto —Edmundo asintió, no podía hacer más ese día. Dejaría que la fuerza de los acontecimientos lo empujara. Dejó la casa sin fijarse en el guardia somnoliento. Subió a una camioneta con el logo de la Facultad de Veterinaria de la Universidad. El vehículo saltarín lo llevó de regreso al aeropuerto. Edmundo no tardaría en alcanzar las nubes y prolongar esa levedad que lo acunaba.

6

En esa mañana soleada, contra los pronósticos del día anterior, Marcelo no tuvo el valor para decirle a la pequeña Henriette “Me voy”. Caminó dándole la mano en el parque. Sintió sus pequeñas manos a través de los guantes. Vestía de colores como a él le gustaba. Su gorro y chamarra combinaban con sus zapatos y las mallas mostraban los monstruos amigables de quienes Henriette se había aficionado, pedía libros de ellos o que la llevara al cine a ver sus películas.

—Por qué tienes que pagar si sólo ves la mitad. Paga la mitad del boleto —le dijo Henriette a Marcelo cuando él le terminó de explicar sobre su párpado caído en una de las tardes de cine.

Marcelo se había vuelto una extensión de la familia, acordaba con la mamá el lugar donde recogería a Henriette y dónde la dejaría de vuelta. El horario se había establecido sin darse cuenta y la

periodicidad de los encuentros se daba sin la coerción de la agenda, por lo regular cada semana.

Los colores del otoño se apagaron rápido esa temporada. Las últimas hojas de los árboles perdieron luminosidad y se esparcían por el suelo, marchitas, crujientes, bañadas de escarcha por las primeras heladas, resignadas a desaparecer bajo la nieve próxima. Henriette caminaba intentando pasar por todos los charcos del camino, ahora no tenía el ojo vigilante de su madre y contaba con la complicidad de Marcelo. En uno de sus saltos la sorprendió el frágil hielo, se divertía pisando y escuchando el sonido parecido a un cristal fino que se pulveriza al quebrarse. “Anda, hazlo”, le dijo a Marcelo, quien, como en todo, accedía a los deseos de la niña; después de unos minutos perdió el interés por el escaso hielo que había y tomó la mano de Marcelo, le preguntó por vampiros y arañas, le pidió le contará una historia larga.

—Por favor, ya no me da miedo, ya soy grande, no soy una bebé —le dijo frunciendo el ceño; sus pequeñas cejas un poco más oscuras que el rubio de sus cabellos que escapaban por la gorra intentaban juntarse. Marcelo le acarició la cabeza.

—Con que me veas ya tienes una historia de miedo —dijo con tono melancólico.

Henriette abrazó con fuerza su pierna, Marcelo sintió la punzada en la rodilla, controló el reflejo de apartarla por el dolor. Al guardar el equilibrio, sintió el sollozo de la niña. Se apoyó en un árbol para agacharse hacia ella; sacaba vapor por la boca, esa mañana el imprevisto sol se acompañaba de un frío cortante; son las mañanas que engañan a los recién llegados y piensan que ese sol invernal calienta. La luz no es calor, aprendió Marcelo después de una bajada de presión en su primer invierno.

—¿Por qué lloras? —le preguntó. Henriette sollozaba en silencio, le salían lágrimas que le recorrían el rostro, surcaban las redondas mejillas rojas y dejaban un rastro brillante, de la pequeña nariz también brotaba un líquido transparente, los dientes que intentaban alcanzarse unos a otros con espacios vacíos de por medio estaban guardados por unos labios bien definidos, apretados (será una mujer hermosa como su madre, pensó Marcelo).

—No me gusta que mis amigos se vayan —respondió estremeciéndose.

—¿A dónde se van?, ¿quiénes se van?

Henriette lo miró a través de sus ojos húmedos, dos pupilas de-
retidas se abrieron paso entre las lágrimas.

—¿Por qué te vas? —le dijo con una voz más serena.

Marcelo guardó silencio, volteó la cara y le dejó el lado del párpado cerrado, en ese ojo no existían las lágrimas, por el otro sentía resbalar un líquido salado del cual tenía un recuerdo lejano. Se incorporó, limpió la cara de Henriette con su pañuelo de tela. Le acomodó la chamarra con suavidad, se resintió la rodilla.

—Los vampiros no existen —dijo Marcelo sin dejar escapar alguna emoción por la voz—; son murciélagos, son ciegos pero escuchan muy bien, eso les permite guiarse en su oscuridad permanente; prefieren la noche al día. A veces no necesitas ver para poder volar. No chupan sangre, comen frutas. La próxima vez podemos ir al Zoo para verlos. Henriette lo observaba y tomaba con fuerza su mano, sus ojos tristes estaban secos.

—No te vayas, no quiero que te vayas, por favor —dijo Henriette con voz cortada. Marcelo la escuchó sin voltear a verla; siguió su camino, encorvándose, como si la densa oscuridad de su párpado

izquierdo abrazara sus sentidos. No podía mirarla, ya suficiente tenía con la vibración de esas palabras en su cabeza.

Marcelo recordó a Henriette, años después, al ver un documental sobre tipos de murciélagos en una oficina mal iluminada mientras esperaba a que el jefe se desocupara. Los vampiros sí existen y chupan sangre. Henriette tenía razón.

7

Minna decidió no regresar a su departamento. La noticia que le había dado Joaquín trastocó sus planes del día; de un momento a otro no tenía mayor actividad, sólo ir a entrevistar a un profesor desconocido. Acostumbrada a la intensidad de la vida de un medio de comunicación alimentado por fuentes “secretas”, ante la competencia con los otros medios y la interacción con los usuarios de las redes sociales, sin tener un horario definido de nueve a cinco, implicaba vivir en constante estrés; estar al teléfono, en videoconferencias, mandando reportes y toparse con sus colegas en el pequeño laberinto de escritorios o pasillos, además de subir al área de redacción para recibir la ira de los jefes, dormir con los celulares al lado de la almohada. Ésa era su vida, eso estudió y se había entrenado para ello. Ahora estaba por desaparecer. A dónde iría a pedir trabajo, se preguntó, ¿con

la competencia?, si era época de los despidos. Durante años se sintió segura, indispensable, sentía que no padecería las historias de sus conocidos, era joven, ambiciosa, trabajaba como nadie. No se tendría lástima, eso lo dejaba para los *quejicas*, para quien quisiera el rol de víctima, para las acomplejadas del síndrome Marga López, esa mujer sumisa que con ojos llorosos le pide a su amado que no la deje, que la proteja aunque deba humillarse aguantándole todo.

Vaya si había tenido que patear algunos huevos por el camino; sin embargo, ahí estaba con el celular prendido y sin llamadas; revisó por cuarta vez sus redes sociales: estáticas, repetitivas, negándole alguna novedad. Se fijó en el esmalte de las uñas, de un tono que hacía juego con el atuendo que llevaba, rosa pálido liso; tenía uñas cuidadas y manos tersas, de las que no conocen los quehaceres del hogar.

Estaba molesta con la actitud de Joaquín, la trató como a una recién llegada, ¡a ella, que le cuidó la espalda ante las intrigas de sus colegas, que le permitió entrar en su cama, que lo consoló en las madrugadas! ¡*Qué cabrón! Los hombres sólo quieren coger.* Ella no iba a caer, se había graduado con honores en la mejor Universidad del país, estudió en Estados Unidos. *Maldita nostalgia, nos hace regresar,* se dijo mientras revisaba la información de hace unos minutos en sus celulares.

Tampoco había buscado una pareja permanente, una familia, como sus primas, preñadas cada año de esos maridos holgazanes que se gastan en los bares el dinero que no tienen y, enajenados, miran tetas y culos, cuerpos que jamás conseguirían sin dinero de por medio.

A las escasas reuniones familiares a las que asistía Minna en más de una ocasión los sorprendía mirándole las nalgas, las piernas o

los pechos. La besaban y abrazaban para saludarla, aprovechando el contacto para tocarla, “¿Cómo has estado, primita?”, decían con voces lascivas, “déjate ver más seguido”, y la dejaban impregnada de sus lociones. “¡Qué guapa!”, “¿cuándo vas a cenar a la casa?”; se despedían dos veces, chocaban con ella “por casualidad”. Era nadar entre anguilas que buscaban retorcerse en su cuerpo y, lo peor de todo, no eran esos zalameros quienes más la incomodaban, sino las pendejas de sus primas, que miraban a otro lado, se eternizaban en pláticas sobre lo caro de la leche, los pañales, las colegiaturas de las escuelas de los niños; la artista a la que le inyectaron aceite de auto para reafirmar sus nalgas y la tenían en el hospital (se preocupaban de ella como si fuera su hermana); discutían sobre las escuelas privadas, el gasto que hacían para no tener a sus niños en las públicas (“con delincuentes en potencia y maestros burros que se pasan el día entero buscando un pretexto o alguna celebración para no trabajar”). No, sus niños iban a buenos colegios, donde ya casi hablan inglés, donde a las maestras se les dice *Miss*; *entre más mamona la escuela, es más solicitada; larga vida a las escuelas patito, a los institutos patrulla y, por qué no, a las Universidades que muestran orgullosas su incorporación a la universidad pública local.*

Siempre que llegaba a esas reuniones, se arrepentía de haber ido. “No te vayas a casar”, le suplicaban con susurros sus primas. La interrogaban sobre cuál había sido su último viaje, su nuevo romance. Minna era la libertad, según ellas, que no pudieron o quisieron elegir. *El problema de coger una vez y con el mismo güey.* No había ninguna diferencia con esos “príncipes azules” que gustaban de vestir con ropa de marca y los albañiles que le lanzaban piropos por la calle, ¡*Vaya fauna!*, se dijo Minna, mientras iba bajando su coraje. No,

ella era mejor que esas vidas apagadas, de domingos infinitos. Aún con la noticia de Joaquín —*¿por qué el cabrón no tuvo los huevos de decírmelo en la cama?*—, volvió a revivir el momento, sintió la punzada en la boca del estómago, el dolor la frenó. *Se van a enterar. ¿Quieren su pinche entrevista?, se las hago, pero no me voy ir como chacha. Yo sí tengo los pantalones que les faltan para decírselos en su cara... ¿Decirles qué?* Comenzó a alejarse la punzada. Iría al gimnasio y al cine. Tenía una larga semana para entregar la entrevista a Don Nadie. Buscaría a Gabriel y, tal vez, se iría dos días a su casa de campo. Aguas termales y Temascal no le vendrían nada mal. Se consentiría. Tampoco le urgía un nuevo trabajo, tenía ahorros. Tal vez un viaje a la India o a Tailandia, pasando por Europa. Visitar a sus amigos del posgrado. Sentarse en una plaza italiana a tomarse un *espresso* y pensar que, a esa misma hora, en ese lugar que antes habitó, habría gritos, peleas, personas sin dormir, bebiendo ese brebaje descolorido que llaman café, mientras ella deambulaba por calles empedradas, degustando buenos vinos, asistiendo a conciertos donde sus frenéticos pensamientos se ausentarían. Dedicarse una mañana a un museo, perderse en los trazos de Picasso o, en un atardecer, en la pintura Flamenca. Europa la esperaba y, después, un país exótico. El regreso sería por París, Berlín y Nueva York, sus ciudades. Tal vez una postal para Joaquín; no, mejor fotos, fotos en sus redes sociales que vieran lo que ella les quiere mostrar sin mostrase.

El sonido del celular la sobresaltó. Dos mensajes atrasados de Gabriel: “Reprogramamos cena, regreso pasado mañana”, “¿Te llegó mi mensaje?”. Minna leyó dos veces sus palabras. Llamó a Gabriel, la primera vez colgó al entrar la contestadora; la segunda, le dejó un mensaje: “¿Tú también, hijo mío?”. Era su juego de palabras con

el que se decían que algo andaba mal. Con Gabriel sí contaba. *Algo le debe pasar, él no es así*. Volvió a llamar sin poder localizarlo. Sintió que su día se hacía más largo, todavía no era la hora de la comida pero los preparativos de los cafés y restaurantes del lugar ya estaban en marcha. Minna tenía sed, caminó hacia la tienda más cercana. Volvió a cambiar de planes, regresaría a casa, tal vez Gabriel dejó algún mensaje. Se cambiaría de ropa y saldría al cine. *¿Habría que volver a cambiar el esmalte de las uñas?* Seguía sin tener hambre cuando los olores de comida empezaron a invadir las calles por las que caminaba. De regreso a su auto, Minna vio antes de subir en su deportivo de colores vivos, un niño que indiferente jalaba por el camellón a un viejo que extendía un sombrero roído acercándolo a las ventanas de los autos, la ropa vieja y sucia; el niño alternaba prendas iguales con unos tenis nuevos, grandes. Minna los observó un momento, sobresalían entre los vendedores de chicles, el tragafuegos, los niños que limpian los parabrisas —esa plaga que le rayaba el carro—. El viejo, con pasos inseguros y guiándose por su lazarillo, tuvo un ligero tropiezo: se le recorrió la camisa hasta dejar ver una bolsa de plástico ennegrecida, llena de un líquido amarillo, un tubo que se perdía en sus ropas los conectaba. Minna sintió asco y volteó la mirada a otro lado. Sus gafas estilo *Manhattan* reflejaron figuras alargadas que se esparcían en la ventana ahumada de la puerta del auto. Abrió con rapidez y en el movimiento desaparecieron las imágenes incómodas. No volvió a reparar en el viejo, ni el niño. Tampoco en París, Berlín ni Nueva York. Encendió el coche y aceleró dejando tras de sí un ligero olor a caucho quemado.

Marcelo aterrizó de madrugada. Somnoliento, no distinguió las nuevas salas de llegada que había. Le parecía seguir en el sueño que tuvo durante el viaje: fragmentos de caras conocidas y otras encontradas en el trayecto. Prefirió dejarse llevar por los viajeros desmañados que, apurados, buscaban la caseta de migración. “No hay mejor señalización que seguir a la manada”, pensó. El vuelo fue largo por la escala que hicieron. El coronel le había prometido un vuelo directo; en cambio, obtuvo uno con sobreventa de boletos, retrasado y con una escala donde, por no llevar visa, lo metieron a un cuarto lleno de orientales, africanos, latinoamericanos y europeos del este. Para ir al baño lo seguía un guardia. En el cuarto sin ventanas había un televisor encendido, abarcaba la mitad de la pared; en silencio mostraba los últimos atentados en medio oriente a la Embajada de este país

que le gustaba exigir visas y otros pagos. Las imágenes mostraban humo, mucho humo que se perdía en el cielo o escapaba de alguna de las ventanas o puertas destrozadas. Las imágenes temblaban al paso de militares y rebeldes; escenas de personas desmembradas pasando por improvisadas camillas; una masa enardecida con cuernos de chivo ametrallaban la bandera de barras y estrellas.

La televisora no mostraría el bombardeo indiscriminado que días antes ordenaron los dirigentes de este país. Con sus aviones, en unos minutos convirtieron la ciudad en fuego, humo y sangre. La destrucción de las imágenes de fondo muestra a buenos y malos, según el país donde Marcelo ha hecho escala. Resignado se sienta en las incómodas sillas, observa a los asiáticos y africanos adormilados, con grandes paquetes embalados. El televisor aún mudo exhibe más imágenes: ahora un atentado realizado por un escolar; mató con un arma de alto calibre a quince de sus compañeros y cuatro profesores, y ha dejado a un número de heridos todavía sin verificar. Un niño rollizo y sonriente ocupa un plano de las imágenes; la foto del álbum escolar comparte la pantalla con la mujer del micrófono que señala la escuela que está a su espalda, rodeada de patrullas y bomberos; un helicóptero sobrevuela la escena; las armas de los policías son parecidas a la del niño homicida. Todo pasa en silencio.

Marcelo intenta cerrar el ojo sano, pero lo sorprende la mirada de una mujer de piel oscura, agazapada entre sus ropas, cargando a un bebé con una mano y sosteniendo a un niño mayor que dormita en su costado. Lo mira sin tregua, con ojos exaltados, donde el blanco y el negro comparten espacio. La mujer tiene cicatrices, las líneas recorren sus brazos, que muestra sin rubor al acomodar a los niños. Sus labios carnosos, rosados del color de sus palmas,

descansan bajo una nariz amplia. Su piel brilla ante la luz enfermiza del cuarto. Marcelo la observa un momento mientras hace una ligera inclinación de cabeza. Intenta dormir. El cansancio lo vence. En su sueño escucha una vez más la voz de la pequeña Henriette: “No te vayas, no quiero que te vayas”, Marcelo se atreve a mirarla y, sobresaltado, encuentra otros ojos de pupilas oscuras, no la mirada suave de Henriette, protegida con esas sombras de un púrpura tenue que le adornaban los ojos. Despierta; la mujer de pupilas oscuras se ha ido, en su lugar hay un par de viejos enfermos, pálidos, de ojos rasgados y ropa arrugada, tosen y se atragantan con sus flemas. Llega la persona de la aerolínea y pronuncia su nombre como ya se había acostumbrado que lo hicieran, sin la sonoridad en las vocales. La mujer de uniforme azul marino y rayas amarillas contó dos veces a quienes habían mostrado su pase de abordar y, dándose por enterada, siguió hablando mientras caminaba hacia la puerta. Sumisos la siguieron en una fila india. Ahí va Marcelo arrastrando la pierna mala y preguntándose si volverá a ver a la pequeña Henriette. Afuera, el mal tiempo y la nieve retrasan un par de horas más la salida. Regresan en la misma fila con una diferente guía; al llegar al cuarto, la televisión muda sigue mostrando sus imágenes, ahora carros y yates de lujo, personas sonrientes, bronceadas, disfrutaban de un sol radiante en medio de una tersa arena remojada por agua transparente. Los asientos del cuarto ya están ocupados, jóvenes latinos de playeras de tirantes, con tatuajes en el cuerpo, miran desconfiados a esas caras afiladas de ojos tristes, grises. Marcelo se recarga en una pared, la rodilla le recuerda la sensación de un aguijón laborioso sobre sus nervios, tendones, huesos, lo que encuentre el dolor para recordarle que una parte de su cuerpo está jodida; no duerme,

intenta desviar la mirada terca de uno de los jóvenes que le habla sin obtener respuesta. “Éste es uno de los hi... de puta”, y lo señala. Marcelo espera el momento en que salten sobre él y lo muelan a golpes, como tantas veces en la academia.

A su lado suena una voz aflautada que le dice “estos batos están bien pinches locos”.

Hay que dejar reposar los pensamientos. Edmundo entró al elevador del edificio donde estaba su apartamento. Había dormitado en el vuelo de regreso, un vuelo corto que se prolongó por el paso de controles de seguridad. *Cada vez más retenes, más policías y soldados en aeropuertos, carreteras y ciudades. Cada día más acostumbrados a ellos.* En más de una ocasión, al regresar de algún viaje trasatlántico, junto con otros pasajeros tenía que hacer esas largas y estáticas filas para recibir un sello en su pasaporte. Ahí estaban después de once horas o más de viaje, esperando a que el funcionario de migración, con una camisa que portaba la bandera nacional, hojeara sin prisa cada pasaporte para buscar el espacio dónde sellar. La fila inmóvil crecía con la llegada de otros viajeros. Las quejas como murmullos de los recién llegados: “Esto no pasa en otros países”, “Sólo dos personas

para atender, pero qué no piensan”; frases sueltas, miradas cómplices y resignadas ante la lentitud de la autoridad migratoria. La urgencia de salir, de aguantar esta última aduana para llegar al destino: la casa, el hotel, la familia que esperaba afuera con globos y carteles.

Edmundo dejó de hacer vuelos trasatlánticos hace años; sus colegas en las universidades europeas se habían jubilado y ya no había quién aceptara sus trabajos en los congresos de la disciplina. Antes, lo rechazaban por ser el doctor joven; ahora, los jóvenes doctores le hacían lo mismo por ser viejo. Cada vez le importaba menos asistir a esas reuniones, *los mismos temas, la misma ponencia dicha en otras reuniones*. En el *lobby* del hotel o en el trayecto rumbo al aeropuerto escuchaba las mismas anécdotas de los asistentes del año anterior o la noticia de algún contemporáneo recién operado. Edmundo se iba retirando de ese mundo al que había dedicado su vida. Nadie lo extrañaría.

Edmundo pensó que la llegada al aeropuerto sería caótica como de costumbre; sin embargo, se sorprendió al encontrarlo semivacío y sin el rigor de los controles que había tenido cuando abordó su avión al mediodía. El equipaje ya estaba apilado junto a la banda. Salió sin más restricción que la velocidad de sus pasos. En el asiento trasero del taxi observó en el carril de al lado las caras fatigadas de los automovilistas. A esa hora se convertía la arteria principal de la ciudad en un estacionamiento interminable. Horas acumuladas para avanzar unos metros. *Tiempo muerto en este tráfico infernal*. El taxista, un joven de amplia espalda, lo miraba por el espejo retrovisor con reprobación, “qué novedad me dices a mí que estoy todo el día aquí”. Edmundo, en silencio, pensó la suerte de vivir cerca de la Universidad. En veinte minutos llegó al edificio de su departamento por ir a contraflujo del tráfico.

La emoción de llevar la hoja del Poeta había pasado. Abrió la reja del elevador; ese forcejeo familiar, el sonido del metal y el diminuto espacio le trajeron el confort de estar en casa. Al entrar a su departamento, en el cuarto piso, lo recibió la penumbra de la noche. Tenía la sensación de haber estado fuera por más tiempo y no sólo un par de días. Se escuchaba el murmullo del televisor o del radio de los vecinos, voces sin claridad. Encendió la lámpara de la entrada; una luz indirecta se abrió paso en la oscuridad y dejó la sombra de Edmundo reflejada en la pared. Los libros ocupaban toda la estancia, eran los habitantes del lugar.

Edmundo dejó la maleta de viaje, se quitó la gabardina, vestía uno de sus tradicionales y mal combinados chalecos. Sentía frío, el cuerpo cortado y un ligero malestar a la altura de las sienes. Se hizo su propio diagnóstico: *Me enfríe esperando por esos controles y por salir, luego, a los pasillos helados del aeropuerto, a consecuencia del aire acondicionado.* En la cocina, dejó correr el agua, ésta tardó en calentarse, sacó una olla, la llenó a la mitad, prendió su estufa de gas, esperó a que las primeras burbujas aparecieran, buscó en la alacena un sobre de té de limón y pensó en las compras que debía hacer al día siguiente para tener alimentos durante la semana. La rutina se había interrumpido por el viaje, pero regresaba como un perro viejo, domesticado, a tomar su lugar en la vida de Edmundo.

Las diez de la noche, vio en el reloj del comedor; abrió unas galletas que tomó del mueble mal empotrado arriba de la estufa y el cual pensaba mandar arreglar cada vez que iba a la cocina. Caminó rumbo al sofá de la pequeña sala, mientras sostenía en una mano la caja de galletas y con la otra el plato que castañeaba con la taza de té. Dejó todo en la pequeña mesa y fue a su mochila de viaje para sacar

de su libreta de notas la hoja hurtada. Volvió a leer la carta del Poeta: “Que no puedas verlo, no significa que no exista...”; ahí estaba ese papel sin firma, con la marca de los dobleces de manera vertical y horizontal. Nadie extrañaría esas palabras, pensó Edmundo. Las volvió a leer. Vio parpadear una luz roja junto a su teléfono, no reaccionó de inmediato, con calma soltó la hoja sobre la mesa. Apretó el botón y escuchó la voz de una mujer:

—Doctor Aguilar, soy Minna Carabias, de *La Tercera Página...*, me interesa platicar con usted, queremos hacerle una entrevista; éste es mi número de celular... Intentaré buscarlo más tarde”. Sonó el *bip* del siguiente mensaje.

—Doctor, otra vez Minna; espero haya escuchado mi mensaje y me diga cuándo es conveniente verlo —su voz ahora sonaba impaciente.

Edmundo escuchó una vez más los mensajes. Era una imprudencia llamarla a esa hora, lo dejaría para mañana o, mejor, para el lunes. *Una entrevista de qué, sobre qué*. Imaginó por un momento que la hoja del Poeta había sido más importante de lo que creía y ahora había una búsqueda.

—Doctor, ¿por qué robó la hoja? —le preguntaría la mujer que había dejado los mensajes.

—Bueno, primero, no fue un robo como usted señala, esa hoja representa la resistencia ante el poder autoritario. Es el arrojito que tuvo el Poeta antes de su ejecución—, le explicaría Edmundo con el detalle y la comprensión del viejo maestro universitario. Le referiría autores que presentaron una versión diferente a la oficial. Le mostraría la hoja...

Edmundo estaba muy cansado para tomar un baño. Caminó hacia su dormitorio. La luz del pasillo seguía encendida, se acercó a la

lámpara e inhaló, sostuvo el aire y sopló mientras apretaba el botón, una rutina que hacía desde niño al irse a acostar.

Volvió la oscuridad, caminó sin problema por el pequeño pasillo, no encendió la luz del baño, se cepilló los dientes sin prisa. Conocía los objetos de ese lugar. Buscó su pijama de franela, dudó en dejarse la ropa interior que traía o ponerse una nueva. Molesto, suspiró y decidió tomar una ducha rápida. Ante el espejo del baño imaginó su reflejo en las sombras: las delgadas piernas que cargaban un pequeño cuerpo ovalado, el vientre firme y redondo, los brazos cortos. Parecía el sapo del cuento. Después del baño, seco y relajado, se abrochó la pijama, el resorte del pantalón estaba flojo, lo sostuvo con una mano y avanzó con calma para dejar la ropa que se había quitado en la silla junto a la cama. Sintió lo terso de la franela, apartó las cobijas, se metió en la cama estrecha, ese espacio que no conocía a otro visitante que no fuera él. Tenía frío, empezó a sudar. Quiso ir por una aspirina al baño o a la cocina, por un momento no supo dónde estarían. Recordó fragmentos de su día, la conferencia, la joven coordinadora que lo acompañaba con esa cabellera esponjada, la señora del vestido floreado, las grotescas mancuernillas del comisionado. Como una secuencia de cine mudo que va acelerándose, pasaban las imágenes por su afiebrada cabeza. Volvió la mesa de encino a su mente, acercándose y alejándose, rotando sobre su eje.

Como era su costumbre, estaba despierto a las cuatro de la mañana leyendo las noticias. El internet le era de utilidad. Primero revisaba la prensa internacional, que para esa hora ya rondaba casi el mediodía en muchos países europeos; leía los diarios sensacionalistas, con “descubrimientos” de nuevos romances de algún primer ministro, el accidente de esquí de la canciller, las fotos del rey sobre el elefante abatido, la mujer con barba que antes fue hombre y ahora cantante. Todo era de su interés; todo era parte del negocio de la política y los medios. No era que los medios ignoraran antes algunas de esas noticias y que, gracias a trabajos éticos de investigación, llegaban a descubrir el comportamiento oculto de los líderes políticos; conocía bien el juego y sabía que desde un medio local —siendo gacetilla, se le “maicea” a través de publicidad y se le dan las notas redactadas

por la oficina de comunicación—, hasta los grandes corporativos, medios con siglos de tradición, responden de la misma manera en su relación con el poder: uno paga y los otros entran a la puja. “No quieres que se sepa tu amorío, cuesta tanto”, “Queremos inversiones en televisión o condonación de deuda por papel, aquí tienes este titular para que me mires”, “Aunque seas cíclope quiero tu ojo atento por un momento, lo suficiente para sangrarte”. *Pequeñas sanguijuelas*, se dijo mientras avanzaba en su lectura. El reflejo de la computadora de escritorio le alumbraba las duras facciones, esa cara escurrida, caballuna, con la que los caricaturistas se habían regocijado durante su presidencia. Los ojos profundos de ave de rapiña, nerviosos, saltarines. Al finalizar su revisión, quedaba de mejor humor.

Hacía tiempo que no se le mencionaba ya en los medios de su país. Lo conocían como el Ex. Había nuevos escándalos que atender, nuevos proveedores subministraban al cuarto poder sus insumos de trabajo.

Una hora era suficiente para saber en ese día por dónde iría la veleidosa opinión pública. Diez minutos antes de las cinco de la mañana le llevaron una pequeña colación de fruta y miel, la suficiente para permitirle la hora y media de ejercicio que lo esperaba. A las siete de la mañana estaría oxigenado, informado e impecable en su vestir para sus actividades. Los setenta años no lo habían doblegado aún.

Esa mañana su concentración era frágil. Al entrar en la piscina sintió el abrazo del agua templada, el peso de su cuerpo se modificó, una ligera levedad lo invadió, le quitó el punto de apoyo, flotó por un instante y comenzó con el calentamiento, avanzando despacio, jalando en cada brazada el agua inasible. Soltó el pensamiento que lo había acechado mientras revisaba internet: *¿Cómo será a mi edad?*

Se hacía preguntas sobre la niña que pudo ver un par de veces hace ya cinco años en los brazos de su hija y de la que había rescatado un par de fotos. Su testaruda hija María, quien nunca le perdonó esa vida que le dio: lujo y dinero, quien huyó de su lado, al saber de los amoríos de papá —como si no tuviera la edad suficiente para entender la tensión sexual que se despierta en el ser humano—. Cómo iba a saber que en esos años su esposa llevaba ese mal gestándose en su garganta. Le procuró la atención más esmerada; diario era revisada por los médicos militares. La salud de ella y la suya eran asunto de seguridad nacional, secreto de Estado, que pasaba por pocas manos. *Claro, las suficientes para que cualquiera se entere y venda esa información al mejor postor. Siempre hay compradores de lo irrelevante. Bueno, María es un caso perdido. ¿Cómo será Henriette a mi edad?, ¿qué escasos recuerdos tendrá de mí? Braceaba. Tal vez la genética se empeñe y le deje algún rastro mío, indeleble, listo para depositarlo en la siguiente generación. No se detendrá en lo físico, viajará por esos lugares secretos de la mente, por esos mapas caprichosos de la genética. Rasgos míos en ella que reconocerá. No los rasgos que muestran esos pobres diablos que de mi figura han hecho un escarnio, mi mentón alargado, caricaturizado, adornado por colmillos goteantes, mis ojos extraviados en la tinta de esos “humoristas” a sueldo. El tritón de barba blanca y mirada severa se movía ligero en el fondo del agua. Conozco el rol que me toca, al haber entrado en las entrañas de la bestia, al intentar darles un futuro mejor. Pero si se niegan, entonces que se retuerzan en el mismo infierno de la mediocridad, que se sigan matando entre ellos. No hay tiempo para ese juego. Ya le tocará a otro ocupar mi lugar; ahora mis energías son para Henriette, voy a encontrar el modo para que me conozca, no por historias de terceros, de libros pagados y documentales hechos por mis enemigos. Ni María pinta en este entierro; lo*

único que le permite aparecer es su función de eslabón entre nosotros, un eslabón que ata arriba y abajo y que está oxidado; en ella me ganó su madre, esa mujer quebradiza a la cual no pude descifrar. Qué paradoja me juega la vida, a mí que me conocen propios y extraños como el Zorro, el astuto de estos juegos, el que sigue en pie, al que vienen a pedir favores, de una mirada reconozco ambiciones y debilidades de quien se me presente, que escucha más allá de los tonos comedidos con los que se me acercan, puedo verles las entrañas a través de esas miradas huidizas, de esos cuerpos encorvados, prestos para recibir lo que sea. Con todo este don que algún antepasado me heredó, no pude ni puedo ver ese mundo de mi hija ni de su madre, esas dos convidadas de piedra que me acompañaron por veinticinco años. Me llevará tiempo entender el juego de María, descifrar su oferta. Ella sabe que al haberme mostrado a Henriette, mi instinto me llevaría a ella; tal vez eso quiere: que me acerque, ¿para qué? No sabe que Henriette lleva más de su abuelo que de sus progenitores, la loca de mi hija y el anglo descolorido que prestó la semilla. No voy a permitir que los caprichos de su madre impidan que a esa niña se le niegue el destino que le corresponde, el de gobernar.

Siguió nadando sin pausa. Terminó cuatro minutos después de lo acostumbrado, algo en el tiempo no estaba bien calibrado esa mañana. Se sintió incomodo; bien sabía que los minutos con sus segundos no se pierden así porque sí.

La pregunta lo seguía, como un cachorro fiel, a una distancia que no le permitía alejarse de esas dos palabras con las que iniciaba: *cómo será*. Estaba seguro de que podía dar respuesta, sólo necesitaba estar con su nieta, activarle su descendencia. *Si no es Henriette ¿quién?* Se preguntó preocupado por la ausencia de esos minutos al inicio del día.

Al salir de la alberca, el agua poco a poco regresó al tenue movimiento que permitía ver los azulejos brillantes en el fondo del piso.

Minna sintió esa agradable fatiga sobre el asiento trasero del taxi. Le dolían los pies y las piernas por el baile. Su cabello impregnado del humo del cigarro mantenía su caída suave. El taxista era un hombre moreno, fibroso. Conocedor de las criaturas de la noche, preguntó la dirección a dónde llevarla y se volvió una presencia discreta, lejana. Minna mantenía el sabor a grasa en la boca, mezclado con el último trago de la botella de tequila comprada junto con un six de cervezas que no lograron terminar en una de las tiendas de luces neón que habitan las esquinas de la ciudad. El taxi fluía sobre las vialidades que estaban a punto de saturarse como todas las mañanas. Un destello de energía venció el adormecimiento que mecía a Minna, se asombró al ver esa breve mutación de las madrugadas, en espera del primer rayo de luz. Bajo las farolas de las calles aún

encendidas, los trasnochados como ella regresan a sus ansiadas camas, cruzándose en su camino con los madrugadores, presurosos para hacer sus dos horas de viaje al trabajo. Todavía las sombras se mueven en una tenue oscuridad, rostros no definidos. Es un breve momento de somnolencia colectiva entre los que van rumbo al sueño y los que por rutina o necesidad son arrancados del mismo. Una mezcla de cansancios. *Viernes, seis de la mañana*, pensó Minna después de escuchar la voz de la periodista más popular de la ciudad, su excompañera de la Universidad, su competidora de esos años. Hay rivalidades que sólo permiten el acceso de un ganador. No podía haber dos periodistas con la misma audiencia y seguidores. No, la dulce Letizia le ganó la partida, el trabajo y las audiencias masivas. Sabían ya poco una de otra, aunque esa noche había salido el nombre de Letizia en la conversación, empezaba a recordar sin el ímpetu de hace un momento:

—¿Minna? ¡Eres Minna! —le gritó Mateo al reconocerla en los espejos del lavabo—. No lo puedo creer, estás igualita. Bueno, más guapa.

Minna intentó una sonrisa y regresar al baño de mujeres para quitárselo de encima.

—Soy Mateo, ¡Ma-te-o! ¿No me digas que no me recuerdas? —se paró frente a Minna con un gesto estático. Llevaba el cabello corto, rizado, la cara afilada mostraba unas ojeras pronunciadas, sobre ellas unas espesas cejas que casi se tocaban, la barba empezaba a no respetar el rasurado de un día anterior y le cubría parte del rostro, sus orejas pequeñas parecían de un roedor. La sonrisa amplia le empujaba los ojos caídos; vestía un traje Boss de tono cromado, unos tenis deportivos de lona y una camisa

estampada ceñida por donde asomaba un vello espeso— ¿Ya te acordaste? —seguía obstruyéndole el paso mientras un grupo de jóvenes caminaba rumbo al baño, forcejearon un instante entre quienes entraban y salían. Fuerzas encontradas, con un solo cause para seguir su camino y poder vaciar o llenar la vejiga. El lugar era “El Morgana”, un sitio de dos pisos, abría sus puertas disfrazadas de fauces a las dos de la mañana para cumplir su jornada laboral de ocho horas. Había unas máquinas checadoras, mal esmaltadas, a la entrada con unas tarjetas amarillas al lado donde se podía perforar la hora de entrada y salida. Los buenos bebedores, si cumplían su horario, tenían una promoción en su próxima visita. A las cuatro de la mañana no cabían más personas. Muchos esperaban afuera bebiendo; si el bullicio no alcanzaba la colonia próxima, la fiesta se extendía por las calles aledañas. Un buen sitio para “seguir, seguir... y no parar”, como decía el *DJ*, un cubano de brazos fornidos que vestía una playera con la foto de un mono y la leyenda “Soy igual que tú, no más experimentos”; su gorra morada, con letras plateadas, tenía una gran visera que dirigía a uno de sus lados, la cabeza flexionada junto al hombro detenía uno de los esponjados audífonos blancos, los cuales brillaban en la penumbra del lugar. Sus pantalones entubados le permitían movilidad y pinchaba los discos con destreza. Tenía al público donde quería, a su ritmo.

Mateo tomó a Minna por el brazo y la jaló a un costado para dejar libre el paso. Los jóvenes seguían yendo y viniendo como filas de hormigas alienadas al ritmo de los tambores africanos. En un momento pudieron subir los escalones y regresaron a la música estruendosa, luces que alternaban con un rayo láser junto con hologramas

de personajes de la Guerra de las Galaxias: Joda y Chewbacca eran los reyes de la noche al ritmo caprichoso impuesto por el DJ.

—¿Quieres tomar algo? —le gritó al oído Mateo.

—¿Qué? —no fue necesario que la escuchara, Mateo fue y regresó con dos cervezas y dos mezcales en pequeños vasos como el ojo electrónico de R2-D2 (Arturito, como se le conocía en el bar). Le hizo una reverencia a Minna y se lo tomó de un trago, después acabó casi con la mitad de la cerveza. Ella hizo lo propio con sus bebidas. Tenía ganas de bailar, la energía le había regresado con esas pastillas que le dio Mateo. Bailaron y bebieron tres rondas más, ninguna permitió Mateo que pagara Minna. A las cinco llegaron los jedís, en la pista sólo se veían sus espadas neón y el zumbido que hacían. Lucharon ferozmente con los siths a un ritmo de tambores japoneses. Minna y Mateo no se quedaron a ver el desenlace de la batalla. Salieron del lugar y buscaron algo para comer. Una taquería cercana los esperaba entre los humos de la carne.

—¿Cómo puedes comer esto? —dijo Mateo, mientras Minna con rapidez bañaba de dos salsas el taco— ¿Sabes las calorías que tiene?

—Después de lo que te acabas de beber no me hables de calorías —respondió Minna masticando y cubriéndose la boca con una servilleta—. Están buenísimos; voy a pedirme otros, ¿quieres?

—Mejor una cerveza —respondió Mateo arrastrando las palabras—. Sabes que tiene años que no venía.

—¿Aquí? —respondió Minna mientras se pasaba el último bocado con un trago de cerveza.

—No, que no regresaba. Vivo en... llevo cinco años en Mallorca —Mateo le hizo una seña al mesero para que le trajera otra cerveza—. Me cansé de los fríos europeos, canadienses y gringos.

—Ahhh —lo interrumpió Minna—, cambiaste; eras cachetón y llevabas el pelo largo. Pero qué despistada. No te pareces nada —recibió su segunda orden y volvió con destreza a prepararlos.

—No sé dónde te cabe todo eso —dijo Mateo mientras limpiaba con una servilleta el pico de la botella—, deberías de estar hecha una ballena con esas provisiones. Esta cerveza regional no está mal ¡eh! —no pudo contener un eructo— Perdón. ¡Prrrrf!

—Bueno, no siempre es así —respondió Minna, disimulando su asco por el eructo—, hoy es día de fiesta, pues cambio de aires.

—¿Cómo? —de nuevo iba a eructar, pero logró que el gas de la cerveza no saliera con sonido.

—Sí, terminé con *La Tercera Página* después de quince años de ayudar a fundarla. Mi Golem me da las gracias...; bueno, me da un carajo, ¡qué gracias ni qué nada! ¿Y tú qué haces?, ¿cómo vives en Mallorca?

Mateo observó a Minna, su nariz recta, el cabello lacio oscuro sobre los hombros, los ojos grandes y expresivos, unas pestañas largas, sus discretas arrugas en la comisura de sus labios bien delineados. *La ha de mamar rico.*

—Seguí trabajando con el Ex. Una vez que dejó la presidencia nos fuimos a un órgano internacional de esos que les da la ONU a algunos políticos en retiro para que se vayan al exilio dorado.

—¿El Ex? —lo miró Minna mientras pensaba, seguro me cuenta una de sus historias como en la Universidad. Lo recordaba por mitómano.

—El presidente, el expresidente.

—¡Aaah, el Ex! —suspiró Minna como quien descifra algo importante—. Pero, ¿no estabas con Letizia en una agencia?

—Eso fue antes. Trabajé con el Ex los ocho años de su gobierno. En el argot boxístico inicié de aguador y terminé siendo apoderado. Lo seguí en su salida del país y durante cinco años en organismos internacionales, sorteando a medios como los tuyos que nos traían jodidos —la miró con reclamo—; pero, bueno, ya aprendí que no es personal, nada en este negocio es personal, se trata de vender. Lo bueno en esto es que nada es eterno y los que nos sustituyeron en el gobierno nos ayudaron a quitarnos de sus colmillos —volvió a mirar a Minna ahora con libido encendida en sus ojos—. Vaya pen-dejos que escogieron, lo bueno es que eran de la oposición. No sabes lo que son. Al Ex lo siguieron tratando como presidente. Lo consultaban, le pedían recomendados. Ahí me tuvo a su lado. Calladito, conociéndolo como pocos. Hace un par de años me soltó, inicié mi empresa, bueno, él puso las relaciones y tu servidor la linda cara, setenta / treinta son los porcentajes —bebió un último trago largo de la cerveza—. Organizamos conferencias con otros ex y servimos como una especie de oficina de empleo para cuando terminan sus gobiernos. Les damos lo que quieren, audiencias y horas de discursos, entrevistas... y, por supuesto, dinero. ¿Sabes que el Ex está de regreso? Quiere hablar, deberías buscarlo.

Minna sintió un cosquilleo en el estómago. Tal vez ya era tiempo de parar de comer.

—Pero si no da entrevistas ni al *Times*.

— A todos les gusta hablar, créeme. Búscalo —miró con desgaño a Minna y la botella vacía.

Minna se había quedado cómodamente apoyada contra el asiento, podía ver el cuello y la oreja derecha del taxista, un ligero frío la recorrió, el sereno. La noche terminaba mejor de lo que había sido su inicio. Se le hacía tan lejano lo sucedido hace veinticuatro horas, como si otra persona fuera la depositaria de esos sucesos y no ella, flotaba entre el sueño por llegar y el alcohol diluido con esa gula de carne, cebolla, salsas y cerveza que acababa de devorar.

Sabía que era un error estar ahí. No se requería ser un genio para entender que regresar a la violenta incertidumbre de donde había salido no podía traer un resultado diferente. Marcelo estaba resignado. Desde niño había encontrado esa herramienta. Aceptaba la vida como le venía. Su tiempo en el otro país fue una breve pausa, para lo que le esperaba. Aunque para él significara otra vida.

Durante dos días no tuvo noticias del coronel. Comió en las cocinas rápidas del mercado que estaba a dos cuadras del cuarto que le alquilaban. Marcelo era uno más de los comensales sin nombre, sin rostro preciso, de miradas agotadas, cuerpos escuálidos, desgastados. Flotaba el cansancio añejo, de años de dar más que lo que se recibe; las señoras y sus grandes cazuelas de arroz y frijoles humeantes los atendían. Hacía tiempo que las palabras se habían guardado,

se comía en silencio, con la mirada agachada, no fuera a ser que la persona de al lado estuviera metida en el negocio. Con una vez que te visite el miedo basta; no requiere más que del recuerdo para seguir presente. En ese lugar de los ignorados se les sembró uno o dos muertitos, para que sepan quién manda; para que la bandita del barrio, el niño capo de la esquina, sienta quién manda. No todos tienen balas, no todos las quieren usar.

Marcelo regresó al cuarto. Sin noticia del coronel. La tercera mañana que estaba entre esas paredes húmedas pegaron fuerte en la puerta, metal con metal. Abrió y vio correr al niño que se perdía en la esquina del callejón. La hoja estaba pegada con chicle en el cristal de la puerta. Nunca una persona precisa daba la orden, siempre eran recados de otros que no sabían por donde venía la indicación. Un laberinto de órdenes que unos pocos conocían su inicio y desenlace. Los demás, como Marcelo, si intentaban seguir el origen de las indicaciones, se perderían de boca en boca.

Arrancó la hoja con cuidado de la puerta, el chicle apenas la sostenía, estaba mojada en la parte de arriba. Leyó despacio con el ojo sano, con calma se fijó en la forma de las palabras, una letra mal proporcionada le indicaba “Pensión de las Gatitas, 9 pm. El Concejal”. No había que preguntar dirección, Marcelo memorizó los sitios y personas a quienes habría que ir a ver. Sabía que lo estarían esperando. Llevaría el sobre y recibiría a cambio otro que dejaría en la oficina de correos del centro en una de las cajas alquiladas.

Calculó las tres horas de viaje que haría en ir a recoger el dinero y encaminarse a los suburbios de la ciudad. “Nada de taxis”, le dijo el coronel, “te vas en los colectivos”.

Bajó del autobús en marcha, sintió el jalón en el talón, trastabilló sin caer, alcanzó a ver la sonrisa burlona del joven chofer por el espejo lateral. Caminó entre calles a medio pavimentar. Localizó la tienda de la esquina (se distinguía de las otras casas grises a medio construir por la barda descarapelada con propaganda de la elección pasada).

Un foco con costra de polvo pendía del techo de la tienda, era un reflejo lejano que no lograba iluminar más allá de los insectos que aleteaban torpemente a su alrededor. Un refrigerador con anuncios de la Estrella de Galicia zumbaba. Cajas de cartón apiladas de botellas de cervezas nuevas y vacías llegaban casi al techo en un equilibrio precario. Un calendario lustroso de años pasados con la imagen de un santo a caballo colgaba detrás del mostrador de madera agrietada. Una mujer encorvada, envuelta en su rebose oscuro, sentada sobre una silla de metal con varias cobijas dobladas. Marcelo imaginó un rostro con arrugas profundas, marchito. Ante su escasa visión, completaba los detalles de lo que miraba con el ojo abierto. Las voces le ayudaban a añadir rasgos a las personas. La vieja se limpió los mocos. “Son cientocincuenta pesos aquí y doscientos a la entrada. El niño lo lleva para que no se pierda”, le dijo mientras chapuceaba su lengua en la saliva que le escurría.

El lazarillo que apareció al lado de Marcelo estaba ciego. Un cuerpo pequeño, frágil, los ojos inmóviles, perdidos en el vacío. Caminaba a buen paso, esquivando cajas y objetos a su paso. Marcelo recordó la historia de los murciélagos que le contó a Henriette aquel día, que ahora le parecía lejano, del paseo por el lago, la nieve y el agua congelada. Se le figuraba algo irreal el camino que seguían con luces que no alumbraban más que una vela. Sintió una leve presión

en espalda y pecho, una sensación más que un dolor. Miró al niño, silbaba mientras caminaba unos pasos adelante. *Tal vez tenga el mismo radar que los murciélagos, lanzando ese silbido que rebotaba con los objetos para esquivarlos. Hay tanto parecido con los animales.* Avanzaba mientras el niño se le oscurecía.

Marcelo no vio milpas al atravesar el largo patio cubierto con láminas oxidadas en los lugares donde el cemento ya no llegó. El techo era alto y los pasos de Marcelo y el niño producían un eco que se iba acoplando mientras avanzaba para sonar uniforme. Una pequeña marcha dentro de esa fina tiniebla. Alrededor, una calma impuesta.

El patio se volvió un pasillo estrecho de paredes enmohecidas; desembocó en una antigua luz que se agrandaba conforme se acercaron. Marcelo pudo ver a través de esa penumbra la cara del niño, la piel cuarteada, los inútiles ojos inexpresivos como si guardaran un humo espeso, los labios eran llagas que escondían dientes podridos, el pelo enmarañado, los brazos cortos, el vientre abultado.

El niño se detuvo al inicio de los escalones que conducían a una puerta que se perdía con la pared. Marcelo sacó una moneda y la dejó en la mano abierta que ya la esperaba. La pequeña mano de uñas largas, mugrosas al sentir el metal, se hizo puño, una pequeña garra. El niño se alejó silbando. Marcelo escuchó cómo el tono se iba perdiendo en el silencio espeso que abrazaba esa oscuridad.

Subió con dificultad los escalones, el cuerpo pesado se apoyaba en un barandal oxidado. La puerta se abrió cuando Marcelo estuvo frente a ella. Dos tipos lo esperaban en un cuarto pequeño: uno gordo, de barba de candado, ojos hinchados y pelo grasoso; el otro pequeño, con la barbilla hacia atrás, mojaba constantemente los labios y respiraba agitado. Vestían de negro, trajes lustrosos que a uno le

quedaba muy apretado y corto y al otro grande y guango, donde apenas salían los dedos por las mangas, como si se hubiera encogido dentro de esa ropa. Ambos intentaban no parecer nerviosos. Revisaron a Marcelo con brusquedad, chocaban entre sí. Despedían un olor amargo, mezcla de humo y cerveza. Uno de ellos, el gordo, pidió los doscientos pesos, su voz era rasposa, como si tuviera atorado algo en la garganta. Marcelo entregó el dinero, el gordo no lo recibió, se hizo a un lado para dejar pasar al de menor estatura; éste se fijó en el párpado caído de Marcelo, señalándolo con un dedo, con la otra mano le arrebató el billete.

—Por qué no lo abres —le dijo con una voz chillona—. Ahorita con las muñecas que vas a ver se te va abrir, güey. Son casi vírgenes, no te la vas a acabar —se le agrandaron los ojos mientras se atragantaba en su risa.

—Limpio —dijo el gordo acercándose y apretando un botón de una rejilla pegada en la pared.

Se escuchó un sonido metálico. La segunda puerta era pesada, no se abrió del todo, sólo lo suficiente para que Marcelo pasara, un par de pasos y topase con unas pesadas cortinas de terciopelo; las apartó. Sintió la suavidad de la tela, se quedó un rato en sus manos. Dudó hacia dónde dirigirse, el lugar era pequeño. Escuchó la música, las canciones no terminaban, se juntaban unas con otras, alguien las interrumpía sin importarles si las melodías se entendían. El humo no escapaba, condensado hacía pequeños movimientos al paso de luces de colores. Había cuerpos perezosos que se juntaban, Marcelo los imaginó. Un par de tubos entre piso y techo, vacíos por el momento. Sintió otra vez la presión, caminó hasta buscar un lugar donde sentarse, de reojo veía sombras, algunos ojos se abrieron

paso en la oscuridad, un par de muecas los acompañaron. Algo crujió en el piso: un vaso roto, olvidado. Se apoyó al sentarse, la mesa de lámina saltó, como un resorte estirado; las sillas hacían juego con la marca de la mesa, un tablero de cuadros entre blancas y negras en el centro, las coronas a los lados. Marcelo esperó.

Edmundo volvió a escuchar el mensaje en el contestador. Le gustaba el timbre de voz de la mujer, un poco grave, que envolvía las palabras. Al intentar escucharlo una vez más, borró el mensaje con el número de teléfono de Minna.

Eran cerca de las once de la mañana. Edmundo descansaba en la comodidad de su sillón, aún no se bañaba, seguía metido en la gruesa franela de su pijama, los escasos cabellos que le rodeaban la cabeza estaban más largos que de costumbre.

Era sábado y podía ir a la peluquería, pediría que lo rasuraran también. Le gustaba la sensación de estar reclinado mientras lo afeitaban, pensaba en lo fácil que sería abrirle un tajo en el cuello, como había visto en esas películas de gánsters que compraba para pasar cada vez más largas temporadas frente a la pantalla líquida.

Pensó en la espuma ligera sobre la barba de un par de días, blanca, una imitación falsa de la nieve. El rasgar de la navaja, esos pequeños movimientos. Al terminar la piel lisa, el ardor de la colonia metiéndose en los poros, calor y frescura alternándose. Un breve instante de sentir ese recubrimiento llamado piel, el órgano más grande del cuerpo humano, había leído o escuchado en una de sus tardes de ocio, cuando aun vivía su gato Kepler, de pelo esponjado y mirada ámbar. Cuando murió una tarde de junio, decidió no buscarle sustituto. Aún lo percibía en mañanas como ésta, su presencia silenciosa, apareciendo bajo alguno de los muebles, doblando su cuerpo en la esquina de una puerta, frotándose con esmero contra las piernas de Edmundo.

Con ir a la peluquería tenía resuelta buena parte del sábado. Después daría un paseo, comería en alguno de los lugares a su paso. Le gustaba la zona donde vivía, esas pequeñas islas que habitaban las ciudades donde se podía seguir haciendo vida de barrio, bajar a comprar el periódico al kiosco de la esquina, el peluquero, los cafés. Una pequeña ciudad dentro de la ciudad, que lograba sobrevivir a los depredadores de la construcción, a los burócratas de obras públicas. La suerte de tener una iglesia colonial cerca, declarada patrimonio histórico. Algo bueno deja la Iglesia, se mofaba con frecuencia, cuando recorría las calles de su colonia y contemplaba esa pequeña construcción de piedra sobre piedra, austera, para ser un reflejo de una de las instituciones más corruptas del mundo. Buen negocio el juego de la fe, lo repetía con alguno de sus colegas que todavía frecuentaba. Con alguno de los sobrevivientes, como se llamaban entre ellos.

La calma era un lugar común en la vida de Edmundo, su rutina pocas veces se interrumpía, cabían las cada vez más escasas visitas

a la Universidad, compensadas por crecientes visitas a los médicos y laboratorios donde habitan esos seres de batas blancas que van de un lado a otro, indiferentes ante los dolores de su entorno. Esas enfermeras rollizas que le tocaban el brazo, le hablaban como a un niño asustado, “no va a doler”, “vamos a sacar un poquito” y después pinchaban y pinchaban hasta que el dolor inicial se perdía en las siguientes entradas de la aguja en la piel. El mundo de los que curan construido con distancia entre la enfermedad y ellos. Claro que los hay más sensibles, pero al final —o al inicio— siempre estaba la sala de espera. *El médico también tiene su camerino como los actores, como los políticos*, pensó Edmundo.

La visita al médico se convirtió en una más de sus rutinas. La enfermedad que padecía a su edad no se revertiría; vendrían tratamientos para retrasar sus efectos. En esos pensamientos sobre su salud se perdía: Edmundo empezaba largos paseos suponiendo cómo sería el final de su vida. *¿Quién dijo que la muerte es lo que realmente le da sentido a la vida?* En ese momento, aún con su paciencia hacia la enfermedad, no encontraba el sentido final de su existencia, tampoco ninguna revelación divina. Sólo percibía días más largos, sueños más breves y escasos. Como si una gran pausa lo habitara y sus años de intenso trabajo no le pertenecieran, eran recuerdos que formaban un capullo vacío, abandonado. Tampoco estaba la energía del miedo o la ira. Su garganta hacía tiempo que no conocía un grito, sus escasas clases eran un murmullo para quien le escuchara desde la primera fila. Desde hacía tiempo, lo rodeaba ese extraño silencio que había iniciado en sus noches de insomnio y ahora estaba instalado en sus días. Amortiguaba su ambiente, las voces, movimientos, el ruido del día a día desaparecía o se percibía lejano. Una agradable

distancia lo separaba de su entorno. Se empezaron a hacer más neutros los colores, menos vivos, sin llegar a opacarse del todo; parecía que alguien apagó un interruptor en su vida para hacerla más tenue, más neutra... más fácil. *¿A quién le deberé este regalo?*

Despertó con un sabor metálico en la boca, tenía sed, le pesaba el cuerpo y la cabeza parecía girarle como en un carrusel. La luz era un martirio, le daba de lleno en la cara cubierta por la pijama que no alcanzó a ponerse. Estaba tumbada en la cama en la misma postura en la que se dejó caer. No recordaba con claridad el camino de vuelta a su casa, aparecían fragmentos: los asientos fríos del taxi, las escaleras que se balanceaban en cada paso, la puerta que se negaba abrirse, la breve batalla para descalzarse y liberarse del pantalón y brasier. Los reflejos de luces neón le aparecían en el interior de sus párpados como manchas que se iban esparciendo para dar paso a una oscuridad ahuyentada por punzadas y ese molesto zumbido en los oídos. Le dolían las piernas, la espalda, tenía la sensación que deja el ejercicio a los primerizos ilusionados que se aventuran

en algún deporte y pagan la consecuencia de la inactividad con días de dolores musculares, de movimientos robotizados.

Minna sentía como si la hubieran dividido en dos, un cuerpo quejoso, contrario al de la noche anterior, alegre, ligero. Intentó posarse de lado, lo logró con un giro; le costaba fijar la mirada. Se aventuró a pararse; la cama, la mesa, el armario se le acercaban y alejaban.

Recordó con dificultad a la última persona con quien conversó, era alguien conocido, no retuvo su nombre, era un compañero, un alivio momentáneo de asirse a alguna imagen se abrió paso en su malestar; mientras, el sudor frío le recorrió la nuca y las sienes, le humedeció pecho y espalda. Corrió hacia el baño sin poder controlar los espasmos de su vientre. El abdomen exprimido, la garganta con un regusto ácido. Permaneció junto a la tasa del baño, sentada en el suelo, respirando pausada y profundamente, como si el aire pudiera detener esas bruscas contracciones. Con dificultad logró pararse apoyada en la pared. Las náuseas volvieron, pero en esta ocasión la arcada sólo trajo saliva espesa que se detuvo en sus labios aún con parte del carmín rebelde. El estómago vacío intentaba arrojar sin éxito algo más.

Minna se vio en el espejo, pálida; su cabello lacio, revuelto y los ojos manchados de rimel. Su rostro era una mueca de dolor, un payaso mal pintado, de un blanco cenizo, opaco, con sombras en su mirada. Se esforzó por mantenerse en pie, volvió a fijarse en el espejo diáfano, le mostraba una claridad de la que estaba huyendo. Un ligero estremecimiento fue recorriendo su cuerpo, su reflejo se fue distorsionando, empezaron las lágrimas, al principio breves trazos sobre su rostro que fueron aumentando hasta el ardor de sus ojos.

Sintió que una presión le recorría desde el estómago hasta su garganta. *No, por favor, otra vez no*, como si con su súplica detuviera las arcadas. Abrió la boca sin emitir sonido, se estremeció más fuerte, sentía ahogarse como en esos sueños cuando despertaba sin aire. Lloró. Otra vez lágrimas le acariciaban la piel, acompañadas de un sonido de queja, gritos ahogados —como si regresaran de donde provenían— se cortaban entre ellos. Ya no pudo ver su rostro, no veía nada. No quería ver.

Las mujeres caminaban con zapatos de plataforma y tacones altos; las obligaban a moverse como payasos sobre zancos. A esa hora de la madrugada ya no importaba su aspecto; el alcohol y el deseo hacían el resto para los parroquianos que las llamaban, las besaban, las manoseaban y con manos torpes sacaban la morralla y pedían el siguiente trago. Muchos de ellos no lograrían más; ellas, taimadas, los llevarían hasta exprimirles el último centavo. Se dejaban hacer mientras las monedas y los billetes fluyeran. Cuando se terminaba el dinero, ellas, hábiles, desaparecían con un beso o caricia al aire, invitación para regresar.

Marcelo pidió un refresco, mala señal para las lugareñas y los que sirven. “Éste viene por otro negocio” o “es un pajeiro y sólo viene a mirar”, se dijeron. Pasaron la voz, de que había una persona

sola, de párpado caído que no tomaba. El mensaje y la presencia de Marcelo tardaron en llegar al destinatario. Regresaron otro par de mal encarados, *siempre un par*, pensó Marcelo. “Perro solo, perro pateado”, le habían dicho en la academia. Se pararon uno enfrente y otro atrás de Marcelo. No eran tan diferentes a los que lo recibieron. Uno más grueso, uno más delgado. Le recordaron a ese par que un día de festejo en la academia les proyectaron en una pared descarapelada. Ese Gordo y ese Flaco que les pasaba de todo y, sin emitir sonidos, hacían reír a los compañeros. Éstos, a diferencia de aquéllos, no estaban para hacerlo reír; al contrario, Marcelo sabía que estaban para dañar. Violentos, como eran, descargaban su ira en las chicas o en algún visitante que no pagaba la cuenta. El flaco miraba a Marcelo de frente, le hizo un movimiento con la cabeza, la dobló hacia el hombro indicándole el camino. Marcelo se levantó apoyándose en la mesa, la lámina se sumió y rebotó cuando Marcelo la liberó de su peso haciendo un sonido que se perdió en la música. La botella de refresco dio un giro sin lograr derramarse. Avanzaron rumbo a los baños, Marcelo iba en medio de ellos, pasaron un cuarto con sillas y espejos, las mochilas y ropas de las chicas del lugar se esparcían sobre un par de sillas y otra mesa de lámina. Cosméticos y pintalabios sin cerrar. Marcelo observó un juego de pestañas postizas, se le figuraron delicados insectos a punto de iniciar un movimiento.

El tipo de atrás, el gordo, dio un resoplido al ver la ropa interior, las tangas rojas o negras, se metió una al bolsillo sin que lo observaran. Siguieron por un corredor húmedo, sin ventanas, focos prendidos por un par de cables abrazados. Marcelo rozaba con ellos, al contacto, las sombras cambiaban de lugar, se mecían.

—Espera —le dijo el flaco con voz severa. Vio sus ojos sumidos, pequeños, dos capulines negros que se clavaban sin expresión alguna.

Marcelo no se giró, permaneció donde le indicaron. Obediente esperó unos segundos hasta que sintió una punzada por detrás de la pierna a la altura de la rodilla, el tipo de atrás le golpeó fuerte con un tubo. Marcelo se dobló, cayó hacia delante, escuchó el golpe de sus huesos contra el piso. Se quedó hincado, apoyado con las manos sobre esa superficie áspera, cuarteada de donde salían hileras de pequeñas hormigas que avanzaban serpenteantes.

—Cuidadito y te pasas de verga —gritó el gordo escupiendo saliva entre los dientes. Marcelo no se movió. Se trataba de aguantar, conocía el camino, seguirían unos golpes más. Iniciaba ese proceso de desconexión como si fuera otro el que recibía el martirio; claro que sentía, pero qué era esto en comparación con la academia.

—Así que no te mueves putito —dijo el gordo; sus palabras se perdían en una respiración exaltada—. Te voy a meter esto por el culo —le acercó a la cara el tubo con el que lo había golpeado, percibió el olor metálico, oxidado.

—Se ve que te encanta mamar —dijo el flaco al darle un golpe. Una especie de mano metálica se había apoderado de la espalda de Marcelo, sintió su efecto por dentro, expansivo. Por fuera quemaba la piel. Por un momento Marcelo dejó de respirar. Tosió y una breve bocanada de humo entró rasgando sus pulmones. Se abrió la puerta, salió el flaco *o ¿entraba?*, la confusión fue desapareciendo a medida que el dolor bajaba. El flaco, de frente amplia, cuadrada y nariz chata, tenía el aspecto de un pequeño simio de brazos fibrosos, con venas saltadas; le ordenó que entrara moviendo de nuevo la cabeza. Se quedó en el marco de la puerta mientras Marcelo, adolorido, la cruzaba.

El cuarto no estaba bien iluminado. El humo se esparcía indiferente entre la penumbra. Era una bruma que escondía los rostros y amortiguaba las voces. Parecía como si dentro de ese cuarto el tiempo hiciera una pausa sin dejar de consumir a los presentes. Era una caverna donde había pasado un pequeño éxtasis colectivo y quedaba el vacío siguiente. Pereza y sueños mal logrados.

—Pásele... pásele... tómese algo —dijo a Marcelo la voz opaca del concejal. Sin embargo, nadie le ofrecía nada. Palabras que, sabía, se dicen por decir— ¿Cómo está el coronel? —continuó el concejal que empezaba a regresar del letargo para decirle a los demás qué hacer— ¡Pásame la carpeta! —ordenó. Al instante salió de la sombra una cara cacariza, acompañada de un cuerpo escuálido, ni la falta de luz ocultó los poros grasosos, las marcas de acné en la piel, los sebosos cabellos largos que intentaban ocultar la calvicie de esa cabeza ovalada; sus pasos, más que andar se arrastraban. Regresó con el sobre, no sabía a quién dárselo, al concejal que se mantenía en la penumbra o a Marcelo que estaba parado a unos pasos de la puerta.

—Ah, qué pendejo eres —dijo el concejal—, ¡dáselo! —El hombre de aspecto escuálido se tardó un momento en reaccionar como si la orden no fuera para él. Le extendió el sobre a Marcelo, sin soltarlo esperando a que le entregara los billetes. Marcelo sacó de su chamarra una bolsa bien amarrada con cinta canela; eran billetes con la denominación más alta, de color púrpura y verde, dos fajos nuevos con olor a papel y tinta. Se escuchó el masticar y risas breves de cuerpos que se acomodaron sobre la imitación piel de los sillones.

Una mano gruesa de uñas amarillas, cogió la bolsa con el dinero. Caminó hacia la tenue luz, pasó junto a Marcelo sin mirarlo, contó

los billetes, se hizo un silencio interrumpido por el murmullo veinticinco, veintiséis, veintisiete...

—Está bien —dijo el hombre de las manos grandes y volvió a contar.

El cacarizo le entregó a Marcelo un sobre amarillo, desgastado, amarrado con una correa alrededor de ese punto púrpura. Marcelo no lo abrió, sabía lo indispensable, contenía papeles, algún CD, no tenía que saber más, era un simple mensajero. Guardó en otra bolsa el sobre para que no se mojara. Esperó un momento, faltaba una indicación más: el coronel le pidió observar todo, los colores, las personas. Su párpado caído era un buen disfraz, lo sabía el coronel, por eso lo llamó. La voz escondida en la penumbra del concejal volvió hablar, algo obstruyó sus palabras, su voz ya no era tan potente como antes.

—Dile al coronel que le salió barato, que ya estamos a mano... sigue contando conmigo para lo que se ofrezca —la boca por donde salieron esas palabras regresó a su bocado. Se escuchó cómo chupaba, mordía, tragaba y al final eructaba, seguido de un aaaahh...

Hoy no quiero jugar. Mamá insiste en ponerme la ropa con dibujos de princesas, no entiende que no me gusta. No quiero. Gritó después que aventé la cuchara al suelo, me jaló fuerte del brazo y me pegué con la mesa. Me dolió pero no lloré. Sentí calor en mi cara y después un líquido tibio. Mamá se puso pálida, su cara tenía una rara expresión, los ojos sin moverse y la boca abierta, parecía un pescado fuera del agua, como los del súper. Me gustó, parecía una cara de mis monstruos. Reaccionó un momento después y corrió a mi baño a la bolsa que tiene una cruz verde. Sacó mucho algodón y gasas de las que raspan y empezó a limpiarme, ahí sí llore. Cuando terminó con su voz suave me ofreció salir a comprar pastel e ir al cine y, si daba tiempo, buscaríamos algún libro de vampiros, luego dijo que mejor no. Mamá mueve mucho las manos cuando habla. Estaba menos

pálida cuando sonó su teléfono, al que siempre está viendo y no deja ni cuando se va a dormir, dijo algo sobre “es que simplemente no puedo”, se tapó la boca otra vez e hizo una cara graciosa, como entre risa y llanto, se le marcan mucho las arrugas y su pelo va para todos lados. Lo tiene como el de mis muñecas, largo y lacio. Cuando se fue de mi cuarto saqué el regalo de Marcelo —lo tengo escondido detrás de la mesa—, es un vampiro de madera que él talló, le pintó unos colmillos y unas gotitas de sangre. Cuando me acuerdo de Marcelo ya no me dan ganas de jugar ni de comer pastel o ir al cine. Me quedo en el cuarto y juego con mi vampiro, vuela sin chocar. Marcelo no se parece a ninguno de los amigos de mamá. Es moreno, grande y no le funciona un ojo, lo tiene tapado, parece un pirata. Su cara no es muy alegre. Mamá se queda callada cuando le pregunto por Marcelo. No dice nada, compra algo o se sale del cuarto. Un día me dijo que no sabía y que tal vez estaba muerto. Eso no es cierto, si estuviera muerto ya hubiera venido en forma de murciélago —como él llama a mis vampiros—. Tendría un solo ojo y también un radar para no chocar. Me gusta quedarme a solas en mi cuarto viendo las fotos del libro de vampiros, tienen unas orejas puntiagudas, grandes, una nariz como de cerditos, y sus ojos son de un negro como el cabello de Marcelo. Platico mucho con mi vampiro de madera, iremos a rescatar a Marcelo porque tal vez con su ojo que no ve chocó y está en la policía o en el hospital —en la escuela me enseñaron que, cuando se choca, ahí se puede ir—. Mamá habla cada vez más por teléfono usando el idioma de Marcelo. Ella piensa que no le entiendo, mejor. Marcelo me enseñó palabras, hablaba mucho conmigo, todo lo que sé de los vampiros él me lo contó. Es cierto, se equivocó en lo de chupar la sangre, pero sí tenía razón en que no le tienen

miedo a las cruces, como dicen los niños del colegio. A mamá no le gustan los vampiros ni las arañas de mis libros, pone caras feas si se los acerco. Una vez Marcelo me regaló una araña de plástico del tamaño de mi mano, olía como las llantas de los carros nuevos, era suave y chiclosa cuando estaba en el sol, había que tener cuidado para que no se le rompieran sus patas, pero se fueron rompiendo cuando los niños de mi escuela me la querían quitar y la *miss* me la arrebató abriendo mi mano con fuerza. Me regresaron la araña después de que mamá habló con la *miss*. Le dejaron cuatro patas de las ocho que tenía. Mamá la iba a tirar a la basura, pero logré quitársela, la apreté fuerte y grité como nunca; cuando me dijo que no me la quitaría y la pude escuchar dejé de gritar. Los gritos con mamá funcionan siempre que hay más personas. Si grito hace otra de sus caras graciosas, porque sonrío y habla sin despegar mucho la boca, pero me aprieta fuerte el brazo o la pierna. Quiero que Marcelo regrese y me lleve al parque. Me enseñó a no soltarme del columpio y cada vez me lanzaba más fuerte. Me gusta, siento cosquillas adentro de mi pancita, y el aire no me deja abrir los ojos. Dice Marcelo que así vuelan mis vampiros, sus murciélagos. Sin ver, sólo sintiendo la velocidad. Mamá empezó a llevarme con una señora, que me pregunta muchas cosas, luego me da lápices y quiere que dibuje, pero yo no quiero. Mamá me lleva desde que mojo la cama en las noches, ella dice que es por mis monstruos y un día quería sacar todos mis libros de vampiros de mi cuarto —por eso tengo que esconder lo que me regaló Marcelo—. No es cierto que por eso me hago pipí, es que sueño que me anda y no me puedo parar y cuando me paro están los niños de mi salón riéndose, también se ríen de Marcelo y eso no me gusta y ahí es cuando me hago del coraje. Si

Marcelo no regresa lo voy a ir a buscar. El otro día intenté dibujar su cara y no me salió. La doctora con la que me llevan me preguntó que por qué pintaba caras tristes y ponía un tache en el ojo. No le quiero contar nada de Marcelo. Cada vez que cuento algo a las personas como mamá de vampiros y monstruos y que Marcelo me platicaba esas historias hacen caras raras y sus voces suenan diferentes. Hablan más rápido o más lento, muy bajo o muy alto como si no les pudiera oír estando enfrente de ellos. Me dan miedo. Marcelo era grande y nunca le tuve miedo. Nunca me gritó. Siempre lo miraban feo cuando caminábamos de la mano. Hoy me va a llevar mamá con la otra doctora a la que le dice *Frau* Hess, es muy bonita, usa unos lentes como de alambre y tiene una nariz recta que parece apuntar a donde habla. Le voy a pintar muchas caras felices, soles y árboles. Ya lo hice una vez y me dijo “Henriette qué bien, ya no tienes malos sueños”, yo sólo muevo mi cabeza y ella anota en una computadora o en una libreta, sonrío. Ya no hace la cara extraña como cuando le hablé de mi amigo Marcelo y sus historias de vampiros y arañas. Cuando llega mamá me dan una paleta y me dicen que espere en la mesa donde tienen libros, no son divertidos, tampoco las muñecas y los peluches. Las veo sin que me vean. Mamá sonrío, pero no está feliz cuando la doctora termina de hablar. Guardan mis dibujos de soles alegres. Salimos de esa casa y me lleva por un helado, al cine o a comprarme juguetes que no uso. Ahora sonrío cada vez que lo hace y su cara cambia. Marcelo no ponía una cara rara cuando hablábamos de vampiros y monstruos. A él sí le gustaban los vampiros —sus murciélagos— y mis monstruos.

Otra tarde aburrida de cine.

Edmundo se relajó en el sillón marrón de la peluquería. Al acomodar el respaldo para su cabeza sintió el frío del metal cromado donde descansaban sus brazos y manos. Mientras esperaba la toalla caliente le dejaron un par de revistas de la farándula donde los políticos compartían portadas con malos actores o pésimos cantantes. Sus vidas privadas estaban urgidas de salir para que el público se deleitará con chismes sobre las próximas bodas, divorcios consumados o el escándalo del momento. No había nota roja, para eso existían los periódicos de la tarde. Los hijos de estos famosos eran captados desde pequeños y al paso de los años llenarían las portadas que ahora ocupaban sus padres. Jóvenes impecables y sonrientes, promesas de la política o de la farándula.

Mientras hojeaba las revistas, Edmundo comentaba con Raúl, el peluquero, que la diferencia entre la política y el *show business* la habían diluido los arribistas del poder con su afán de que los conociera la mayor cantidad de electores, para bien o para mal. Después, el *fotoshop* y la mercadotecnia se encargarían de construir al personaje según las encuestas del momento.

En broma y en serio, Edmundo decía a sus alumnos que el *Diario Oficial del Gobierno* era la revista de mayor circulación de la farándula. Por eso aprovechaba la visita a la peluquería para ponerse al día en el mundo de la política del espectáculo. Ahí estaba el ministro del año recibiendo su premio por parte de los industriales; el líder opositor captado de la mano por los pasillos del aeropuerto con una actriz de películas alternativas. “La progre oposición” se leía con esos títulos remarcados cabeceando la fotografía. Un reportaje sobre las casas del exgobernador, lujosas residencias, retratadas a distancia en la Costa Brava, y apartamentos en París y Manhattan. Nada cambiaba el formato de esas noticias, hoy era un diputado, senador o gobernador, mañana algún ministro. Al presidente se le tocaba antes o después de serlo. Era un buen negocio el de las elecciones para estas revistas de las televisoras; los gobiernos duraban poco y siempre habría algún opositor deseoso de abrir la cartera.

—Profesor, como siempre, ¿verdad? —le preguntó Raúl mientras reclinaba el sillón para dejar a Edmundo en posición horizontal. Raúl hacía una charla cordial, mínima, sobre el clima, algún tema de los periódicos o la queja infinita sobre la corrupción de los políticos. Era alto con un vientre enorme y firme, su cabello rizado, los labios gruesos coronados por un bigote bien recortado; sus manos eran grandes y sus brazos fuertes, con tatuajes poco logrados que lucía

con orgullo. Su acento costeño y la risa franca hacía que sus clientes, por muy parcos en su hablar, terminaran conversando.

Edmundo percibió las cerdas de la brocha mojada, le picaron la nariz a su paso y el olor al jabón esparcido por su cara se intensificó, una imitación de menta o eucalipto. Raúl era hábil, avanzaba quitando pequeños espacios de la espuma en la cara de Edmundo, la hoja de la navaja la limpiaba y regresaba para quitar esa espuma blanca. “Rasurado con navaja libre”, decían unas letras rojas pintadas en el cristal de la entrada. Ladeaba la hoja de la navaja, caminos rectos, lineales al inicio para después seguir por las formas del rostro, la babilla, el cuello, adonde llegara el crecimiento caprichoso de la barba. Recorría tramos sin prisa, concentrado sobre el rostro de Edmundo que sentía cómo tiraba de la piel, disfrutaba ese sonido del rasurado, ese rasgar.

Los temas iban pasando como un guión establecido. A Edmundo le gustaba la rutina. Sabía la próxima pregunta de Raúl y meditaba el tono de su respuesta. Ese mediodía del sábado se relajó más de lo acostumbrado. Cuando la loción le entró en los poros, se sobresaltó, ese calor terminó su ensoñación. El olor a lavanda se fue diluyendo. Sintió un ligero mareo cuando el sillón regresó a su posición inicial, lo empujó el joven moreno que ayudaba en la peluquería, un muchacho de pelos crespos, con un *piercing* en la ceja y una arracada en la nariz; a diferencia de Raúl, era menudo, fibroso.

Edmundo miró el reloj de pared, quince minutos desde que se había sentado, le pareció irreal que en ese lapso se hubiera quedado casi dormido. A lo mejor empezaba a ser como esos viejos que se duermen a deshoras, a quienes sorprenden breves y profundos sueños que no pueden recordar, en la espera del médico, en el

banco o en la peluquería. Los había visto, le aterraba llegar a eso, a cabecear, babear, tirarse un pedo, roncar. Era perder su intimidad, quedar desvalido ante los ojos de los demás y, luego, al despertar, percibir la mirada burlona o de lástima de quienes lo habían observado durante su sueño.

Pagó y dejó una moneda en el bote de las propinas. Se despidieron cordiales como siempre. Edmundo no pudo resistir desviar la mirada de Raúl; quiso imaginar que le guardaría el secreto sobre su breve inconciencia.

Edmundo salió de la peluquería un poco turbado, con la duda de hasta dónde había dormido y hasta dónde sólo eran sus traviesos pensamientos que lo tenían todo el día yendo de una historia a otra sin tregua.

Caminó sobre las baldosas ahora color salmón por el capricho de una presidenta municipal, *esos pequeños reyezuelos o reyezuelas que duran a ojos del tiempo del universo un instante ínfimo, pero que en el día a día tienen el tiempo suficiente para joder las cosas*, y vio el sello en ellas del ayuntamiento que apenas dos años antes había terminado su periodo en el gobierno.

Siguió caminando, en quince minutos estaría en el lugar de comida casera donde acostumbraba ir los sábados; después emprendería rumbo al par de librerías que quedaban en la colonia y tal vez tomaría el café en una de ellas.

No volvió a recordar la carta del poeta que se llevó consigo, le parecía tan lejano ese viaje que ya no ocupaba sus recuerdos principales; tampoco pensó en los recados que escuchó por la mañana en la contestadora, esa voz que le había agradado, a la cual no le podía poner rostro.

Siguió preocupado sobre si había dormido en el sillón del peluquero. La duda lo acompañaría hasta la noche.

Marcelo esperó la llamada del coronel para recibir una nueva indicación. El teléfono que le había entregado cuando lo visitó seguía sin emitir sonidos. Los días transcurrieron con la rutina acordada. Por las mañanas tomaba café soluble y un pan dulce comprado en el amasijo de la esquina. Salía a tomar el camión que lo acercaría a la estación del metro. Hacía un par de trasbordos y llegaba al centro. Le daba cierta aprensión ir en los vagones repletos de personas a esa hora de la mañana. Parado, abrazado a un tubo, intentaba no chocar con otros cuerpos; imposible, se arremolinaban a él quienes no alcanzaban los tubos del techo o se atrapan a su ropa o alguno de sus miembros. Sentía los jalones en el movimiento del vagón. Olía el sudor amargo mezclado con los perfumes y lociones dulces, un aroma que se reciclaba día

con día. Lograba liberarse siguiendo la fuerza de los que buscan la salida.

Al emerger por las escaleras eléctricas aparecía ese cuadro de la ciudad recién declarado patrimonio de la humanidad; eran unas cuantas calles con los edificios que antes fueron palacios y que ahora albergaban restaurantes y negocios de lujo. El gobierno había hecho un acuerdo con un grupo de empresarios que utilizarían los edificios públicos —los palacios— como lugar de sus negocios, a cambio de invertir en la restauración. El gobierno se encargaría de limpiar la zona de vendedores ambulantes y garantizar la seguridad de los nuevos usuarios, turistas, oficinistas, comerciantes, a quienes ya pertenecía ese patrimonio cultural.

Muchos de los empresarios que invirtieron en el proyecto tenían sus viviendas en algunos de los palacios. Un par de hoteles de lujo se habían instalado frente a la alameda. El corredor de artesanías estaba detrás de la Catedral, que se llenaba de recuerdos de las zonas arqueológicas ubicadas fuera de la ciudad. Los turistas no necesitaban salir de ese cuadro principal para presumir fotos con autóctonos del lugar, comprar recuerdos que ellos pensaban eran artesanías y, sobre todo, contar con la seguridad de pasear por las calles sin el peligro de años anteriores en los que se declaraba a la ciudad como más peligrosa incluso que Caracas o Beirut.

“La barbarie no desaparece, sólo se le desplaza a punta de Ejército y granaderos”, confesaba a sus íntimos el alcalde sobre esta transformación de la capital. Había acuerdos con los capos del lugar —algún interlocutor debía tener el poder— para prohibir el paso de sus organizaciones a la zona y dejarles libertad de acción en otros sectores de la ciudad.

Saliendo del lugar de cero tolerancia para la delincuencia, a pocas cuadras de ahí aparecían calles repletas de mercancía china, niños ennegrecidos por semanas sin baño, corriendo por callejones que aparecen y desaparecen a su paso, pordioseros con sus muñones al aire, grupos de jóvenes que inhalaban en bolsas de plástico o cartón, compartiendo espacio frente a puertas de madera podrida, donde cuerpos flácidos con ropa ajustada y maquillaje de la noche anterior esperaban al último cliente para evitar los desplantes del chulo.

Marcelo conocía el lugar, había llevado el paquete que le entregó el concejal en uno de esos callejones. Lo recibió un hombre de baja estatura, corpulento, vestido de negro. Marcelo no retuvo su rostro, eso le causó inquietud, casi a todas las personas las recordaba por algo, pero ese hombre fue una sombra que le quitó el sobre sin mediar palabra, revisando que no estuviera abierto. Desapareció de la mirada de Marcelo con la misma rapidez con que había llegado. Lo había podido observar un instante y, sin embargo, ni un rasgo se quedó en su memoria.

La indicación fue que Marcelo llegara y saliera en un tiempo razonable para sus lentos pasos; nadie lo abordaría, pero tampoco podría quedarse más de lo acordado con los guardianes. Marcelo ignoraba este acuerdo entre el coronel y los guardianes de la zona. La indicación fue caminar un par de calles recto, doblar a la derecha, dos calles más a la izquierda y encontraría el callejón. El recorrido lo hizo con calma. No le sorprendía el paisaje, esos muros grises los conocía, el lodazal de las calles en temporada de lluvia, el desborde de las aguas negras, los tiroteos a toda hora del día. Las muertes violentas, cotidianas, olvidadas. A lo que no terminaba de

acostumbrase su ojo era a ver a los niños abrazados a una pistola o a sus expresiones, adormecidas o violentas, perdidas tras el efecto de los solventes o cemento; con sus cuerpos escuálidos, pronto se aniquilaran entre ellos.

Marcelo recogía los periódicos del puesto cercano a la salida del metro, nunca pagaba, tampoco le preguntaban; ahí estaba su montón metido en una bolsa de plástico transparente y amarrado con un lazo.

El recorrido rumbo a la oficina de correos le devolvía la calma. Las personas iban de un lado a otro, fluían a través de las calles mal terminadas. Los autos no entraban, sólo los peatones invadían las aceras.

La Zona, como ahora se le conocía, no mostraba cables en las calles, esas telarañas de otros tiempos, todo era subterráneo. Ahora había esferas negras que mantenían en diferentes puntos su mirada vigilante las veinticuatro horas del día. Se podía ver en tiempo real algún disturbio, captar la cara del o los agresores, “jamás quedaría impune un crimen”, como lo explicó el vendedor de todo el equipo de videovigilancia del lugar a uno de los socios del rescate de la Zona que compartía ganancias con el jefe de gobierno.

Los ojos azules, como les gustaba llamarles, provenían de una empresa israelita con la más alta tecnología. Hasta ese lugar rescatado por la visión y los acuerdos de un grupo de empresarios y gobernantes jóvenes, que habían compartido aulas en los colegios y universidades de buen nombre —la mayoría del extranjero—,

llegaba un murmullo que se mezclaba con grandes aparadores de cristal, sus calles delineadas, el aroma de jabones biológicos, el café recién molido, música ambiental con sonidos de mar. Había que aguzar el oído un poco y se percibía una vibración lejana, un permanente zumbido, un enjambre mal oliente lo suficientemente lejano para no ser visto. Ese zumbido condensaba los gritos de los ambulantes, las peleas por los espacios de distribución de la mercancía, los gritos anteriores de los muertos, los golpes del día a día. Hasta ese lugar no llegaba la belleza restaurada de la Zona. Pacientes esperaban ver regresar a algún astuto que, tentando a la suerte, pasara a su lado. Ahí no hay más ley ni acuerdo que el odio del momento.

Minna logró tener más claridad acerca de lo que haría en los próximos días. Se dedicaría a la entrevista del tal Edmundo Aguilar porque no tenía por el momento algo mejor que hacer. Había dormido casi un día entero, sentía pesado su cuerpo, el mareo había pasado y un leve bienestar le abrió el apetito. No tenía noción del tiempo. Los últimos recuerdos le parecían lejanos, irreales: el fin de una etapa profesional en *La Tercera Página*, el encuentro inesperado del excompañero de la Universidad, la entrevista a una persona de la que nunca había escuchado y ese terrible malestar que no experimentaba desde que egresó de la licenciatura el día después de la fiesta de la graduación.

Quería salir de su departamento. Como de costumbre, sus provisiones eran escasas, no había más que una bolsa a medio llenar

de espagueti, otra de arroz y una de sal. Cuando surtía su despensa para la semana, no calculaba bien, a veces compraba mucho y se le echaba a perder la fruta o la verdura, otras —como aquel día— las provisiones no llegaban ni a media semana.

Salir a comer era una buena opción para Minna; después pasaría al supermercado para hacer la compra y quitarle horas al letargo del domingo. Tenía antojo de un jugo de carne o caldo de pollo, algo que le asentara el estómago saltarín que sólo aceptaba agua y suero.

Minna consiguió el ánimo para una ducha breve, fría, que le ayudó a desprezarse del todo. En el baño se observó en el espejo: sus pechos todavía no cedían a la edad, los pezones erguidos por el frío, pequeños puntos en la piel, los coronaban. Su abdomen era firme, al igual que sus piernas, largas y torneadas —la práctica de ejercicio la mantenía en buena forma—. La luz que entraba por la ventana opaca le recorría el cuerpo, alumbrando el ligero vello que abrazaba su abdomen —esos pequeños intrusos transparentes, adheridos a su piel, se desplazaban hacia abajo, dejando una pequeña estela que sólo se descubría por el sol de la mañana o por el tacto suave o febril de una mano invitada, y marcaban el camino hacia un vello castaño y tupido donde asomaban unos labios cerrados, delineados por un tono púrpura que guardaba matices más vivos en su interior.

Hace años, venciendo sus temores y complejos, Minna tomó un espejo e inspeccionó detenidamente su sexo. Se había rasurado, dejando al descubierto esa parte de su cuerpo que durante la adolescencia le creaba dudas sobre sus bondades, incluso una cierta repulsión y una obsesión de olores desconocidos pero que imaginaba poco agradables, ello a consecuencia de su larga formación en

escuelas de monjas. Entonces, escuchaba con atención las historias de las compañeras que tuvieron la regla por primera vez; sin preguntar, dejaba que la información a su alrededor brotara para luego depurarla y formar su propia historia. Como en muchas otras dudas en su vida, buscaba datos sueltos para darles formas. A diferencia de esos años ahora se gustaba.

No quería conducir. Salió a buscar un taxi en el sitio de la siguiente calle. Afuera de su edificio sintió una mejoría al inhalar profundo; el aire era fresco, había llovido la tarde y la noche anteriores mientras Minna dormía; el cielo aún mantenía algunas nubes cargadas de lluvia. Con manos torpes cerró su chamarra hasta el cuello, se envolvió en el chal dejando una especie de nido naranja alrededor de su cara. Caminó escuchando el sonido amortiguado de sus pasos en el pavimento mojado. Las calles vacías se acompañaban del murmullo de agua que corría presurosa hacia las coladeras, sonido tenue de un río prestado.

Minna llegó al sitio de taxis, había un hombre mayor recargado sobre la puerta del copiloto del auto con franjas de colores intensos. El hombre mecía sus pies a la orilla de la banqueta, era de mediana estatura y canoso, tenía un bigote tupido, gris y con manchas amarillas, fumaba sin despegar el cigarro de su boca. El humo parecía no molestarle, le recorría la cara para tomar diferentes direcciones al toparse con la visera de la gorra de pana.

A pocos metros de llegar hasta el taxista, Minna imaginó el olor a humo añejo del interior del auto. Su olfato no estaba para pruebas de resistencia. Antes de poder dar marcha atrás reconoció el color sepia de *La Tercera Página*, era tan familiar ese papel que sabía en qué sección estarían los ojos del taxista. El suave perfume de Minna se abrió

paso entre el olor del cigarro. El taxista cerró el periódico, se escuchó cómo se arrugaban las hojas ante el pequeño forcejeo por doblarlas en la marca inicial como salían de imprenta. Minna adoraba ese crujir del papel, el olor a tinta, el color de las hojas, las letras de molde de ese negro opaco. Contra todo pronóstico *La Tercera Página* había sobrevivido al nacimiento de internet y a la sentencia de que los diarios impresos desaparecerían. El próximo mes cumplía tres lustros, sus primeros quince años, festejo que —como bien decía Taibo II— es la derrota de la clase media; esa derrota alcanzó a *La Tercera Página*.

Minna preguntó si estaba libre, mientras el taxista ya le había abierto la puerta y le entregaba *La Tercera Página*. La hojeó con desconfianza. Ya no era suya la sección semanal que la había acompañado los últimos quince años. Estaban los títulos de las secciones que Minna escribía “Sótano nacional” y “Pulpo en su tinta”. En la primera, aportaba pequeñas notas sobre los acontecimientos de los días de la semana sucedidos diez años atrás; las efemérides de la semana, las nombraban sus compañeros: “A ver, Minna, pasa al frente y léenos las efemérides de la semana”, ésa era la broma de los lunes por la mañana. Al principio el coraje se le notaba, su cara se cubría de un ligero rubor y era la delicia de sus compañeros. Con el tiempo siguió el juego y daba un paso al frente, muy sería, con tono grave, rasposo, decía: “Sótano nacional: el 15 de noviembre de... insurrección del movimiento indígena, la aplicación del plan real cambiando para resolver la crisis económica, el primer gobierno de oposición en la ciudad...”, y empezaban a reírse los compañeros mientras le gritaban desde escritorios alejados “tienes diez, Minna”.

Por lo general la búsqueda de la información la hacían los jóvenes de servicio social que trabajaban con Minna, un par de estudiantes de

comunicación y ciencias políticas, pero quien depuraba e intentaba hacer un espejo de lo que sucedió y sucedía diez años después era ella durante las madrugadas en que seguía sacando los pendientes. Intentaba mostrar cómo los juegos del poder y su sierva, la política, se reciclaban en el tiempo, un mundo que se repite en su imperfección. Para la mayoría de sus colegas, aparte de la broma semanal, representaba un espacio perdido, uno más de los caprichos de Minna.

Su otra sección, “Pulpo en su tinta”, era donde había logrado perder el miedo al error, al fracaso constante de la escritura. No era la mejor columna, pero mantenía un tono crítico ante los gobiernos y sus partidos. Destacaba no por la brillante pluma de Minna o lo incisivo y exhaustivo de su opinión, sino por la crítica hacia el presidente, como no se hacía en otros medios. Ella, junto con un puñado de colegas, promovía de esta manera la pluralidad y el respeto a las ideas. La mediocridad de su entorno le regaló quince años de vida a su sección.

Lo que no supo Minna, hasta tiempo después, ya fuera de su casa laboral, es que *La Tercera Página* —a pesar de su espacio de crítica que había desarrollado el primer código de ética para los medios— obtenía la mayor parte de su información del mercado de las noticias. Se compraba con dinero la nota sobre la infidelidad de algún político, la afición del cardenal por los monaguillos, el enriquecimiento cotidiano de los funcionarios, los videos que mostraban la brutalidad y precisión en la tortura, la mercancía que se compartía con información sobre la próxima iniciativa de reforma a los cuerpos de seguridad, los *lobbys* que operaban sin restricción...

Todo estaba a la venta, como fue el caso de revelar el aneurisma del presidente y su afición por el prozac y el coñac. Esa información

comprada por *La Tercera Página* implicó uno de los litigios más largos y costosos para ambas partes. El presidente no pudo negar la información, su estrategia en los medios no logró desviar la atención y su apelación de mantener información reservada como secreto de Estado no prosperó.

En una votación reñida, tres de los cinco ministros dieron el fallo a *La Tercera Página* para no recibir una sanción mayor. El daño estaba hecho al presidente, la corte a su alrededor se encargó de filtrar más rumores sin importancia pero que, sumados, mostraban a un personaje enfermo, adicto, incapaz de mantener el orden que necesitaba el país.

La multa fue onerosa para *La Tercera Página*. Minna prefirió creer en un ataque frontal de las instituciones del gobierno contra un medio libre, donde la Corte Suprema mostraba, una vez más, su parcialidad en defensa del poder. El asunto se resolvió con los nuevos inquilinos de palacio, habría “libertad” para la crítica; total, tirar dos presidentes en un lapso corto tampoco vende, fue el razonamiento.

Este mercado de la información le permitió al nuevo gobierno poner en venta parte de los servicios de seguridad —con los militares no nos metemos, los tranquilizaron—. Para qué mantener burocracias que se venden al mejor postor. Ahora había horas ilimitadas de videos filmados, fotos; cualquiera era un observador con capacidad para grabar y guardar el material por diversión o como negocio. El chantaje estaba a la orden del día. Se sabía todo de todos, a pesar del aparente pudor, la ilusión de intimidad, de una vida privada que en realidad se había perdido hacía tiempo.

El común de las personas podía mostrar sus desmanes, sus tragedias, para el regocijo y entretenimiento de los demás —payasos,

bufones sin vocación que se diluyen en el olvido—, pero para un buen sector que cuidaba su prestigio, o que buscaba destruir el prestigio de otros, estaban los compradores necesitados de información, estaban los intermediarios, que bajaban a escarbar donde el ojo se hace inmune al miedo y sufrimiento ajenos. Lo mismo pasaban rápido la mirada por los desmembrados, que por la felación vigorosa del ministro. No había tiempo para detenerse en las emociones, en las sensaciones provocadas por las imágenes. Recorrían éstas con cautela para saber qué tan reales eran, por los montajes cada vez más difíciles de distinguir. Era un proceso de concentración, una pequeña línea que no encaja, esa mirada que no parece ser la del gobernador. Se requería una mirada bien entrenada, buscaban a los expertos y ahí estaban el coronel y Marcelo, quien todavía no sabía que su único ojo servía para eso: para depurar la porquería, para saber quién se ensaña de verdad sobre un cuerpo mutilado y quién lo hace con impostura. Ahí estaba su don, el que el coronel descubrió cuando llegó a la academia, el que educó con esmero sin que el portador lo supiera. El trabajo estaba en depurar, clasificar, ordenar y, sobre todo, validar la información.

El ojo no debía transmitir pensamientos, reflexiones o preguntas sobre lo que se observaba, sólo identificar si la perversión, la destrucción o lo que se mostraba era verídico o no. Qué importaba si lo que se miraba era espontáneo o premeditado. Si aparecía un experto en el manejo del bisturí o si el destino le regaló el arranque de cólera de una persona “normal”. Eso no importaba. El observador se limitaba a saber si el material era real o si debía desecharse. Claro que también podían fallar. Marcelo lo entendió muy tarde. La falla la dio el pensamiento, las preguntas que se hizo. El coronel

tampoco sabía que en su ausencia Marcelo modificó su mirada, su ojo se movió en una dirección distinta a la que las celdas de la academia le habían dejado.

Mamá se volvió a encerrar en su cuarto, intenté abrir pero no pude, golpeé la puerta hasta que me dolieron mis manos. Rocío, la señora que nos ayuda, vino por mí mientras golpeaba la puerta. “Henriette, deja dormir a mamá; ya saldrá”, me dijo mientras me jalaba de un brazo. Es fuerte, sus manos son oscuras, raspan. Habla con las palabras de Marcelo, me gusta y la obedezco. Huele al jabón que mamá ya no quiere. Siempre peina su pelo plateado, también me peina y me hace coleta —“trenza” le llama ella—, no sale muy larga porque a mamá no le gusta que tenga el pelo largo. Me hizo de comer —cocina mejor que mamá—. Tengo miedo de no volver a ver a Marcelo, ya tiene mucho tiempo que no hablo con él de monstruos y vampiros. Con quién voy jugar. Cuando le platico a Rocío sobre vampiros me dice con voz exaltada: “Niña, quién te mete esas cosas

en la cabeza”, y hace unos movimientos rápidos con la mano, tocando su frente, su pecho y sus hombros, termina dándole un beso a sus dedos; es muy gracioso verla hacer eso. Ella a veces no pronuncia bien, mamá se enoja y entonces habla en su idioma, que mamá conoce. Yo entiendo ese idioma aunque no lo hablo, es como una película en mi cabeza, pasan las palabras más rápido que las imágenes, a veces no las alcanzo y me pierdo. Marcelo me hablaba más en ese idioma; cuando platicábamos, las palabras y las imágenes pasaban casi juntas. Marcelo hablaba pausado, me dejaba pensando mucho; todavía puedo escuchar su voz, cada vez más tenue, a veces en la noche llega con más claridad.

Mamá ya no me responde cuando le pregunto por Marcelo, es como si no escuchara lo que digo. Todo lo quiere resolver con helados y juguetes, llevándome al cine, a Legoland; todo eso me gusta, pero me dura muy poco la alegría y no puedo comer tres helados porque después me duele la panza. A mamá no le gusta que diga panza, me dice que use otra palabra que nunca me suena y la olvido. Creo que lo mejor va a ser que vaya a buscar a Marcelo. Le dije a Rocío que me llevara con él, e hizo el mismo movimiento que cuando le hablo de los monstruos; luego dijo: “qué bueno que ese señor ya no está aquí”; eso no me gustó.

El lugar a donde fue Marcelo dicen que no es bueno para los niños. Cuando mi mamá menciona ese nombre, la cara se le hace como a las brujas malas de los cuentos, como si oliera algo feo. Cuando está con sus amigas y hablan de ese lugar dicen que es *shit*. Ellas pueden decir palabras que a mí no me dejan pronunciar y que no entiendo. Me piden que hable en otros idiomas y me aplauden, pero cuando digo las palabras que ellas dicen, se enojan.

No creo que Marcelo esté en un lugar malo; se fue para ayudar a alguien, para traerme más vampiros y arañas. Nadie quiere hablarme de Marcelo ni de monstruos ni vampiros. Me aburro con las hijas de las amigas de mamá, hablan como ellas, se visten como ellas, y los niños como sus *dads*, se peinan y huelen igual. A ellos les gusta. Yo no quiero parecerme a mamá, que no le gustan mis historias, además tiene cara triste.

Ayer me dijo que tengo que conocer a una persona. Mamá siempre lo dice todo, pero no explica nada. Desde que hablo con las hijas de sus amigas y ya no le pregunto por Marcelo ni de monstruos o vampiros, ya no me lleva con la señora que me hacía preguntas sin responder las mías.

A mamá le gusta que toque el piano o el violín delante de sus amigos, que hable en otros idiomas, pero no como hablaba Marcelo. No me quiere enseñar ese idioma, dice que tal vez algún día pero que ahora son más importantes las palabras largas con las que me falta aire al pronunciarlas.

Desde que me llevó con la mujer de las preguntas dejé de ir a la escuela, los maestros vienen a casa. Ahora tengo cuatro, pronto vendrán otros. Me hacen memorizar las palabras o las notas, me llevan a hacer deporte o a nadar en la piscina de casa; ya logré montar sola mi caballo, me incomodan las botas y la chaqueta me aprieta. Mamá no estuvo cuando lo logré, pero el maestro me dijo que lo hice bien.

Antes de ir con la señora de las preguntas que me pedía dibujos que yo no quería hacer, me llevaron al hospital porque no quería comer; me picaron y me metieron en lugares donde, sin mi ropa y con un camión de colores, me sentaban o paraban en diferentes lugares; descalza iba por esos cuartos blancos con los doctores, lo

único que me gustó fue cuando me metieron en el tubo, pero no me dejaron mover. Luego me enseñaron unas láminas negras con rayas blancas, dijeron que eran mis huesos. Ya como mejor para que no me vuelvan a llevar a ese lugar. Mamá no me deja entrar en las noches a su cama, no me importa porque me gusta la oscuridad; tuve que romper la lámpara que me dejaba prendida, pero puso otra; ahora dejo que la prenda y después la apago. En la oscuridad imagino que soy un vampiro y vuelo por la casa, mi sonido choca con los muebles y se regresa para avisarme antes de que me pueda pegar. Mamá no se despierta, pero desde que duerme Rocío en la casa —mamá no quería, pero un día me vio caminando y me gritó— debo hacerlo sólo en mi cuarto, no está mal porque es grande y también abro la puerta del baño para mi recorrido. Siempre voy descalza. Los vampiros no llevan zapatos.

Cuando Edmundo abrió la puerta de su departamento forcejeó como si estuviera obstruida. Empujó más fuerte y logró destrabarla. Un sobre maltratado se desplazó con el impulso, deslizándose sobre la duela imitación de madera. Al principio sólo escuchó el sonido del papel en el piso, ya había anochecido y la luz automática del pasillo se había apagado mientras forcejeaba con la puerta. Apurado apretó el interruptor de la luz y dirigió la mirada a donde el sonido había desaparecido. Su enojo inicial se convirtió en sorpresa al ver el sobre en el suelo, no era publicidad con que rellenaban los buzones, hojas sueltas con fotos de productos para el hogar o rebajas de comida, era un sobre marrón que se había rasgado un poco con el roce de la puerta. Alguien lo había metido por debajo sin lograrlo del todo y se había atascado con el tapete de la entrada.

Edmundo tenía la sensación de que alguien estaba en alguna de las habitaciones o en la cocina; sintió como si la sombra de un animal sin identificar se hubiera deslizado en uno de los rincones del salón. El corazón se le aceleró, la fuerza de los latidos resonaba en su cabeza, un temblor repentino le subió por las piernas y se duplicó en sus manos. Dudó en entrar o regresar a la calle, la luz del salón no mostraba otra anomalía. Sabía que no debía decir nada pero gritó, emitió un rugido apagado como si con la voz garantizará su seguridad:

—¿¡Quién está ahí!?

Dejó los periódicos en la mesa de las llaves, sobre un plato pequeño, recuerdo de su viaje por Salamanca, la Catedral y la Universidad. Las llaves chocaron con el plato.

Unas semanas atrás, con nuevo portero, habían robado en uno de los departamentos del piso de abajo. De la cocina provenía el ruido de un golpeteo, algo estaba chocando. El temblor le dejó un sudor frío que recorría su espalda, la camiseta de lana se le pegó al cuerpo. Hace años, cuando acaba de llegar a los departamentos, un gato blanco de pelo esponjado se había metido por una de las ventanas y le había dado un susto —como el que ahora tenía— al deslizarse por una de sus piernas.

La puerta de la cocina estaba entreabierta, no se escuchaba más que ese golpeteo intermitente. Edmundo avanzó, no estaba seguro de seguir rumbo a la cocina o recoger el sobre. No tenía sentido que unos ladrones dejaran en la puerta un sobre; la calma de esta reflexión se evaporó al pensar que tal vez era la manera de anunciarles que había llegado y les daba tiempo de esconderse. Apretó el cuerpo cuando escuchó el sonido de metal golpeado proveniente de la

cocina, respiró agitado, se le secó la boca. Un silencio espeso se esparció por la estancia.

Edmundo seguía parado esperando esa imagen violenta que le recorría el cuerpo. En algún momento decidió moverse, acercarse a la cocina, prender la luz. Lo que encontró no fue el terror que lo acechaba, sino la cuchara en el suelo, la ventana medio abierta que olvidó cerrar en la mañana y la cortina enredada. Tomó un vaso de agua mineral, fue un trago largo, las burbujas le picaron la nariz por dentro, estuvo a punto de escupir.

Edmundo no recordaba cuándo había tenido una sensación parecida, desde el gato en la oscuridad enredado a su pierna. El miedo aún no se había ido, lloró, primero en silencio, después con unos gemidos espaciados. Luego de un rato le sobrevino el pudor, una pena de sentir miedo en su casa, de haber pronunciado esas palabras inútiles, de saber que si hubiera pasado la violencia que esperaba, tardarían días en saber de él. Ahí donde seguía parado su cuerpo yacería para irse descomponiendo poco a poco, hasta que el olor putrefacto alertara a los vecinos. Cuántos días pasarían desde ese domingo hasta que lo encontrarán, tal vez una semana o diez días. Su actividad en la Universidad ahora la realizaba cada quince días; no había por qué saber de Edmundo, y con tristeza lo comprobó ante su muerte imaginada.

Le vino una calma extraña. Así era su vida. Se daba cuenta que había cambiado su pensamiento sobre la muerte en este breve lapso de vida, como si una intrusa le acabara de arrancar algo preciado en sus proyectos. Ahora no sentía rencor hacia la muerte, sólo deseaba que no fuera de una manera penosa o dolorosa, aunque seguía latente el miedo de dejar de ser, de no ser recordado en su paso por

el mundo. Sin embargo, al pensar que sus alegrías fueron poco frecuentes, intentaba convencerse que era mejor así. Ese olvido mutuo de lo que fuimos y lo que percibimos.

Edmundo vivía para sí mismo, para sus pensamientos, para el letargo de sus días. Caía en estas ensoñaciones por horas, las alterna-ba con lecturas y con una escritura cada vez más escasa, espaciada, vacía, sin ganas. Sus pensamientos saltaban de un sitio a otro como si quedarse estáticos lo llevara a hundirse en un pozo sin fondo.

La puerta de la entrada seguía abierta, se acercó a cerrarla y, al girarse, vio el sobre en el suelo; le volvió a parecer más extraño que la primera vez. Se agachó y con dificultad lo levantó. Leyó su nombre, letras marcadas por una máquina de escribir sumidas en el papel abriéndose paso en el tono marrón. Estaba sellado con cinta transparente, no había remitente; la rasgadura mostraba parte de una hoja escrita y lo que parecía una foto.

Rasgó el sobre, el sonido del papel hizo eco. Edmundo seguía de pie, notaba un ligero cansancio, le faltaban fuerzas, regresaron sus ganas de ir al baño con las que llegó presuroso al departamento. Algo en sus pensamientos le decía que no era buena idea ver el contenido, tal vez no era un sobre para él, aun cuando llevara su nombre escrito —*¿Quién deja un sobre sin remitente bajo la puerta?*—. Lo que estuviera adentro no podrían ser buenas noticias. Leyó el par de renglones escritos a mano con una letra cursiva de lindos trazos:

Nuca es tarde para tus quince minutos de fama.

¿Estás preparado?

No decía nada más, quedaba el vacío del blanco en la tarjeta como si sólo se le asignara un espacio al texto y lo demás tuviese que ser llenado por quien lo recibe. A Edmundo le inquietó más el espacio vacío que si le hubieran escrito algo más extenso, menos directo y sin utilizar el tuteo; al menos habría cierta distancia y no esa frase de alguien que se jacta de conocerlo, de mostrarle algo.

Después venía esa foto, una ampliación de la original donde dos jóvenes se abrazan. Uno mira a la cámara, sus ojos reflejan el resplandor del *flash* con un tono rojizo —deben ser ojos claros, más sensibles a los cambios de luz—. Ambos llevan los labios pintados de un tono oscuro, brillante; los párpados con sombras negras les agrandan los ojos; tienen maquillaje excesivo en las mejillas. El que mira directo a la cámara lanza un beso que intenta atenuar su mirada dura, parece indiferente de quien le lame un pezón. Se sabe el centro de la imagen y así quiere que parezca. El que le rodea con ambos brazos es un personaje secundario, está ahí como cualquier otro, se podría recortar la imagen y no se perdería nada; en cambio, si se quita al otro, el valor de la imagen se pierde, por eso él deja constancia con su mirada y ese beso a modo de saludo.

Llevan puesta lencería de mujer, uno lleva encajes negros —el que mira directo—, el otro viste un color rojo levemente fuera de tono con las sombras de la cara y lo oscuro del lugar. El pecho del que lame es lampiño, sus brazos delgados, lleva unos gruesos lentes que sostiene con una mano, su nariz diminuta se pierde entre el tupido vello del pecho del otro. Quien mira a la cámara tiene la sombra de la barba crecida de un día, se le nota a pesar del maquillaje.

Están parados frente a un sillón, detrás de ellos un par de manos sostienen cigarrillos y bebidas. Visto en conjunto parecen un animal

de ocho brazos que intenta abrirse paso en el humo condensado a su alrededor. El lugar se pierde en la oscuridad, pero donde están ambos hay suficiente iluminación para distinguirlos a pesar del maquillaje. El cabello del que besa es una peluca larga, negra, mal puesta. El otro tiene un par de pasadores que le recogen el escaso cabello, usa tacones; la perspectiva de la foto —de arriba hacia abajo— hace que sus piernas parezcan más cortas. Junto al brasier mal puesto, cubierto por el vello, se aprecia un pin con el escudo nacional que lleva los colores de la bandera, abajo se puede leer Diputado Federal.

Edmundo ve la foto, se queda pálido; no quiere reconocerse en ella. Vuelve a leer las líneas de la tarjeta *“Nuca es tarde para tus quince minutos de fama. ¿Estás preparado?”*.

Hay palabras e imágenes con recuerdos que desean ser olvidados, que en los laberintos de la mente se les asignó a otra persona que uno dejó de ser —o lo intentó— hace años, como una serpiente que se quita la piel. Esos recuerdos se quedaron secos, frágiles, dispuestos a que los vientos del olvido los esparcieran antes de volverse a confrontar con ellos. Por algo se les había intentado olvidar, por algo se les escondió, ya no forman parte de nuestras vidas, de nuestros recuerdos. Sin embargo, no nos pertenecen de todo, sólo nos dejan la opción del olvido o la memoria. Ahí siguen esos recuerdos, dispuestos para los demás, para quienes quieren conservarlos, agrandarlos con su propia historia, moldearlos a su semejanza y conveniencia. No, no desaparecen por nuestros deseos, se les deja de lado, se les amontona con otros recuerdos que se consideran sin valor.

Somos y seguiremos siendo sociedades orales que transmitimos información de generación en generación, así fue desde el

comienzo, así sigue siendo. Logramos capturar fragmentos de esos recuerdos en imágenes, que no ceden ante la voracidad del tiempo, de los tiempos; historias pequeñas que en conjunto parecen nimias, destinadas a ser olvidadas. Eso hubiera ayudado a Edmundo: pensarse un fragmento en la Historia. Pero somos seres frágiles, confusos, con la ilusión de que los acontecimientos giran a nuestro alrededor, de proteger algo, un nombre, una vida —nuestra vida.

Un simple sobre, con un contenido exiguo, tenía a Edmundo acorralado. Al observar esa foto, Edmundo no centró su atención en el hombre de mirada severa que mira directo a la cámara, tampoco le interesó la identidad de quienes mantienen copas y cigarros a su alrededor. Lo único en lo que pensaba era en ese joven que lame el pecho, que deleitado cierra los ojos como quien descubre un manjar y no quiere ser interrumpido, ajeno a su alrededor, concentrado en el placer del gusto, del tacto. Qué importa si el que mira a la cámara está disfrutando, si en su entorno alguien captó ese recuerdo. En ese momento sólo existen sus labios pegados a esa tersa piel que se deja hacer, que no lo aparta. Es lo único que le interesa a ese joven que se sabe observado por quienes guardan con él esa intimidad, esa trasgresión en imagen. Una imagen que, tiempo después, vista un domingo al anochecer, Edmundo ya no siente placentera, le aterra, desea que nunca hubiera existido. Una vez más le cuesta reconocerse en esa cara absorta por el deseo.

Marcelo recibió la nueva indicación del coronel. Seguir por unos días a la misma persona a la que había dejado el sobre debajo de la puerta. Marcelo ignoraba el contenido de lo que recibía y lo que dejaba en la oficina de correos, también de lo que llevaba al coronel. Era un mensajero. No se le pedía nada más.

Había regresado por inercia a este país. Su ojo apreciaba el mismo desorden en las calles: los niños arremolinados en las esquinas, pintados de payasos o haciendo malabares con cristales y fuego; personas mayores, sucias, deambulando; ese olor de aceite quemado; el sabor del café soluble y su efecto en el cuerpo. La rutina apacible que tuvo en el país de las calles limpias y delineadas se le hacía lejana; se iba diluyendo en un recuerdo extraño.

Ahora, ya no era la vida de la academia con sus horarios rígidos, su comida insípida, las tareas que llenaban cada momento del día, los golpes dados y recibidos, pero el coronel seguía siendo esa figura que respetaba.

Desde el inicio no había habido preguntas para Marcelo, sólo órdenes, como el día que lo subió a ese *jeep* verde olivo: tenía ocho años, su tamaño lo hacía ser el blanco de las bromas de los niños del lugar. “¡Gigante!” le gritaban, Marcelo no sabía qué significaba. Apenas un año antes había llegado a la improvisada escuela de piso de tierra, tablas de madera por paredes y una lámina que no terminaba de servir como techo. En ese grupo, un maestro se empeñaba en que los niños de diferentes edades aprendieran a leer y a escribir.

Con la piel curtida por el sol y la sal, el cabello negro, revuelto por la humedad, sus ojos pequeños insertos en una cara afilada de pómulos pronunciados, nariz aguileña, bigote caído sin mayor asomo de una barba que lo acompañara, con brazos de venas pronunciadas y manos huesudas de uñas gruesas, el maestro marcaba las “aA”, “eE”, “iI”, “oO”, “uU” con un diminuto gis que se perdía entre sus dedos en una tabla oscura; las repetía despacio, abriendo grande la boca donde dejaba ver unos dientes de metal. La voz firme volvía una y otra vez a esas figuras pegadas en una de las tablas.

Marcelo estuvo unos meses entre letras y palabras que no terminó de comprender. El abuelo ya no tenía medios para seguir mandándolo a aprender palabras; enfermo, le pedía a Marcelo cada vez más cuidados. La pierna morada lo tenía postrado en la hamaca. El dinero de la madre de Marcelo llegaba más espaciado. El doctor su- bía una vez cada diez días, si no era temporada de lluvias, con más palabras que medicinas.

El día que Marcelo robó en la tienda no lo hizo para ayudar a su abuelo, fue para ser aceptado por los otros niños; quería demostrarles que él también podía hacer lo que ellos habían hecho. Las personas de la tienda ya estaban preparadas, alertadas por los mismos niños de quienes Marcelo buscaba aceptación. Querían que el Gigante fuera atrapado. Más tardaron en subir por la montaña para avisar al abuelo que en encerrar a Marcelo en un cuarto húmedo, de luz mortecina, donde le picaban los mosquitos y las chinches.

Un nuevo sentimiento recorría a Marcelo a partir de entonces: no era el miedo de otros momentos, era la incomodidad, como si estuviera desnudo a la vista de los demás.

No había policías. La autoridad hacía años que no llegaba, a excepción de periodos de alguna campaña electoral, cuando los llevaban a votar. Ahí estaba su kilo de arroz y algunas cosas de plástico, eso era lo que ellos entendieron por gobierno: algo ausente que cada cierto tiempo les llevaba las mismas cosas, las mismas promesas nunca resueltas.

Marcelo sabía que entrar y llevarse una fruta sin dejar nada a cambio no era lo normal, como le decían los niños. Él no acostumbraba entrar a la tienda, no tenía por qué hacerlo; las provisiones las traía el abuelo con el dinero que llegaba de donde estuviera la mujer de la foto pegada al lado del catre que le trajeron cuando ya no pudo subir a la hamaca por la pierna mala. Le decía que era su mamá y de la cual no encontraba en su memoria rasgos, olores, ningún recuerdo que le permitiera establecer un lazo con esa persona de cabello descolorido, abrazando un muñeco de peluche más grande que ella. Aquella mujer le producía la misma indiferencia que el encierro donde escuchaba el murmullo de las olas lejanas.

No llegó el abuelo a buscarlo —Marcelo sabía que no llegaría—. En su lugar apareció un hombre moreno de amplios hombros y piernas cortas sostenidas por algo que nunca había visto Marcelo: unas botas negras, toscas, lustrosas. Desde la puerta habló:

—Tu abuelo murió —le dijo sin esperar contestación—. Te vienes conmigo —se veía su silueta mal alumbrada. A unos pasos de él, cuando lo seguía, pudo ver el grueso cuello que sostenía una cabeza pequeña con una gorra apretada—. ¡A la primera pendejada que hagas te rompo la madre! —le dijo con voz molesta—. Soy el Coronel y cuando me respondas me dices: “Sí, señor; no, señor” —no volvió a hablar durante el camino. Marcelo siguió sus órdenes desde ese día. Las palizas vendrían después.

Pero no era por eso que se había quedado a donde lo llevó el coronel, fue la necesidad de tener orden a su alrededor. La vida es más fácil cuando te dicen qué hacer sin las incómodas dudas y preguntas, cuando hay unas correas que jalan, frenan y mueven. Fue más fácil que memorizar las palabras; eso vendría después, pero la primera lección ya estaba aprendida.

—Observe a sus compañeros de viaje. El más insignificante en la primera mirada puede ser uno que le cambie la vida. Son como esas piedras o troncos que les dan rumbos diferentes a los ríos —dijo el taxista. Sus manos al volante mostraban uñas amarillas de lunas pronunciadas. No desviaba la mirada del camino. Iba despacio.

Minna no entendió las palabras, estaba distraída.

—¿Perdón? —dijo mientras dejaba el periódico sobre sus piernas.

—Le decía —continuó con su voz rasposa— que hay que estar alerta a las señales del destino. A veces uno ni se imagina con quién se va a encontrar. El otro día subió una artista de las que salen en las telenovelas, pensó que no la había reconocido, pero yo me fijó bien. Aquí han subido personas muy importantes.

Minna le vio parte de la cara a través del retrovisor, las miradas de ambos se cruzaron un par de veces. Los ojos del taxista se distorsionaban por el aumento de los lentes, los agrandaban.

—Usted ha salido en la tele y en el periódico, ¿verdad? —le dijo mientras una tos le recorría el cuerpo.

—Sí —dijo Minna.

—¡Lo sabía! —sonrió el taxista mientras movía la cabeza a los lados— ¿Ya ve?, como siempre hay que estar observando.

—Mmm, mmm —afirmó Minna mientras revisaba su celular.

—Llegamos —Minna vio los números del taxímetro y le pasó el billete. El taxista tomó unas monedas para regresarle el cambio—. Llévasele —le señaló *La Tercera Página*—, viene una foto suya.

Minna no había visto la foto, se había concentrado en la información, en los títulos de las secciones. Era una foto de cuando inició en *La Tercera Página*, se le veía alegre, joven, una extraña que no pudo reconocer a la primera mirada. Venía un pie de foto “agradecemos la colaboración de Minna...”. *Un renglón por quince años, por haber empujado el hombro. ¡Vaya compañeros de viaje!* Dudó en quedarse *La Tercera Página* o tirarla. Un apego le retuvo las hojas como si guardarlas le devolviera la historia que ya conocía. Las dobló, no escuchó el sonido del papel. Se abrieron las puertas eléctricas, le llegó el calor, el ruido de las personas, el olor a comida y perfumes dulces. Estaba dentro del enjambre del consumo.

Buscaba a la manada, el ruido de los otros, esa compañía distante. Saldría de ahí en un par de horas. Primero comería algo, después iría a la librería para hojear los *best seller* que nunca leerá. Haría tiempo mientras empezaba la película —unos gángsters del futuro

intentan controlar el tráfico de luz hacia la Tierra—. Todo para “matar el tiempo” de esos domingos anodinos, vacíos.

Minna decidió comer algo japonés, una sopa de miso; el jugo de carne sería tardado y ya estaría la sobremesa de las familias. No quería compañía, tal vez encontraría a algún conocido o, peor aún, a alguna excompañera que le presentara a sus hijos, esposo o suegros. Sería mejor la barra de comida rápida del japonés.

Pidió uno de los paquetes que contenía sopa, rollo y bebida. Una joven con cara de niña vestida en un quimono falso la atendió. Era tarde y empezaban a llegar quienes, como Minna, buscaban una cena temprana. Comió despacio el primer bocado sólido después de casi un día. Le vino un ligero bienestar después de comer. Llegó la cuenta con su galleta de la suerte, la rompió y sacó la tira, leyó la parte en inglés *You have new...*

—Leyendo la suerte —le dijo un hombre grueso que se paró junto a ella. Minna se sobresaltó. Lo miró y tardó en reconocerlo. El hombre de barba y cabello canosos, un poco crecidos, y lentes de pasta cuadrados, le regalaba una sonrisa.

—¡Frank! —dijo Minna soltando la tira de entre los dedos. Se abrazaron. Le llegó su olor a tabaco y a loción.

—¿Qué haces aquí comiendo sola en estos templos del consumismo? —dijo Frank. Vestía amplio pantalón color caqui, playera azul, un chaleco con varias bolsas del mismo color del pantalón y unas botas para andar por la montaña; además, cargaba una maleta al hombro—. Voy llegando y me entero sobre tu niña, *La Tercera Página*. ¡Que les den por el culo!, está jodido el asunto. Qué te puedo decir yo que los mandé a la chingada hace años, pero ustedes los jóvenes, los recién graduados salen del vientre de Mamá Universidad

y creen saberlo y resolverlo todo —su voz era áspera y se entrecortaba con un sonido nasal—. Ahora me vas a decir que no te lo advertí. Si Joaquín es un come pollas como cualquier político que se jacte de serlo. Anda, ven, acompáñame a desayunar, que traigo el horario de China —la jaló del brazo y Minna pegó un pequeño brinco de la silla alta junto a la barra—. Estás muy flaca por venir a estos lugares. Esta basura de comida rápida. Mira, aquí está la energía —se golpeó fuerte con las manos abiertas el abdomen grande, macizo—. Hay que comer bien, recuerda que el que es flojo para comer, para trabajar ni quién lo alquile —Frank volvió a reír como lanzando pequeños truenos, después una tos le atragantó un poco—. Ya voy a dejar el cigarro, me quedo sólo con los puros —volvió la risa—. Anda, ven, te quiero contar una historia que encontré en el vuelo de regreso, es larga pero creo puede ser de tu interés.

Con Frank el domingo perdió lo predecible, las horas muertas que esperaba Minna no llegaron. Encontrarlo ahí en los templos del consumismo, como los llamaba, era una grata coincidencia. Era uno de los mejores fotógrafos que conocía; su perspectiva, el juego de luces y sombras, los rostros que captaba, las miradas, el dolor sin maquillaje. “Blanco y negro. Así es la vida, no me vengas con edulcorantes”, le decía. Se conocían. Minna lo admiraba.

Hay recuerdos que no se quieren volver a tener; que se intentan dejar en el olvido. Pocas veces funciona. Se logran treguas, vivir con ellos, dejar de darles importancia. Edmundo lo había hecho por más de tres décadas. Una experiencia no definía su ser; sin embargo, se adhería a él y alguien o algunos lo sabían. Ese mismo —o esos mismos— que le mandó la foto y la nota apelaba al miedo que le causaría el recuerdo. Lo logró. Una nota breve, una imagen no del todo olvidada donde Edmundo es uno más.

Logró sentarse, sentía frío, seguía con la boca seca pero no tenía ganas de regresar a la cocina. Cerró los ojos un momento y se preguntó para qué, quién, qué va a pasar. Preguntas inútiles que estaban ahí para entretener su mente. Intentó capturar el recuerdo de la imagen. Los años le empezaban a regalar con mayor nitidez algunos

recuerdos de la infancia: familiares que lo dejaron hace tiempo, sueños que se repetían, breves pérdidas mal llevadas que regresaban. Le daban una cierta perspectiva para ver un todo donde él representaba diferentes roles.

Edmundo pensaba sus días apacibles por venir, su jubilación segura, una enfermedad duradera, una vida apagada a las ojos de otros. Un simple papel y una imagen captada hace años donde se presume que es él de joven modificaba su letargo. Se reconoció en el otro, seguro estaba que no era el joven que mira a la cámara, el que se deja lamer. Era un juego. Era su forma de trasgredir, de burlarse de la hombría. El joven que mira decidido a la cámara empieza su carrera política, ha sido electo diputado federal, tiene clara su ruta de ascenso en el poder. La ropa interior femenina no lo detuvo. Llegó a donde sus ambiciones le marcaron. Lo logró. Esa imagen no era nueva —pensó Edmundo—. De qué servía ahora un pasado que se sabía desde hace tiempo. Lo invadía una vergüenza más por verse junto a ese personaje que por sus preferencias de ese momento. Esa información había estado guardada mucho tiempo, es probable que fuera de mano en mano. Ese instante lo unía de por vida al personaje de la cámara, qué importaba si fue al pasar en esa reunión que decidió posar y después seguir de largo, sin mediar palabra, sin tener más contacto que el captado por una lente inoportuna. La imagen mostraba otra historia, la de dos íntimos que comparten el gusto de la lencería femenina, la de dos jóvenes que inician sus escarceos sexuales. Quién pensaría que los labios de Edmundo adheridos a lo que después será el pecho del poder es una casualidad. Ahora él, que tenía esa foto en las manos con una nota que adelantaba escándalo, imaginaba las implicaciones. Edmundo no era el destinatario final

del mensaje, era ese ser inclinado de la foto ajeno a la mirada de los demás. No tenía ánimos de iniciar un protagonismo del que careció toda su vida. A su edad, y por su trayectoria responsable, siempre cabía la posibilidad de fingirse enfermo en la Universidad. Esta posibilidad le trajo una calma momentánea. Llevaba un rato sentado en la penumbra del salón. Su vida podía cambiar y dejar su anonimato por el hecho de haber coincidido en una imagen de cuarenta años atrás con un personaje público. Le incomodaba que eso pasara. Se había esmerado por hacer una vida donde el anonimato se fue esparciendo por los años. Dejó de lado las intrigas con los compañeros por puestos directivos del departamento; se alejó de las asesorías a políticos como de las opiniones en medios de comunicación. Publicó un par de libros que en su momento tuvieron impacto por tratar el tema de la transición política en una etapa de gobiernos autoritarios, ahora estaba el confortable olvido. Le gustaba.

Y ¿si no soy yo?

El coronel le indicó que lo acompañara. Lo recogería en una esquina cercana donde se estaba quedando Marcelo. No demoró en llegar en un *jeep* pequeño, gris. Subieron por una avenida amplia con jacarandas que ocultaban sus flores y dejaban ver sombras de árboles torcidos.

Había llovido. El pavimento mojado y resbaladizo reflejaba las luces de los pocos autos que circulaban. Las casas ocupaban calles enteras con sus grandes jardines bien cuidados. Los guardias dormitaban, todavía faltaba un par de horas para que se desperezaran con algún vendedor que llegaba con sus tambos humeantes. Marcelo no conocía la zona. Era extraño que el coronel manejara. Metía las velocidades con fuerza, el vehículo se jaloneaba mientras maldecía en voz baja. Después de unos minutos encontraron la calle. Ahí estaba el auto,

cubierto por una fina escarcha blanca; en su interior predominaba la oscuridad, a unos metros de la caseta de guardia, vacía, sin alumbrar.

El coronel le pidió a Marcelo que bajara, no tenía más qué saber. Se apeó del auto que estacionaron a unos metros. Caminó sintiendo el aire frío en la cara y las manos. Marcelo acercó una mano al cofre, un ligero calor llegó hasta sus dedos, no hacía mucho que el auto se había desplazado. El coronel a su lado empezó a filmar, dio una vuelta, se acercó sin toca el interior, había pequeñas gotas en las ventanas, la luz ya no era problema, la luz de la cámara mostraba el interior del auto. Un hombre de mediana edad, con un bigote bien delineado. La cabeza le colgaba hacia atrás, alrededor del cuello había una marca profunda color violeta, la camisa abierta hasta iniciar un estómago abultado, remolinos de pelo lo cubrían. El hombre estaba en el asiento trasero del coche, los pantalones y calzones desparramados en los tobillos, juntaban las piernas hacia el lado contrario de donde colgaba la cabeza. Los ojos y la boca abiertos, exaltados, como si intentara un grito apagado, sin aire. Marcelo reconoció el carmín en el sexo flácido cubierto por vello espeso. El coronel sacó un estuche pequeño que Marcelo no había visto al subir al carro, sacó una lámpara cuadrada, de luz violeta, lo acercó a las manijas del carro.

—Ahora sí, lo enciendes y nos vamos —dijo el coronel con su voz áspera. Guardó la lámpara y la cámara—. No vayas muy rápido.

A lo lejos les llegó el reflejo de las luces rojas y azules. El coronel frunció el ceño.

—Vámonos —ordenó.

Marcelo no tuvo más que acercar la llave que le dio el coronel y apretar el botón, sintió una ligera vibración. Hasta ese momento percibió que el olor intenso a perfume y alcohol se mezclaban con

un olor a amoníaco, a limpieza de hospital. Salieron de esas casas con amplios jardines y guardias que llegaron a ver indiferentes a su paso. No habían estado más de diez minutos en la calle y Marcelo sentía frío.

Al iniciar el regreso, el coronel, manejando el *jeep*, cambió la ruta por la que llegaron. Pasaron una patrulla estacionada entre dos camellones, las ventanas empañadas. Marcelo pudo ver a dos personas con gruesas chamarras y brazos cruzados. Dormían, parecía que la ciudad estaba en un sueño profundo y ellos la recorrían a su antojo. Rápido tomaron una de las principales arterias de la ciudad. En pocos kilómetros llegarían a una zona diferente de donde habían recogido el auto y a su ocupante de mirada abierta: calles mal iluminadas, lodo, algunos terrenos de siembra de aguas negras, el tufo picante del río de agua contaminada.

El coronel detuvo el *jeep* sin apagar el motor, le indicó a Marcelo con una seña que se adelantara. Marcelo apagó el auto, vio cómo se había ladeado el cuerpo, se apoyaba en la puerta detrás del conductor y el asiento, en ese momento observó que llevaba una pequeña cadena de oro en el pecho, lo mismo que un grueso anillo en el meñique derecho y su reloj. Objetos que desaparecerían cuando llegaran a reconocer el cuerpo los primeros oficiales. No hubo necesidad de limpiar nada, los guantes de látex y la ropa para entrar al quirófano envolvían a Marcelo.

El cuerpo trasladado quedó a la espera de que lo “descubriera” la prensa amarillista. Tardarían unas horas, las suficientes para que los vecinos del lugar, acostumbrados a recibir desechos y cuerpos, avisaran. Tardarían menos en reconocer de quién era ese rostro que no pudo sacar su último grito.

El coronel ya lo sabía, también quienes lo habían contratado o, mejor dicho, los compañeros a quienes hizo el favor de llevarse el cuerpo del lugar, algo que no acostumbraba. Marcelo notó el malestar del coronel; había hecho todo con rapidez y precisión como acostumbraba, pero su encargo carecía de sentido. *A quién protegían si ya estaba muerto ese hombre. Qué sentido tenía llevarlo a otro sitio.* No había que preguntar nada, las preguntas quedaron sin ser pronunciadas.

Amaneció sin que el sol se pudiera abrir paso entre las nubes grises. Llovería por la mañana. El mal clima era anunciado, como efecto del huracán que pegaba en una de las costas, por un televisor de la cafetería que abría las veinticuatro horas del día y a la que llegaron por indicaciones que recibió el coronel mientras conducía.

Se alejaban del lugar donde dejaron el auto. El coronel tenía una mochila negra colgada al hombro. A la entrada de la cafetería le indicó a Marcelo con un movimiento de cabeza a donde ir: a una de las mesas pegadas a la pared junto a la puerta de emergencia. La mochila al hombro jaló un poco la chamarra del coronel, entonces Marcelo vio la punta del cañón de la escuadra negra. El coronel se acomodó la chamarra. Se sentaron en una mesa rodeada de sillones de gajos naranjas que rechinaron al recorrerse hacia la ventana. Se sentía el frío.

Marcelo sabía que esto se salía de los protocolos: recoger un cuerpo, trasladarlo e ir armado. Como de costumbre, no expresó nada, se limitó a asentir.

Una mujer se acercó con unas grandes hojas de plástico que le cubrían la mitad del cuerpo, venían fotos de comida, les sirvió café sin preguntar y se alejó contoneándose sobre sus zapatos blancos de suela de goma. Marcelo sólo veía manchas blancas, lo había

deslumbrado el reflejo de la luz de algún coche. Estaban sentados frente a un amplio ventanal.

—Nos la pusieron difíciles estos cabrones —dijo el coronel una vez que se alejó la mesera—. Se matan entre ellos y luego hay que ir a limpiar sus chingaderas. Si no viniera la orden desde arriba... —iba a decir algo más, pero se quedó inmóvil viendo a Marcelo, escrutándolo como tantas veces, como en sus años de la academia—. Cambiaste. Te estás haciendo viejo. Después de que termines la tarea habrá que cortarte el pelo y ponerte traje.

Marcelo no tuvo que voltear para saber que habían llegado, el rostro del coronel se tensó. No miraron hacia la puerta, esperaron a que llegaran a la mesa. Sabían que no se sentarían que no estarían más de unos minutos. Dos hombres trajeados se quedaron en la entrada, ambos con el chícharo transparente en la oreja, el cabello cortado a rape; tan obvios, tan prepotentes. Se acercó el joven de traje claro, un combinado con su saco *tweed*, sus mocasines color miel, el cinturón haciéndole juego, un pantalón azul, la camisa blanca abierta, el cabello peinado.

—Gracias, coronel, siempre se puede contar con usted —dijo con voz gangosa sin extenderle la mano—. Nuestro amigo se lo agradece mucho. Este servicio no se olvida —no dijo nada más, extendió la mano al tiempo que el coronel le daba el pequeño maletín, ya lo había sacado de la mochila sin que Marcelo se percatara. El joven olía bien, una loción fresca combinación de cítricos. No miró a Marcelo, se concentró en el coronel—. Supongo que su compañero tiene la virtud del olvido, ¿verdad, coronel? —dijo sin reparar en la respuesta. Salió como llegó con paso despreocupado y con el maletín en la mano. Los hombres de la puerta y los que lo acompañaron lo

envolvieron. Era una de las formaciones de protección que Marcelo había estudiado hacía muchos años. *Por ahí pasan las balas*, pensó mientras el coronel seguía con el gesto ausente.

—Quiero carne —le dijo Frank con su voz grave mientras se pasaba una mano por el pelo despeinado—, deberías comer más carne y no esa comida de plástico llena de aire. China es otro mundo; bueno, Shangai, Beijín. Estos cabrones van a ser el nuevo imperio si no es que ya lo son. El ochenta por ciento de los productos que se venden en el mundo son *made in* China; además, siguen invirtiendo en tecnología y mantienen sus tradiciones. Ahora sí que está en chino —caminó sin mirar a Minna—. Aquí es, en este lugar no está congelada la carne ni la queman al prepararla.

Era un sitio pequeño, ajeno al gran centro comercial, escondido en uno de los pasillos más alejados.

—Cómo llegas a estos lados —preguntó Minna con sorpresa—, paso infinidad de veces por aquí y nunca lo había visto.

—Es porque ves pero no observas. No basta con que tus ojos sean bonitos y seduzcan a los jefes de redacción —dijo Frank mientras reía con fuerza.

Minna sintió un ligero malestar, no quería que se supiera lo de Joaquín y ella, un incomodo pudor le sobrevino. Si Frank lo sabía, que tenían años sin verse y regresaba de China, todos estarían enterados.

—No seas sensible, no pasa nada..., una experiencia más; vaya que hay que tener valor para meterse con el tarado de Joaquín —dijo Frank mientras se dejaba caer sobre la silla—. Estoy molido —Mina le vio el pelo revuelto, gris, la barba más blanca, espesa, la nariz amplia, los lentes cuadrados de pasta, los de siempre. Pasaban los años sin hacerle gran mella.

—Te ves bien —le dijo Minna.

—¡Que bah!, estoy hecho una mierda —volvió a reír y una tos seca intentaba sacarle algo—. Fumo y bebo menos y todo por el jodido aneurisma —subió un dedo señalando la cabeza—. Por aquí se quedo el cabrón, es como traer una bomba de tiempo de la cual no sabes cuándo va a explotar.

Pidió una cerveza y un corte al punto —nada de tres cuartos—, papas fritas y dos empanadas de carne, “una para la señorita”, dijo señalando a Minna.

—Estos vegetes libidinosos de la mesa de al lado deben estar cagados de envidia al verme sentado contigo. Ya los caché un par de veces viéndote las piernas. Viejitos bragueteros —y volvió la risa con tos.

Minna hizo una mueca y miró hacia donde estaba el grupo de señores; eran cuatro, no eran mayores que Frank, pero vestían formal, tres de ellos con poco pelo.

—De viejitos ya estoy curada de espanto.

—¿Sabes?, debiste dedicarte a la radio o a cantante de *blues*; con esa voz, lo que dijeras o cantaras es lo de menos —dijo Frank mientras le dejaba una de las empanadas a Minna—. Anda, come que estás muy flaca.

Un silencio entre ellos dejó escuchar la música y el murmullo de los otros comensales. “Adiós, muchachos, compañeros de mi vida, barra querida de aquellos tiempos... me toca a mí hoy emprender la retirada, debo alejarme de mi buena muchachada...”.

—La pedí para ti —le dijo Frank mientras se limpiaba la boca con la servilleta de tela—. Vaya que te jodió el humor *La Tercera Página*. Supongo que ahí está penado reír —terminó la empanada y la cerveza—. Señorita, señorita, le voy encargar un vino de Mendoza, ¿Merlot es la uva?, bueno la que usted recomiende —dijo Frank—. Hay que ayudar a la economía de los ches, están jodidos otra vez... como nosotros, como toda América Latina. Ya le tocará a Brasil otra vez, ya verás. Así, si tienen un poco de plata y con un poco de suerte, se regresan pronto. No, estos panas son migrantes y les gusta quedarse afuera de su país. En fin, gracias a eso podemos tener estos lugares.

Frank hablaba y comía con energía. Minna sintió una mejoría al estar con él. No era de los que iban por la vida quejándose de su mala suerte o presumiendo sus logros. Tenía un trabajo reconocido, premiado y daba poca importancia a los “pedazos de cristal” —como llamaba a los premios—. Ahora se lamentaba un poco de haberse distanciado de él estos años. Frank colaboró en un par de números al inicio de *La Tercera Página*, pronto tuvo diferencias con Joaquín y los otros directivos al negarse a publicar algunas fotos. La que

causó la ruptura fue la del presidente en el hospital, entubado, recuperándose del derrame cerebral. Al reencontrarse con Frank volvió el recuerdo de la discusión. Ahora que lo pensaba fue la última vez que se vieron en la pequeña sala de juntas que se fue llenando de humo, gritos y calor...

—¡Carajo!, no es que se invada su vida privada —decía Frank agitando las manos—, es un hombre público y con esto mostramos que los presidentes se enferman, igual que todos, y no son esos pinches seres invencibles que lo pueden y saben todo. Es igual de frágil que todos. Además, la imagen nos hace cuestionarnos si un hombre en ese estado puede gobernar un país. No pueden negar que a este cabrón ya se lo cargó el payaso. Con foto o sin foto es un vegetal. Es la mejor imagen que muestra que este sistema no da para más —alegaba con vehemencia.

Todos callaron hasta escuchar las palabras de Joaquín:

—Pues no se publica. No hacemos leña del árbol caído, sólo se queda la nota.

Frank tomó la foto, un viejo sin conciencia parecía aferrarse a una ilusión de vida a través del tubo azul que le salía de la garganta.

—Pues quédense cuidando la imagen de este vegetal —se levantó y salió sin azotar la puerta ni aventar objetos. Su olor a tabaco se quedó un momento más mientras Minna y los demás justificaban la decisión de Joaquín y los directivos.

Frank no se lo tomó a mal con Minna. No tenía tiempo para odios. Esa noche él estaba con ella comiendo, platicando como si el incidente que los separó no tuviera importancia y los años no hubieran interpuesto distancia y silencio entre ellos.

Hoy hablé por teléfono con un señor que dice ser mi abuelo. Su voz parecía no cambiar de tono, plana, como los sonidos que hace una de mis muñecas cuando me pide que le cambie el pañal o que le dé de comer. No pude decir mucho. Mamá estaba a mi lado y me indicó qué decir: mi nombre, cuántos años tengo, si me gusta la escuela, si tengo amigos, los deportes que hago... Le iba a contar de vampiros y monstruos pero mamá no me quitaba los ojos de encima, repitiendo en voz baja una y otra vez lo que debía decir. La voz del señor dijo mi nombre. Insistió en que pronto nos volveríamos a ver. Habló con el idioma de mamá, pero después me dijo algunas palabras en la lengua de Marcelo. Le iba a preguntar si conocía a Marcelo, si estaba en el mismo lugar que él, pero mamá con su mano me quitó el teléfono después de pedirme con voz aguda

“dile a tu abuelo que los quieres mucho”. Así lo hice. No entiendo por qué me pidió que lo dijera si luego ella le gritó al señor. Le dijo que sería cuando ella quisiera, que dejara de presionarla. Mamá se ahogaba en sus gritos, su cara no era graciosa. Aventó el teléfono, estuvo apunto de pegarme. Y no me volvió a ver, corrió a su cuarto y azotó la puerta mientras decía las palabras que a mí me prohíbe.

Ya entendí que mamá necesita dormir mucho para que no lllore tanto, por eso ahora me dejan más tiempo con Rocío. El otro día en la biblioteca encontré un libro grande sobre murciélagos, tenía muchas fotos. Pasé un buen rato observando sus orejas grandes, puntiagudas, sus colmillos filosos, sus narices planas y sus ojos como las canicas que me regaló Marcelo —ésas las tengo bien escondidas—. Estuve un rato muy contenta viendo el libro hasta que llegaron por mí. Al ver el libro, Rocío volvió a hacer sus movimientos con la mano para besar sus dedos al final. Ahora viene con un señor que maneja el coche. Nunca habla, sólo me mira. Me da miedo su cara, es rígida, sin sonrisa, ni siquiera tiene un ojo cerrado como el de Marcelo. Huele a jabón y su ropa como si estuviera nueva. Tiene las manos grandes y usa un cinturón para el cuerpo, como si fuera una especie de venda. Le pregunté a Rocío qué era y no me respondió. Nadie me responde mis preguntas, pero ya no me importa, yo las respondo sola. El señor debe estar enfermo porque siempre va muy rígido, y ese cinturón debe servirle como una venda. La semana pasada un niño del colegio—ahora tengo que volver a ir— me dijo que es un *bodyguard*, que su papá tiene unos y que en ese cinturón llevan pistolas para matar gente. Desde entonces me da más miedo. Hago todo lo que me dicen para verlo menos; me lleva y se espera afuera de los salones de las clases a las que voy. A mamá no

le importa, cada vez me deja más tiempo con ese señor y Rocío. Dice que vamos a hacer un viaje y luego se le llenan los ojos de lágrimas.

Mamá ya no me deja entrar a su cuarto. Ya no viene al mío.

El señor que dice ser mi abuelo me contó algo que no le mencioné a mamá cuando colgó ni cuando, después de dormir un largo rato, me pidió que le repitiera palabra por palabra lo que él me había dicho. Creo que lo hice bien. A la tercera vez que le repetí palabra por palabra se quedó tranquila y se fue. Lo que no le quise decir, porque el señor me pidió que no le dijera, fue cómo esa voz sin emoción me iba narrando el comportamiento de mamá, era como si la pudiera ver. Fue gracioso porque decía: “ahora tu mamá quiere que me digas esto; está bien, hazlo. Ahora te está haciendo señales. Bueno, ya casi vamos a colgar. Te voy a decir algo importante. En unos días voy a ir por ti, no tienes que tener miedo. No le digas a tu mamá porque se va a volver a meter a su cuarto y se puede hacer daño. Tu mami va a estar bien, pero necesita ayuda. Tú también vas a estar muy bien y vamos a ir a ver a los vampiros y monstruos que tanto te gustan”. Cuando me habló de los vampiros ya no tuve miedo como al inicio, además no quiero que mamá se haga daño y la última vez que comimos le empezó a sangrar la nariz, no se dio cuenta hasta que cayeron las gotas en su plato. No le dije nada. Cuando lo vio se llevó la mano a la nariz y vio su sangre como si no fuera suya. Se limpió con las servilletas, se levantó y no la volví a ver hasta el otro día. Llegó Rocío para que terminara de comer y me dijo que mamá necesitaba descansar, siempre me dice lo mismo. He vuelto a mojar la cama de

noche. Rocío se lleva las sabanas por las mañanas y no le dice nada a mamá, tampoco yo. Sigo esperando a que llegue el señor que dice ser mi abuelo para que me lleve a donde está Marcelo y podamos ver vampiros de verdad. Los monstruos ya sé que no existen.

Edmundo durmió mal, sueños confusos que no pudo recordar al despertar. Después de horas de insomnio cayó en un profundo sueño en la madrugada interrumpido por el molesto sonido de la alarma. Al despertarse sentía una pesadez en la cabeza, los ojos arenosos, la primera mirada del día borrosa, manchas a las que no podía darles forma; hasta que se calzó los pesados lentes, hubo claridad, reconoció los objetos a su alrededor.

A su edad había desistido de la operación de la miopía. De todas formas tendría que seguir usando lentes, le había dicho la doctora. Entre menos visitas hiciera a los médicos, mejor. Pensaba que era una ironía pasar la vida cuidándose, haciendo el ahorro para la temida vejez y, una vez en ella, los ahorros sirven para dar mantenimiento y “curar” un cuerpo que ya no tiene remedio, que se desgastó

con el paso del tiempo y que seguirá degenerando sus funciones. Ley de vida, no hay vuelta atrás. Le daban un poco de lástima sus compañeros que intentaban retener una falsa juventud, desde peluquines mal puestos hasta las operaciones para estirar una cara que ya no será más que una ilusión, el deseo de la juventud.

El cuerpo se podía sobrellevar, costaba más subir las escaleras, las gripas duraban más tiempo. También la enfermedad marcaría sus rutinas. El problema para Edmundo no era eso, su miedo se centraba en los pensamientos, los recuerdos, la memoria. Llegar y no saber si se tomó la pastilla, no percatarse de la suciedad en la ropa, de los olores vaporosos de la vejez, de la cara ceniza. Perderse en una explicación en datos, fechas, nombres; en la falta de coherencia y claridad de lo que se dice, claro que no era exclusivo de las personas de edades avanzadas, varios jóvenes compartían lo rebuscado y los laberintos de sus ideas. El problema que veía Edmundo era cuando no pudiese percatarse de lo absurdo de sus palabras y no pudiese hallar el hilo del argumento que le había llevado hasta ese lugar de reflexión.

Ahí estaba Edmundo intentando acoplarse al tiempo que le quedara. Por ahora iría a la Universidad, participaría en el seminario de tesisistas con temas cada vez más alejados de la realidad para después ir a la biblioteca y revisar un par de datos sobre la persona con la que salía en la foto.

Recordaba vagamente esa fiesta, ese juego de vestirse de mujeres. Bebió como todos, sintió algunas caricias cuando el alcohol desinhibió a varios. Sabía que estaba ese recién electo diputado. No había coincidido con él en ningún curso, iban en semestres diferentes. Fue una reunión pequeña, en la casa del hijo de algún político que en ese momento sonaba como posible sucesor del presidente.

Se había cuidado de llevar sólo a quienes guardaran el secreto, una pequeña cofradía que no prosperó, se disolvió al día siguiente con el remordimiento de varios de los asistentes, entre ellos Edmundo, que seguía sin entender por qué lo invitaron.

Edmundo no quiso volver a ver la foto, guardó en su saco la hoja donde le habían escrito el mensaje. Esperaría. Alternaba una calma con momentos de angustia —que pensarían de él, alumnos, colegas, vecinos—. *Ya no soy el que antes fui. A mi edad meterme en una intriga política es una mala ironía.* No actuaría diferente, seguiría con sus actividades de siempre y aceptaría la reunión con la reportera.

A unos meses de su jubilación, sin haber decidido qué hacer con el tiempo que le llegaría sin la presión de asistir a una clase, a un seminario o a un congreso, este suceso le parecía una distracción ante el terror de verse recluido en su departamento por días, incluso semanas. Podría leer, tal vez escribir, pero era un animal amaestrado por años para cumplir un horario que le dictaba la responsabilidad universitaria, y dejar esa costumbre de cuarenta años de la noche a la mañana no se resolvía con un horario autoimpuesto.

Durante años se jactó de ser un autodidacta y, ahora que veía de frente sus días sin programa, lo invadía la sensación de estar desorientado; se irritaba con mayor facilidad, le parecían fútiles sus alumnos, sus colegas, las aulas con esas vigas de cemento toscas, de colores enfermizos. Le costaba reconocer su fracaso. Como le mostró esa foto, no era el académico seguro que ansiaba dejar sus días en las aulas para gozar de un tiempo robado a la lectura y escritura.

Ahí estaba, con la inseguridad de no saber qué hacer en los próximos meses —por algo había estado cuarenta años en la

Universidad—. “Es el olvido”, se decía con mayor frecuencia, *ese vacío de que se pasó por esta vida sin mayor trascendencia.*

Observó su rostro en los cristales ahumados del auto oficial en el que pasaba gran parte de su día. Una amplia frente con entradas, cejas pobladas a la Scorsese. Su mirada con la cual escrutaba a sus escasos interlocutores estaba a salvo de ese reflejo por la penumbra. Un cuerpo febril, menudo, alerta, sostenía el lugar donde se guardan sus pensamientos. Su nombre se olvidaba con facilidad, su presencia pasaba inadvertida, recordarlo era ver a través del humo, inasible. Y, sin embargo, ahí estaba, siempre ha estado con los nombres y roles que se le quieran dar, consejero, asesor, consorte, bufón, cortesano, alquimista... nadie sabe cuándo apareció pero su única función es defender la flama del poder, que nunca se extinga, que siga al servicio del príncipe, independiente de los vientos históricos con la que se le alimente o se le pretenda

apagar. La gracia y el triunfo para el príncipe. La penumbra y el olvido para él.

Alguien tenía que hacer el trabajo que no quería hacer la candidata, ni sus intelectuales. En más de una reunión, al presentarlo a los asistentes, decía la candidata, desde su tiempo de gobernadora: “bueno todos tenemos una oveja negra en la familia”, y lo señalaba para el festejo de los comensales. Esta oveja negra le seguía allanando el camino para la candidatura. No subestimaba a nadie. *Los enemigos también tienen capacidad para dar golpes, no hay enemigo pequeño*, se decía. Cualquier información era bien recibida... y pagada. Tenía al Ex contra las cuerdas. El todo poderoso expresidente que se volvía a presentar en busca de la candidatura del partido no tenía llenadera, ya fue una vez y seguía insistiendo —como envidiaba en este momento la ley de aquel país que no permitía la reelección de sus presidentes en ninguna circunstancia.

El Ex los había despreciado en sus inicios políticos y los llamaba *juniors*, como si él no lo fuera, siendo hijo y nieto de políticos destacados. La memoria del poder político era caprichosa, resbalosa. No prestaba atención a los análisis que gustaba pagar la candidata, a esa corte de buenos para nada que se pasaban los días fantaseando con la pureza de la democracia, de la república, la división de poderes y demás, cómo si no supieran quiénes administraban las entrañas del poder, como si se pudiera disociar ese virus de los poderosos, de ganar, de regresar de los exilios para el desquite.

De todas formas, esos pensadores a sueldo nunca eran un problema, simples escribanos. Las arcas del poder eran infinitas, siempre se les podía comprar con un par de monedas, premios, becas, negocios, favores. No había que bajar la guardia, todavía faltaba un trecho para hacerse de la candidatura y estos últimos pasos eran los más importantes. Lo había hecho cuando se presentó en la provincia, derrotando al gobernador en turno y con todos los recursos en contra. Esa experiencia ya era un pasado lejano en el mundo de la política. Las victorias pasadas no servían para las nuevas batallas. Conocía a varios generales del poder dormidos en sus laureles sufrir las derrotas más humillantes por los más insignificantes oficiales. La candidata, en privado, le llamaba su amuleto. *Todos nos volvemos objetos para los poderosos.*

Apreciaba la discreción y el silencio del coche blindado; sentía su pesadez, el aislamiento de su interior. Había tenido que pedir que quitaran del chasis todos los nombres y símbolos de la marca alemana; otro de sus asistentes se atrevió a repetir la indicación; le sonrió, las cejas pobladas se movieron como pequeños azotadores y le respondió con esa voz tenue, fría: “exacto, así lo quiero”. El joven posgraduado se fue con la satisfacción de haber entendido la orden, sin saber que le esperaba un largo camino hacia los fondos de la inutilidad.

Quienes llegaban a su entorno eran jóvenes, *nerds*, perfeccionistas que buscaban cubrir sus inseguridades con inteligencia —como si eso fuera posible, se decía—. Buscaban su salvación y aceptación en el mundo. Sus pequeños cerebritos, les llamaba, maquinitas del pensar portátiles. Conducía sus pensamientos, sus comportamientos. No era complicado, la educación escolar ya los había entrenado durante años. Pequeños cachorros que babeaban al sonido de la campana. Prestos para su apapacho en la espalda, su nota sobresaliente, su título universitario. Así funcionaban. Querían reconocimiento, él se los daría. Se fijaba bien que ninguno llegara con el virus del poder en las entrañas, les hacía pequeñas pruebas, después de un tiempo los mandaba a posiciones en la burocracia, en los partidos. Los observaba. Por muy encumbrados que estuvieran siempre regresaban al sonido de la campana.

En una de las pantallas del coche observó con detalle el contenido de la película —buena decisión disolver esa academia y contar con los servicios de esos profesionales—. Detuvo el video en algunos detalles, regresó un par de veces. *Unos cursos de filmación no le vendrían mal al coronel*, pensó mientras apreciaba otro de los planos. Más que el video, lo importante era el sitio donde a esas horas ya lo habrían “descubierto”. No había que revisar los medios, uno de sus cerebritos ya le tendría el seguimiento de la información que habían redactado. Ahora se enfocaría a la foto del Ex con el profesor universitario. Le incomodaba el caso de la ficha de Edmundo Aguilar, como si no hubiera un rastro que seguir, un par de libros escritos en el

olvido —sin dedicatoria—. Cuál era su asidero a la vida, se preguntaba. El coche hizo un pequeño movimiento fuera de lo acostumbrado, vio los ojos del chofer sin cambio alguno, siguió en silencio. Entraron por el sótano del bloque de edificios grises, sólidos, ennegrecidos por la contaminación. Su pequeña estepa, alejada de las intrigas de palacio. No lo hacía por una cuestión de protección, sabía que en los tiempos que corren la intimidad es una presunción.

Le gustaba lo desolado del entorno, le regalaba el privilegio de distraerse con algún atardecer bucólico. “La falta de belleza también tiene sus recompensas”, se decía a menudo.

Después de ver el video, ya tenía el esbozo de cuál sería la información y las fotos que sacarían para los medios. Dio paso a otra preocupación. El coronel no estaba solo. Ese gigante que lo acompañaba no hablaba, no emitía sonido, gesto u olor. Su párpado caído parecía ocultar un pequeño radar escondido. Por qué el coronel había decidido traerlo de donde estaba, por qué la confianza. Habría que estudiar más esa relación. Vibró el teléfono, no tuvo que ver la pantalla para saber que era ella.

—Todo en orden, vamos a retrasar un poco el anuncio por la noticia que va a salir en unas horas —dijo con ese murmullo de voz que lo acompañaba—. Ya tengo tu carta para la familia, el pésame y de ahí hay que entrar al tema de la seguridad en la periferia. Al final esta muerte nos beneficia. Recuerda que esa colonia fue uno de los laboratorios sociales del Ex. Hay que jugar con la inseguridad y la falta de resultados.

—Tranquila yo me encargo. Lo sé, ya falta poco.

Colgó con el mismo desgano con el que tomó la llamada. Regresó su mirada a su reflejo en el cristal ahumado, mientras pensaba en ese nombre del que no sabía demasiado *Marcelo, Marcelo, ya nos iremos conociendo.*

El restaurante se empezó a llenar con un par de familias que salían del cine. Los niños llevaban camisas y los botes de refrescos con las figuras de la película que acababan de ver. Se perseguían unos a otros, esquivando las mesas y a los meseros. Los gritos de sus madres no lograban detenerlos. Los padres lucían cansados, ausentes. Autómatas que reaccionan a los llantos del bebé en brazos o a los berrinches de los niños aburridos y llenos de energía. Padres que ya están pensando en el horrible tráfico del lunes, los pendientes de la oficina, los pagos de la tarjeta o en su querida que les sigue presionando con la pregunta de cuándo se van a divorciar. Estaban junto a la mesa de los hombres mayores cuya charla en ese momento se hacía entre gritos y carcajadas.

Una de las mujeres, después de pedir algo, observó a los hombres, le dijo algo a su marido al oído y se levantó para hablar con la mesera. Cancelaron el pedido, volvieron a recoger sus cosas, el mismo ritual a la inversa. Chamarras, juguetes, bebé a la carriola, niños que lloran y corren hacia la salida. Frank los observaba por el ojillo y narraba a Minna los comportamientos previos.

—¿Cómo sabías que se iban a ir sin comer? —preguntó Minna.

—A leguas se ve que la mujer está encabronada —le dijo Frank con calma—. Los niños tienen azúcar hasta en las orejas, vienen del cine y luego te sientas junto a unos alegres borrachos. Tanta alegría incomoda —se río atragantándose mientras terminaba un pedazo de carne. La barba del mentón se le había remojado con la grasa de la carne, parecía un pincel recién lavado.

—No sé —dijo Minna mientras miraba la mesa vacía a la que se dirigía la mesera para arreglar los platos y las servilletas no usadas—. Ves la cara de esas mujeres y parecen tan... tan... tan frustradas. Pláticas con ellas años antes, cuando recién han salido de la Universidad y todo es maravilloso para ellas: el marido, la llegada de los hijos, la hipoteca de la casa, el coche nuevo... Después, la decepción, la amargura...

—Esa misma expresión empiezo a ver en tu rostro —le interrumpió Frank— y no es el cansancio ni los madrazos que te da la vida, es hartazgo de algo. Tu bebé *La Tercera Página* creció y no es lo que esperabas, ¿verdad? —Frank dejó el último trozo de carne sobre la madera en la que se diluía la sangre y la grasa—. Estoy perdiendo condición. Antes lo terminaba todo. La edad, recuerda “como te ves me vi; como me veo, te verás”, espero que no tan jodido.

—¿Por qué dices eso?

—Es una broma, tu belleza... decaerá dignamente.

—No, ¿por qué dices... de qué me veo frustrada?

—Llevas mal el fracaso. La mujer brillante, sobresaliente en la escuela, atractiva, no sabe fracasar y ahí está lo jodido, ¿por qué te aferras a quimeras, a situaciones que se resolvieron de otra forma y no cumplieron tus expectativas? De una u otra forma, no es personal el fracaso (que es tan formativo), nos lo vendieron mal. Pero ahí Freud y sus pinches colegas que lo interpretan, igual también esas explicaciones son un fracaso —Frank ya no sonrío, se quedó un momento mirando a la nada, sin expresión en el rostro, la boca un poco abierta. Reaccionó después de un momento. Sacó un frasco pequeño de plástico color café, con sus dedos gruesos lo golpeó y salió una pastilla negra del tamaño de una moneda pequeña que depositó en su otra mano. Se la acercó a Minna—. Mira mi nuevo vicio. Te presento a la compañera de mis últimos días —se la metió a la boca y, después, dio un largo trago de agua. Bebió con desgano—. ¿Sabes?, es jodido el fracaso que llevamos cada día en el cuerpo. Vamos acumulando el desgaste, unos más rápido, otros más lento. Hasta que un día sin previo aviso este compañero que habitas se niega hacer actividades de otros días, cual mula arisca. Y te adaptas a lo que disponga. Ahí está el secreto, adaptarte. Adáptate a tu fracaso. De nada sirve negarlo.

—Pero cómo sabes cuándo hay que decir hasta aquí y no es un obstáculo más para empujar, para perseverar —le dijo Minna llevando el cuerpo para delante.

—Eso es lo interesante: nunca lo sabes. También existe algo que se llama azar. Tu apuesta de hace años en un medio que “salio de la nada”, no puede ser la misma que ahora. Los finales felices de Disney

ya se acabaron hace varias décadas. No es posible que una mujer tan lista como tú no lo sepa. Pero no hay que perder la capacidad de asombro. Si anduviera por la vida pensando que todo está resuelto, no me serviría de nada la fotografía. Captas una imagen que ya no es más lo que fue, la immortalizas, atrapas lo que puedes: movimiento, tonos, miradas. La dejas ahí para que sea un espejo de lo que somos. Muestran una parte de donde salieron, el resto lo llenamos con lo que queremos ver. Ya no es la mirada del fotógrafo, es un fragmento de algo o alguien en el espacio-tiempo (hasta ese momento entendí la pinche Física), y ese fragmento no tiene que formar nada, ni juntarse con otro y hacer un rompe cabezas hermoso para ser admirado. No tiene por qué explicarse ni ser explicado; es una parte de algo que ya dejó de serlo, que se instala en el recuerdo y que vagará por los caprichos de nuestra mente... Ya te di la entrevista que estabas buscando —Frank regresó con una vitalidad en su risa—. Las fotos a veces nos muestran lo obvio, sirven para ver lo que muchos no queremos reconocer, pero esos instantes pasan. Lo que hay es un trozo que nunca llegaremos a comprender. ¿Recuerdas la última sesión de Marilyn?, en una foto se le ve con vestido negro y perlas —como las que te gustan usar—, cansada, vieja, triste, como si anunciara el desenlace que tendría que ser. Tal vez las imágenes capten un poco de la esencia que nos rodea, ve tú a saber. Mi mirada se entrenó para eso y hasta ahí llega mi ciencia; Que los demás se rompan la cabeza con sus críticas. El crítico tiene chamba gracias a nosotros los creadores... Señorita, la cuenta, por favor —le dijo Frank guiñándole un ojo a la mesera.

Me despertaron los sonidos de la lluvia, las gotas y sus ritmos en los charcos que van dejando frente a las ventanas. Todavía es de noche. La hora de los vampiros. Me gusta seguir en mi cama escuchando el sonido de la lluvia, me siento protegida dentro de las sábanas, en la oscuridad. El silencio cuando dejan de chocar las gotas contra la ventana se vuelve calma. Aquí no hay gritos de mamá ni su cara triste; aquí no tengo que hablar ante los maestros o la señora de las preguntas; aquí no está el señor sin rostro con la pistola grande ni Rocío con la mano que mueve y besa mientras murmura con velocidad. Aquí estoy sola en la oscuridad, contenta por el ruido de la lluvia.

Hoy, en la clase de equitación, mientras esperaba a que sacarán a *Caroline* —mi yegua—, vi a un niño como los de por aquí, de cara

blanca y pecas doradas y con el cabello naranja; no estaba peinado ni vestido como los otros niños que se disfrazan y hablan como sus papás, tampoco estaba viendo su juego de video o *handy*. Sentado, movía unos pequeños papeles entre sus manos. Por suerte se tardaron en traer a *Caroline* y tuve tiempo de acercarme a él. No me vio hasta que estuve a su lado. Sin levantar la vista me preguntó si me gustaban las serpientes. Le dije que no y movió su nariz, la arrugo y siguió viendo sus pequeños papeles. Le dije que me gustaban los vampiros. Me contestó que no existen, que ése es un cuento que se les dice a los niños para que se vayan a dormir, para que coman o para que hagan lo que los grandes quieren que hagamos. Le dije que esos vampiros de las películas no, que son los que tienen cuerpo de ratón con alas. “¡Aaah!”, dijo, y le pude ver sus dientes de enfrente, uno grande y otro chueco, “¡Ésos!”. También me gustan. Y buscó entre sus tarjetas, necesitaba sus dos manos para buscar, recorrió con habilidad y rapidez, parecía de esos señores que cuentan los billetes en los bancos. Casi al final la encontró: “Edta eds”, me dijo. Dejó con cuidado las otras cartas en un mazo para que no se desbarataran, las junta con una liga gastada, gruesa. Y ahí estaba la foto de mis vampiros, casi la mitad la ocupa una cara del vampiro con su hocico abierto —Marcelo me enseñó que no es boca—, parece que una lupa lo agrandó de los otros que vuelan a su alrededor, arriba dice con unas letras blancas pequeñas “BAT”, en la parte de abajo yo escribí “El líder de los vampiros” con tinta negra, con una letra más pequeña para que cupiera. Me gustó la camisa que llevaba el niño, suave, de cuadros, la toqué cuando nos despedimos e hicimos como los adultos que se dan la mano. De esas camisas no me quiere comprar mamá, dice que son horribles, que parecería leñador, pero

yo las siento igual que la funda del edredón de mi cama, suave, tersa, abrigadora. El niño de cabellos rojos me regaló la tarjeta porque hablamos también de monstruos, no los que salen en la tele, monstruos mágicos, me dijo. Y me enseñó un pequeño dibujo doblado que hizo y que llevaba guardado en las bolsas de su pantalón. Era uno de sus monstruos. No tenía colores y se veía muy real, como si quisiera salir del papel. Para mí que tenía la cara de Marcelo, su ojo cerrado, sus manos grandes, su cabello largo. Le dije que si lo conocía, pero dijo que no con su cabeza. No era Marcelo, era su monstruo. Seguimos hablando hasta que salió su papá de alguno de los lugares en los que guardan a los caballos y le gritó “Rick, *come here!*”. Recogió todo con rapidez y no se dio cuenta de que tenía su dibujo en la mano. Se fue corriendo rumbo a su papá que llevaba un gran bulto de paja dorada. Me da gusto que haya alguien más a quien le gusten los monstruos y los vampiros —además de las serpientes—. Pude ver cómo se alejaba y se guardaba su fajo de tarjetas en una de sus amplias bolsas del pantalón, un poco grande para él.

El señor de la pistola me miraba a la distancia. Me entra frío cuando lo veo, no importa si hace calor. Me dan ganas de no moverme, de meterme bajo el edredón como ahora, cerrar los ojos. Mamá dice que está para cuidarme, pero cuando voy en el coche y siento su mirada por el espejo, hay un dolor en mi estómago, como si alguien me lo presionará y no me dejara respirar. Mis manos están frías, mojadas. Con Marcelo fue siempre diferente. El no tenía pistola ni esa mirada congelada que me asusta. Hoy el regreso a casa fue mejor porque llevaba la tarjeta y el dibujo escondidos en una de mis botas. Me preocupaba que los descubrieran y me los quitaran. Llegué corriendo sin quitarme las botas al cuarto. Mamá y Rocío me gritaron,

pero valió la pena, mi tarjeta y el dibujo ahora están bien guardados en una pequeña rendija junto a mi escritorio que no han visto. Después voy a buscar otro lugar, me da miedo que las encuentren y me las tiren como hicieron con las canicas que Marcelo me regaló. Si él estuviera aquí guardaría todos estos tesoros.

Volvió a llamar el señor que dice ser mi abuelo. Esta vez mamá no quiso que hablara con él. Gritó: “¡Henriette no es tuya, no la vas a lastimar como a mí!”, y otra vez aventó el teléfono. Mamá se ve cada vez más delgada, frágil, como si el color la abandonara y se empezara a desvanecer. Hace mucho que no deja que la abrace. Ya no sé cómo es su verdadero olor.

Marcelo observó sus zapatos con las puntas cubiertas por lodo seco y cuarteado que se desmoronaba poco a poco conforme avanzaban sus pasos. *Ya se desprenderá*, pensó. El coronel le dejó indicaciones para los próximos días. Estaría ausente, pero le informó que venían cambios. “Debes de tener todo preparado, eso incluye: ningún documento contigo, el informe guardado en la cabeza, que por ahora es el lugar más seguro”, le había dicho dos veces.

Marcelo llegó al cuarto donde dormía. Afuera había charcos que volvieron a humedecerle el lodo de los zapatos, intentó quitárselos antes de entrar, pero le dolía la rodilla. Entró arrastrando los pies, dejando sus huellas en el piso de cemento. Olía a humedad. Lloviera o no, ese cuarto guardaba un aire denso, cavernoso, no importaba si la ventana se quedaba abierta, ese olor se resistía a salir. Ya se había

acostumbrado a esa pesadez, pero intentaba no pasar más tiempo del necesario en ese lugar.

Se cambió la ropa y el cansancio lo llevó a la cama. Miró el techo agrietado, el foco que pendía de un hoyo con los cables abrazados. Se levantó, caminó unos pasos hacia las repisas, un par de tablas mal empotradas donde guardaba sus alimentos, estaban casi vacías. Se preparó un café y se quedó contemplando la ventana rayada que daba a un patio interior. A veces se reunían los niños del lugar por las tardes a esa hora, los que fueron a la escuela estarían ahí, los demás cumpliendo trabajos que les dejaban algo para su camino hacia la adicción y el olvido de una niñez que no pudieron disfrutar. El coronel decidió que ése era el entorno adecuado para que Marcelo pasara inadvertido. Marcelo intuía que en los otros cuartos había más personas, sentía su presencia. La desconfianza provocaba que los muchos o los pocos habitantes que existieran se guardaran en sus cuartos como roedores nerviosos en sus agujeros.

No tiró la taza al escuchar el choque del metal. La puerta se reventó. Entraron sin cubrirse el rostro, pudieron entrar tres en el cuarto, el otro se quedó junto a la puerta que no se terminó de desprender del marco. Marcelo no se resistió. Escuchó las maldiciones, recibió los golpes, intentó cubrirse la cabeza y juntar las piernas. Acorazarse. Venían a romperlo todo, a buscar evidencia.

—¿Dónde está, cabrón?, ¿dónde lo tienes? —escuchaba las voces mientras iba perdiendo la conciencia— Te va a cargar la chingada —las tablas cedieron, no había donde ocultar algo, el cuarto era de una austeridad espartana. Pegaron en los muros, buscando una pared falsa, en el piso, sin encontrar nada. El hombre parado al lado de la puerta controlaba todo; después de unos minutos el cuarto se

llenó de un olor espeso, agrio. La sangre de Marcelo le escurría por la cara, su sabor metálico le recordó cuando de niño chupaba a escondidas los tostones del abuelo. El despertar sería más doloroso. Aguantó.

—¿Y si le dejamos un recuerdito? —dijo uno de los tres que sudaba por el esfuerzo de patear a Marcelo.

—No —respondió seco el hombre de la entrada—. Este güey está jodido de por vida, ni siquiera es el destinatario, y no pagaron por ese servicio, así que vámonos —unos minutos duró la escena, salieron como llegaron, nadie vio ni escuchó nada. Los vecinos de cuartos, si los había, entendían que eso era lo mejor. Cada quién se rasca como puede.

Marcelo tardó en despertar. Se quedó tumbado en el suelo. No eran tan buenos como pensaban. Tenían en ese mísero cuarto todo un pequeño arsenal de tortura y lo que habían hecho era ir a buscar la sangre a fuerza de golpes. No había nada qué buscar. El coronel lo había dejado ahí a su suerte, no había forma de comunicarse con él. Tampoco Marcelo lo intentaría.

Abrió el ojo con dificultad. Permanecería hinchado. Dormiría largo, profundo, sin recordar. Un cuerpo abrazado por el dolor. Se despertaría con una nueva carencia física sin llegar a ser vital. Todavía le serviría por un tiempo más al coronel o a quien fuera. Marcelo lo sabía sin entenderlo y esperó a recuperar la fuerza suficiente para poder volver a estar de pie. Con el sabor de su sangre pensó en la pequeña Henriette que ese día del parque le preguntó si a los vampiros les sabría diferente el sabor de la sangre. Marcelo le dijo que tal vez, no quería esforzarse en explicar algo que no sabía. Se alegraba de haber conocido a esa niña que no le miraba con miedo, quien le

hablaba con la vitalidad que no había conocido hasta ese momento. A lo mejor Marcelo algún día fue así, un ser espontáneo, vital. Quizá por eso había regresado, con la creencia de que en este viaje algún recuerdo de cómo fue le llegaría. Lo estaba intentando.

Edmundo llegó temprano a la Universidad, contaba con un par de horas libres antes de iniciar el seminario. Fue directo a la biblioteca, hacía meses que no pasaba por su cubículo. Evitaba cada vez más el contacto con sus colegas. Los consideraba una pesadez, los mismos chistes rancios, las enfermedades, el resentimiento agrio de los años pasados por una elección perdida. Pasaba lejos de ellos, como ellos de Edmundo. Lo había logrado en sus últimos años, ser casi imperceptible a los ojos de los demás. En el seminario su presencia no sería la esperada, escucharía los monólogos de sus compañeros. Las extensas citas de libros mal leídos. La comparación con algún aspecto ínfimo de la realidad del momento. La reflexión sobre alguna nota periodística y su valor científico. La cara expectante del alumno, recibiendo información tan disímbolas, errática, con el

miedo de no saber qué hacer porque todos le dicen algo diferente. Dejó de pensar en el seminario, era el precio a pagar por sus ausencias prologadas. Tampoco por unos meses que le restaban para la jubilación le pedirían más.

Llegó a la torre de siete pisos. Recordaba ese proyecto de biblioteca, el escándalo que se organizó, las protestas de por qué un arquitecto extranjero venía a vulnerar la creatividad nacional. Era el único edificio que rompía con las estructuras cuadradas, rígidas del campus. Esa torre asilada tenía movimiento, un rombo que ascendía, discreto. Desde el sexto y séptimo piso se divisaba un paisaje más allá del campus. Parecía que el arquitecto había clavado esa torre para que en sus últimos pisos se mostrara el confort de sentirse guarnecido por libros rodeando su interior y mesas empotradas bajo las ventanas en diferentes direcciones, para mostrar que había vida más allá de la Universidad. La torre era un refugio momentáneo del ruidoso campus. Fue un logro que el proyecto no se viniera abajo. A veces llega una *rara avis* en el mundo de las decisiones y contra propios y extraños sostiene sus propuestas, aun a costa de su carrera política. Había una hermosa biblioteca y un rector olvidado que la impulsó.

Edmundo experimentaba una sensación de protección dentro de la torre, como si todo lo que le aconteciera fuera un mundo aparte y dentro de la biblioteca pudiera asomarse al exterior cuando quisiera o quedarse sumergido en la lectura del vasto acervo el cual funcionaba gracias a un generoso financiamiento de una fundación presidida por uno de los más allegados empresarios al expresidente. Lavar el nombre a través de las palabras, ¡vaya ironía!

Hace años cuando la edad le favorecía, Edmundo recorría los pasillos circulares una y otra vez, se le entumían los pies de estar

parado, subía sin sobresalto los siete pisos. Ahora el elevador era lo que le permitía seguir llegando al último piso. Decidió que iría como siempre a disfrutar de la vista para después acariciar los lomos de los libros, sentarse en alguno de los sillones y después batallar en la búsqueda digital de los periódicos dependiendo de la paciencia del prestador de servicio social que lo auxiliara. Los jóvenes eran cada vez menos pacientes con personas como Edmundo. Esa revolución tecnológica de teléfonos inteligentes, redes sociales, internet, lo dejaba obsoleto. Había logrado transitar de la máquina de escribir a la computadora, conseguir una contestadora telefónica, hasta ahí llegaba su aprendizaje electrónico.

Había pocas personas en la biblioteca lo que agradeció Edmundo. La torre había quedado un poco aislada del campus con las construcciones nuevas. La dejaron solitaria junto a las oficinas administrativas. Ir de las aulas a la torre implicaba un tiempo que muchos no querían invertir, preferían la biblioteca central, cerca, con una cafetería ruidosa, salas de cómputo. Los usuarios como Edmundo agradecían esas iniciativas, pues los fondos editoriales seguían llegando por la fundación del buen nombre, con los años y el prestigio del arquitecto se había vuelto uno de los patrimonios universitarios. A diferencia de Edmundo, a la biblioteca le seguían viniendo bien los años.

Estaba solo en el séptimo piso, lo caminó con calma. Habían cambiado algunas secciones y renovado parte del mobiliario respetando los colores claros. La luz entraba por los amplios ventanales haciendo un esfuerzo por llegar a las estanterías del centro, donde una agradable penumbra escondía los libros más antiguos. Edmundo disfrutó del silencio protegido por los libros. La sensación

de una opresión que no le molestaba, la frescura del ambiente, el olor a papel, a libros nuevos y viejos, como si los aromas pasaran de los pequeños pasillos del centro a los del alrededor.

Terminó su ronda habitual más pronto de lo normal. Observó por uno de los ventanales, seguían creciendo los fraccionamientos. Ahora no era posible ver algún sitio sin edificios. Construcciones en proceso lo cubrían todo. El rector olvidado que impulsó la biblioteca no tuvo mal olfato para los negocios y gozaba del anonimato de su gestión universitaria pero había amasado una fortuna con los terrenos alrededor del campus. Historias como muchas que ya no importaban. Eran nimiedades para los tiempos que corrían. *Es un alivio estar aquí, en este silencio, con la hermosa distracción de los libros.* Su temor del día anterior se le hacía lejano, inútil como muchas de sus actividades, dudas y añoranzas que le llenaban los días.

—¡Edmundo!, ¿todavía te sigues escondiendo aquí? —dijo una voz potente— el sobresalto de Edmundo lo llevó a girarse sin poder acoplar su visión a la penumbra de donde salía la voz. Escuchó la carcajada de otro tiempo, esa risa y esa voz le parecieron irreales en el silencio roto. Ahí estaba Marion con su cuerpo desbordante.

Minna dio los últimos tragos a su café, estaba frío, insípido. Movía la taza entre sus dedos largos sin anillos. Frank aún no regresaba del baño. El lugar se había quedado en una ligera penumbra, estaba por cerrar. Por inercia movió un grupo de moronas sobre la tela almidonada, jugó con su porosidad, las apretó entre los dedos, percibió como se deshacían, cómo se esparcían en ese movimiento final para quedar pulverizadas. Era una casualidad estar ahí con Frank después de tantos años. *A lo mejor no cambiamos tanto.* Al ver a Frank con el cansancio del viaje, su recuperación del derrame y sus breves ausencias, sintió nostalgia. Ese talento dentro del cuerpo fuerte, la vitalidad se extinguiría. Que efímero era todo. *¡Vaya destino que llevamos escrito!* Frank no le daba mayor importancia, eso le gustaba, pasaba los días tal cual, sin esos miedos inservibles con

los que Minna se encontraba con mayor frecuencia, cuando su entorno cambiaba, cuando la rutina desaparecía y había que llenarla con nuevas actividades. *Siempre el ingrato comienzo*. Frank regresó a la mesa, caminaba balanceándose con su estómago abultado que no le permitía a la playera estar dentro del pantalón. Pidió la cuenta a la mesera.

—Cada vez cierran más temprano estos lugares —dijo mientras se acomodaba en la silla y buscaba su billetera dentro de su mochila. Sacó la billetera. La mesera estaba al lado fingiendo una sonrisa y esperando que se marcharan para cerrar—. ¡Vaya que han subido los precios!, si fue un trozo, no la vaca completa —dijo Frank mientras sacaba un par de billetes y le pidió que se quedara con el cambio. La chica no se sintió aludida y de mejor talante dio las buenas noches—. ¿Ves cómo todo se resuelve con dinero? —dijo Frank con una actitud de mecenas— Había recobrado la energía y el humor. Si fueras más joven, te llevaría a mi hotel de cinco estrellas o te seduciría para ir a tu casa, pero eso será en otra ocasión, la sala de espera del aeropuerto no es el lugar más cachondo para terminar una noche de domingo.

Minna seguía la conversación con ligeras muecas, con sus ojos grandes festejaba alguna de las ocurrencias, después volvía a su silencio. Caminaron hasta el sitio de taxis. Había un coche con su chofer envuelto en bufanda, gorro y una chamarra gruesa con bordados de un equipo de béisbol. Frank no quiso tomarlo, le dijo a Minna que aún tenía tiempo, el vuelo saldría a Houston a las cuatro de la mañana. “Como si tuviera veinte años para seguir haciendo esto”, se dijo. Empezaba hacer frío, Minna clavo su barbilla sobre el pecho, no se había llevado algo más abrigador pensando que regresaría

temprano a casa. Frank no esperó a que llegara el otro taxi, tomó del brazo a Minna y la jaló suavemente hacia el interior del auto.

—Te estás muriendo de frío, por eso hay que comer carne y beber vino, es una calefacción garantizada, además del *mousse au chocolate* —Frank fingió un tono gangoso.

—No, puedo esperar —dijo Minna.

—Sí, todos podemos esperar, pero esta noche no. Vete a casa. Mañana inicia lo que has dejado pendiente. No tienes por qué vivir del aprecio y reconocimiento de unos cabrones como Joaquín y *La Tercera Página*; que les den por el culo con ella. Te mandaré unas fotos para que me des tu opinión. Están listas para publicarse. Le voy a hacer la competencia a Sebastião Salgado —volvió a reír mientras cerraba con fuerza la puerta. El taxi avanzó y Minna vio cómo caminaba Frank de un lado a otro llevándose una mano al cabello despeinado.

Hay despedidas que no sabemos que lo son. Minna creyó que las fotos llegarían pronto, que habría otro encuentro con Frank, igual de cálido, lleno de humor. Se lamentó meses después de haber estado esa noche ausente, triste. La noticia de la muerte de Frank la deprimió. No quería aceptarla. Lo encontraría una vez más en algún lugar, un aeropuerto, perdidos en alguna calle remota de esos países indefinidos o tal vez en un centro comercial. Ahí estaría Frank con su sonrisa amplia, el pelo revuelto, buscando un buen lugar para comer, beber y charlar. Con un nuevo proyecto entre manos, desvelado. Hablando de sus colegas, contando sobre la nueva —o clásica— película que vio de madrugada. Criticando una novela y la presunción de su autor. Ahí estaría su voz reproduciéndose en los siguientes días como ondas que continúan esparciéndose en su

camino. Minna no lloró el día que supo la noticia. Se guardó la voz cálida de Frank, las palabras mientras la ayudaba a subir en el taxi. Recordó su aroma a vino y de tabaco olor a maple, como el que recordaba de niña, cuando pasaba largas tardes en la casa de sus padres.

—Busca a tu hermana y mantente alejada de él. Te tocó la peor parte de la historia, llevar su sangre, pero eso no implica que cargues con sus errores. No eres heredera de nada. Un accidente te puso en su camino, saliste a flote, lo lograste. No regreses al infierno que conociste. No todos en tu familia son tan afortunados de seguir aquí. Él no cambió, jamás lo hará, él se adapta. Muestras sus caras, seduce, convence. Recuerda lo que es y lo que será. Lamento que sea tu padre. Búscala —lo dijo todo serio como cuando hablaban de ese tema. Le dio un beso en la mejilla, le pico la barba—. Tú sobrina se parece más a ti que a su mamá. Búscalas.

—Por qué tuvo que ser así —se lamentó Minna.

En una de las paredes escurría un delgado hilo de algo parecido al agua. Marcelo seguía tirado en el suelo; sangre seca en el cabello, tieso por lo mismo, se le había pegado en parte de la cara y el cuello; su párpado seguía hinchado y le costaba trabajo abrir la rendija del ojo para ver lo que había visto muchas veces: cosas rotas, su cara maltratada, heridas en su cuerpo. Le zumbaban los oídos. No tenía precisión sobre la hora que sería, tal vez el mediodía o las dos de la mañana. No escuchaba el sonido de autos cercanos, estaba en un sitio alejado del movimiento de la ciudad.

Quienes lo golpearon tenían los datos exactos de cuándo estaría en su cuarto. Lo venían siguiendo. Nada de esto se le hacía extraño. Estaba acostumbrado a un destino cambiante. Marcelo siguió un rato más en el suelo, no tenía frío, sólo el calor de los golpes

dispersos en el cuerpo. Había recibido un par de cachazos en la cabeza; las heridas habían dejado de sangrar. Se sentía despejado. El dolor ya no era una molestia, vivía con él desde hacía años, sólo le cambiaba de lugar, lo recorría con mayor intensidad por algunas partes de su cuerpo (la costilla astillada superaba siempre el dolor de la rodilla).

Su cuerpo le parecía ajeno, una vez más ultrajado, dañado. Por un momento logró la indiferencia hacia los quejidos que lo habían despertado. Recordó a Henriette, le gustaba su tono de voz, la velocidad con que contaba historias, el realismo que les imprimía, las vivía en cada narración, la expresión de sus ojos daban un énfasis especial donde habría que tener mayor atención; la voz de Henriette le permitió abrir una grieta en el muro de sus recuerdos que hasta ese momento le parecieron insípidos, velados por las órdenes del coronel y la vida que se le arremolinaba toda de su paso por la academia.

Marcelo sabía de la existencia de los murciélagos porque los vio a una edad en que no conocía aún la academia. Observó a esas criaturas apiladas en la bóveda de una cueva, con sus cabezas hacia el suelo, racimos de hocicos aplanados, esperando ser arrancados. Sintió una leve opresión, un vértigo al mirar hacia arriba y buscar una pared de dónde apoyarse para poder apreciar mejor. No sabía qué eran esos animales, uno de los niños con los que iba llevaba una lámpara de pilas, alumbró hacia arriba y pudo apreciar con mayor claridad esos ojos vacíos por donde se filtraba la luz; un ligero alateo les mostró esa piel doblada de alas envarilladas. Fue un instante antes de que el miedo los hiciera correr del lugar, con eso bastó para no olvidar esos cuerpos peludos de orejas puntiagudas y finos

colmillos. Sin la historia de Henriette, esa imagen seguiría olvidada en sus recuerdos, inservible.

No habló hasta días después con el abuelo sobre esos animales. Temía la represalia por acercarse a un lugar que les tenían prohibido. Sentados en el escalón del cuarto que les servía de casa, una noche cuando el abuelo fumaba su tabaco amargo, pasó el vuelo irregular de uno de esos animales. El abuelo le explicó cómo funcionaba ese “radar” —una más de las nuevas palabras que aprendía— para, con precisión, evitar chocar con los objetos y poder cazar su alimento. “El no ver no les impide volar”, le dijo con su voz seca mientras escupía las hebras del tabaco y con los dedos de uñas gruesas intentaba quitarse el tabaco adherido a la lengua. Marcelo no volvió a ver el vuelo de un murciélagos, los reencontró en las historias y en los libros de Henriette.

Marcelo seguía tirado en el desorden de ese cuarto cavernoso, sin poder ver a su alrededor; sin poder levantarse ni emitir sonido que le permitiera evitar obstáculos. A lo mejor ese breve periodo que coincidió con las historias de vampiros le había compensado con una pequeña parte de imaginación olvidada; por eso disfrutaba de ese instante de abandono, tirado en un cuarto donde las paredes seguían sudando un líquido parecido al agua. No importaba el dolor, podía recordar...

Por una de las ventanas de la biblioteca entraban tímidos rayos de sol; la inclinación de la luz intensificaba la sombra de donde salía la voz que llamaba a Edmundo, deslumbrado por ese cambio de intensidad en la luz, no pudo a primera vista ubicar con precisión de dónde salía la voz. El sonido le indicaba que estaba muy cerca de él, sus ojos tardaron en acoplarse a la sombra de los estantes.

—Edmundo, pareces sordo —le dijo con voz enérgica, mientras se acercaba a él.

—¿Sí? —respondió Edmundo, mientras aguzaba la mirada, sentía curiosidad por darle rostro a esa voz.

—¿Pero no me reconoces? —le dijo la mujer a unos pasos. La sombra dejó de serlo y Edmundo pudo verla con su cuerpo amplio,

carnoso, la papada hacia un pliegue grande en su cuello, las mejillas redondas, el cabello corto, no era muy alta.

—¿Sonia?, ¡Sonia! —le produjo un alivio encontrarle rostro a la voz—, qué gusto verte. Pensé que seguías fuera.

—Pues ya ves que no, regresé para mi jubilación. Cumplí un par de semestres que me faltaban y ahora estoy en los trámites y las demandas para recuperar algo de estos treinta y cuatro años —dijo Sonia; mientras hablaba, su cuerpo robusto se acomodaba con dificultad a sus sonoras carcajadas—. No piensas jubilarte, ¿verdad? He visto tu nombre en un cubículo, pero nadie me daba razón de ti. ¿Cuántos años llevas? —uno de los bibliotecarios que empujaba una carretilla llena de libros les pidió bajaran la voz. Lo hicieron mientras estuvo cerca recogiendo o acomodando libros; una vez que bajó por el elevador continuaron en el mismo tono — ¡Cómo si interrumpiéramos a alguien! —dijo Sonia.

—Llevo cuarenta años, pero ya estoy en el trámite de mi jubilación. No sabía que se podía demandar, ¿para qué? —Edmundo hablaba con su voz pausada; se quitó los gruesos lentes para limpiarlos con su pañuelo de tela y vaho de su aliento. Con el índice y el pulgar de la mano moteada se tocó las marcas que le dejaban en la nariz.

—Los vas a rayar —le dijo Sonia mientras sacaba de su bolsa un sobre pequeño que le entregó a Edmundo—. Con esto se limpian mejor. Alterno los lentes de contacto con los de armazón. Son una maravilla las bolsas de las mujeres, aquí traemos de todo... Entonces ya cuarenta años en la Universidad. Increíble cómo pasa el tiempo. Y qué vas hacer ahora que dejas esto. Mi problema fue que a los seis meses me regresé a dar clases.

—Quiero leer y escribir un poco más —dijo Edmundo—, con eso me entretengo hasta... creo que con eso tengo suficiente para no aburrirme —seguían de pie entre los estantes, los rayos del sol dejaron su inclinación y la luz ahora era regular por todas las ventanas.

—¿Nos podemos sentar? —preguntó Sonia—, me operaron de una rodilla hace unos meses y ahora voy por la otra. Mira mi nuevo compañero —dio un golpe leve en el piso con el bastón negro opaco con un terminado metálico—. Tiene doble utilidad: me ayuda a no caer y es un arma de defensa personal, mi perro y mi marido le tienen pavor —volvió a soltar una de sus sonoras carcajadas que le ondulaban la papada.

—Vamos a la cafetería. Tengo una hora antes de que inicie un seminario —respondió Edmundo mientras pensaba que regresaría el joven de la biblioteca para callarlos o pedirles que se fueran—. Sonia asintió mientras se sentaba.

—Espérame unos minutos en lo que descanso la rodilla, si lo que te preocupa es el joven de hace rato, déjalo que se acerque y aquí lo convencemos de que hablamos a susurros —volvió a pegar con el bastón en el suelo y un sonido metálico se esparció entre ellos—. ¿Quién viene a estos lugares? Los estudiantes lo resuelven todo por internet; del Rincón del Vago, o como se llame, copian los trabajos. Si al menos copiaran bien, pero ni eso —Sonia estiró la pierna y una mueca de dolor le invadió el rostro— sabes que voy a un tratamiento donde me inyectan un compuesto, una especie de aceite que sale de la cresta de los gallos —volvió a reír con más fuerza—. Ahora sí mi marido me dice que soy un gallo muy jugado y en los mejores palenques, hazme el favor —un pequeño ataque de tos le interrumpió las carcajadas.

Edmundo seguía de pie, tenía la envoltura rota del sobre y el papel todavía húmedo con el que limpió sus lentes. Le empezaban a doler las piernas y la espalda. Dudó en acercarse una silla.

—Dame eso —le dijo Sonia mientras estiraba la mano. Edmundo le devolvió papel y envoltura. Ella los metió a la bolsa—Te digo que es una maravilla —comentó mientras palmeaba su bolso—. Acércate una silla, con mi paso de caracol en lo que llegamos a la cafetería nos da la hora de la comida.

Edmundo jaló una de las sillas de la mesa de enfrente donde se encontraban. Era ligera a diferencia de los muebles que tenía en su cubículo, la tomó por los costados y sintió que se le resbalaba en cada paso; en su trayecto apoyó la pierna contra el respaldo para avanzar más rápido.

—No me recuperé todavía de lo de Raquel —continuó Sonia, su voz ahora se escuchaba cansada—. Entiendo que todos nos vamos a morir y que ya tenemos una edad en la que los achaques se acumulan, pero me sigue pareciendo injusto. Sabías que le gustabas.

—¿Perdón? —dijo Edmundo como si no entendiera.

—Cuando éramos estudiantes me hablaba de ti —la voz de Sonia seguía plana, su cuerpo parecía haber encallado—. Como todo buen hombre no te enteraste de nada. Éramos tan jóvenes. Fue bueno volvernos amigos. No me voy a recuperar de esa pérdida. No sé si te pasa, tal vez ahora que estés sin horarios fijos, sin rutina de ir y venir de clases, empieces a preguntarte si valió la pena todo esto y mires las cosas sin absolutos. El futuro, a nuestra edad, se llena de citas para que te inyecten aceite de cresta de gallo en las rodillas. El futuro consiste en dejar los ahorros —sí los tienes— con el doctor del momento.

Edmundo ya no la escuchaba, estaba tratando de recordar a Raquel. No le llegaban imágenes claras. Se le instaló una bruma, una presencia difusa en sus recuerdos que se iban desmoronando como el ala tiesa de una monarca, como el papel viejo que logró sacar del escritorio del Poeta.

Me gusta ver lo que se refleja sobre el agua, se mueve o cambia de forma. Después de llover quedan varios charcos; los pisas y desaparecen las imágenes, pero después de un rato vuelven. Desde hace unas semanas vengo a esta escuela; no es tan grande pero tiene mucho jardín, casi no hay tiempo de explorarlo. Nos llevan de una clase a otra. Hoy llegó un niño nuevo —llegan unos y otros se van—, nadie quería jugar con él. Tiene la piel roja y se le desprenden pellejos, sus manos son más rojas que su cara y su piel arrugada parece de reptil. Estuvo casi todo el descanso apartado, viendo de reojo a los niños y a las niñas que lo señalaban. Bert —así se llama— tiene las orejas rosadas descarapeladas. Después de pensar un rato sobre cómo hablarle sin que se moleste, me acerqué —hay que ser paciente—. Los niños empezaron a molestarlo otra vez: “¡El quemado!”, “¡La

serpiente!” le gritaban y se reían. Bert apretaba los dientes, se ponía más rojo, se miraba las manos, su piel nueva. Le pregunté cómo se llamaba —sentí como si me apretaran el estómago y me faltara aire—, lo bueno es que lo dije rápido, pero no me contestó, así que tuve que volver a respirar profundo y con un grito como los de mamá le volví a decir “cómo te llamas”. Esta vez ya no me ignoró —supongo que se espantó por mi grito—. Me dijo que se llamaba Bert. Tiene una voz especial, como si murmurara, pronuncia las palabras lentas y claras. Habla poco. No se peina como los pequeños adultos —los niños que se visten y peinan como sus *dads*—, con sus cabellos tiesos. Bert tiene el cabello fino, cortado como un muñeco. Le pregunté si le dolían las manos, subió los hombros y me dijo que a veces le arden, “como si te quemaras, pero te acostumbra”. Sus ojos son del color de la miel —a mí me gusta la miel, pero mamá no quiere que coma dulces—. La pausa de la escuela no dura mucho, así que me apresuré a preguntarle lo importante: de dónde venía —ya me parezco a la señora de las preguntas con la que me volvieron a llevar—. Bert siguió con calma quitándose pequeños pellejos de sus manos. Me dijo que apenas había llegado al país, que su papá es embajador, que seguro en unas semanas estaría en otra escuela. Lo dijo como si le preguntaran las capitales de los estados de Alemania. Me sentí mal por preguntar algo como los adultos. Le cambió la cara cuando le pregunté si le gustaban los vampiros, me dijo que no mucho pero le gustaban los dinosaurios. Ahí se emocionó y empezó hablar más rápido, se le pusieron las orejas de un rojo intenso —parece que tiene nieve sobre la piel—. Me dijo unos nombres largos de especies de dinosaurios sólo recuerdo el del *Tiranosaurio rex* y el *Brontosaurio*, nombres que ya había

escuchado en la tele. No quise interrumpirlo para preguntarle por los otros nombres, no hizo falta; sacó de la bolsa de su pantalón un teléfono celular en donde, me mostró con cuidado las fotos y me fue explicando las habilidades de cada uno, su nombre científico, si comían carne o eran vegetariana... ¡herbívoros!, dijo, cuáles tenían el cerebro más grande que otros; me recomendó ir al museo donde tienen el esqueleto gigante de un dinosaurio —seguro que mamá no quiere ir—. Guardó el teléfono y su voz se volvió como al principio, lenta y suave. Teníamos ya poco tiempo antes de ir a la clase de arte. Le dije que ahí podía dibujar un dinosaurio, volvió a subir los hombros y me enseñó las manos mientras me decía “me arden más cuando escribo o dibujo”. Volví a ver los charcos que reflejaban las paredes de la escuela. Bert seguía viéndose las manos y quitándose los pellejos, a veces arrugaba la nariz pero no se quejaba. Quería seguir hablando con él y lo único que se me ocurrió —pues tampoco le interesan los monstruos— fue preguntarle si quería ser embajador como su papá —hasta ahora no sabía qué era un embajador—, se puso serio y arrugó la frente como si estuviera enojado, siguió quitándose lo blanco de sus manos. “No”, me dijo. “Los embajadores, siempre están de un lado a otro, en ceremonias aburridas, hablando con personas que no conocen ni quieren conocer, tienen que sonreír sin alegría y hablar bien de todo lo que hay en su país aunque pasen cosas malas. Papá es bueno, pero lo hace, se vuelve muy serio cuando vienen otros embajadores; es como un traje, una piel como esta que se me cae. Cuando tiene tiempo juega conmigo, me acaricia —casi nadie quiere tocarme—, pero después se va a su trabajo y cuando me lleva me aburro mucho. Lo único que me gusta es cuando vienen personas que hablan palabras que no entiendo,

me gusta adivinar qué dicen por como suena su voz, además de las formas de sus ojos o colores de piel”. Volvió a ver sus manos. “Pero conoces mucha gente”, le dije. “De qué sirve conocer mucha gente sino pueden ser tus amigos”, me respondió. Ya no volvió a hablar, se quedó viendo la palma de sus manos. Llegó la *miss*, no le dijo Bert, lo llamó por su apellido: Von Hess, y se lo llevó antes de que terminará el recreo. Los otros niños me vieron raro cuando llegue al salón. Bert ya no regresó. El lugar donde se había sentado estuvo vacío el resto del día, sobre la mesa que cubren con un paño azul oscuro se notaba todavía el polvo blanco de Bert. Uno de los niños lo juntó y se lo aventó a una niña mientras le decía: “Mira, polvos de lagarto”. Los demás niños se rieron. Dejaron de reír cuando entró la *miss* de arte. Regresó ese silencio incomodo de todas mis clases. Hasta ese momento me di cuenta que no le dije mi nombre a Bert, no me lo preguntó. Tal vez tiene razón, de qué sirve conocer más personas sino pueden ser tus amigos.

Hay órdenes que no se saben cumplir de la forma en que aparecieron en nuestros pensamientos —se dijo mientras seguía con la mirada las grietas en la pared—. Esa cadena jerárquica que se ve sólida, mientras pasa de eslabón a eslabón se empieza a oxidar, a debilitar, hasta que se distorsiona, se pierde. Y es ahí cuándo muchos vuelven a empezar a pensar, a dictar otra orden. A recorrer la cadena de arriba abajo, el mismo camino andado con la ilusión de que la nueva orden se cumpla.

Acudía cada cierto tiempo a ese edificio vacío para revisar los casos que requerían mayor tiempo de reflexión. Nunca escribía nada, ni siquiera un murmullo salía de sus labios. Se quedaba quieto en esa silla incómoda hasta que el dolor de la espalda se confundía; se alejaba para tener sus conversaciones internas. Una

puerta pesada que había que franquear era la única entrada o salida del cuarto.

En ocasiones, divagaba, se perdía en un laberinto propio, no le importaba. Para eso iba a ese sitio de olores químicos, de ausencia de belleza, no era un día de campo. Se obligaba a regresar a él. Dentro de ese cuerpo de piel lustrosa.

No todos pueden adaptarse. Muchos, me consta, se aferran a su deseo inicial, tal como lo concibieron sin entender que desde que salió a través de sus palabras, lo que en un inicio querían se va filtrando. Estupefactos se quedan paralizados cuando observan que lo que pidieron no se cumplió. Ahí pierden un tiempo valioso, tratando de entender qué falló, en qué eslabón se perdió su deseo. No sirve de nada. Es inútil un pensamiento brillante, puro, si no puede aterrizar para actuar. Las ideas serán hermosas en su vuelo, trazos limpios, planearán arriba, muy arriba como halcones desafiando al viento pero al momento de bajar a tierra, al fango donde vivimos, con nuestras miedos y deseos, se estrellarán. No, nunca me impresionaron esos doctores aspirantes a sabios. También sangran, también gritan, lloran.

La candidata me tiene esperando, sabe que no me puede dejar sin actividad mucho tiempo, por mi bien, por el suyo. Soy una máquina para aplicar lo que se piensa, aunque sean las decisiones de otros. Mis ideas no llegarán tan alto como la de su corte de pensadores, pero llegan a donde se proponen, avanzan como acorazados. Es cierto que a veces sin la belleza del vuelo de un halcón, pero con su precisión en la mayoría de las ocasiones para asir con sus garras la presa del momento. El coronel no ha resultado tan fiable y preciso como le hicieron creer a la candidata. Me bastó una sola mirada para verle el resentimiento de no ser el mandamás en la academia que le cerraron; además se acompaña de ese tuerto, sin expresión en el rostro, insensible al dolor físico... por el momento. Son simples

intermediarios, que van y recogen restos de información. Los expertos se compran en otra parte. El problema es que dejan rastro. Por muy entrenados que estén para recibir órdenes, tienen memoria. Pueden cambiar su deseo inicial de fidelidad y servir al patrón en turno. Ahí se tuerce el juego. Qué tiempos los de los Samuráis y su lealtad a sus señores. Seres que hicieron del servicio a su señor el camino de sus vidas. No, ahora hay que lidiar con estos mercenarios con lealtades a sueldo. No hay recurso que alcance para comprarlas, siempre hay otro pujando por la información de a quienes han servido antes.

Minna no volvió a tener comunicación directa con Joaquín, los mensajes le llegaban a través de la nueva asistente, quien desconocía la relación que hubo entre ellos y el rol de Minna en *La Tercera Página* desde su fundación. Las pocas veces que la buscó, su voz era cortés pero de una indiferencia que a Minna le molestaba; sabía que esas llamadas eran uno de los pendientes que tenía —su voz sonaba con la despreocupación de la juventud—. Minna sentía la pesadez que tienen los días tristes; la noticia sobre Frank le había dejado una nostalgia, un arrepentimiento de no haber pasado más tiempo juntos. La muerte deja su estela en los que se quedan.

Minna se enteró por una llamada telefónica de un viejo amigo de Frank que harían una reunión en memoria del difunto. Se reunirían para beber como lo dispuso Frank en lo que fue su estudio;

Sergio le había llamado alrededor de la una de la tarde; su voz sonaba como si tuviera atorado algo en la garganta, tosía y se apagaba al final de las frases.

—Te esperamos a las siete en punto; por favor, no llegues tarde —le dijo mientras la tos envolvía las palabras—. Ah, se me olvidaba, Frank quería ser recordado sin dramas, ven con algunas botellas de mezcal o tequila de las que le gustaban —podría llevarse las fotos y documentos que quisiera, le dijo Sergio antes de colgar.

Minna llegó cinco minutos antes de lo señalado. El estudio estaba dentro de unos multifamiliares de seis pisos. Ladrillo sobre ladrillo ennegrecido. La reja estaba cerrada e intentó averiguar cuál de los timbres era el del estudio de Frank. Los botones desgastados, las letras de los pequeños letreros ilegibles. Con la luz de su celular buscó sin éxito. Le habían dicho 1-C. Una vecina abrió la reja, la miró con desconfianza. Minna le dio las gracias y antes de que cerrara logró entrar. La vecina de cabello chino y nariz pronunciada volteó un par de veces mientras se alejaba con sus bolsas.

Se escuchó el eco de los tacones de Minna al cruzar el patio que la llevaba al edificio del fondo. Caminó entre un par de coches viejos llenos de una capa gruesa de polvo, en las ventanas se apreciaban trazos de dibujos y palabras cubiertas por otra fina capa de polvo: “Puto el que lo lea”, “Ya labame pinche cochino”. Se escuchaba el ruido de los trastos, el agua que corría, la televisión de uno de los departamentos. Unas cortinas ocultaban mal el interior, se veía la pantalla plana de un televisor donde la voz alarmista del locutor contaba una de las noticias del día: mostraba imágenes del presidente de la república y anunciaba las próximas elecciones. Minna detestaba a ese conductor que escupía frases, determinaba quién era culpable y

se desdecía sin problema alguno al día siguiente. Atacaba o aplaudía sin miramientos siempre respondiendo a la línea editorial que le indicaran sus jefes. Las pantallas serían cada vez más planas, ligeras, de colores nítidos y su contenido seguiría siendo insípido, pensó Minna.

Llegó al edificio C, no encontró el timbre, la reja de la entrada estaba sin seguro, oxidada, la abrió mientras escuchaba un lastimoso sonido del metal, se trabó y dejó espacio para que pudiera pasar. A unos pasos de la reja de entrada había una puerta con una foto en blanco y negro que mostraba a un grupo de niños bailando al lado del hombre del saxofón, su cara esforzada por el esfuerzo de soplar, los ojos parecían salir de sus orbitas y los cachetes un par de globos a punto de explotar. Las sonrisas, un baile congelado contagiaba ese pequeño instante de felicidad, no importaba lo ennegrecido de los muros del fondo o los carteles descarapelados, tampoco la mirada apagada de los hombres al pasar. La escena mostraba la cara alegre de niños brincando alrededor del saxofonista. Qué importaban los malos tiempos si existían esos consuelos, pensó Minna. Imaginó que esa imagen era la que recibía a Frank a su llegada de sus viajes. Tocó la puerta astillada sin obtener respuesta. Golpeó más fuerte. No se escuchaban sonidos en su interior. Habían pasado un par de minutos. Sus golpes en la puerta se esparcían bajo las escaleras. Sintió el metal frío de la manija, giró para un lado. No tenía seguro, empujó con fuerza apoyándose con una pierna. Ahí estaba el estudio de Frank, un pequeño laberinto mal ventilado que no lograba disimular el olor añejo de humo de cigarro, de papel viejo, periódicos amarillos, papeles apilados, pósters descoloridos, fotos, muchas fotos en las paredes, en las escasas puertas o en pequeñas montañas apiladas

por la mesa redonda que ocupaba un rincón. Negativos, tiras ahumadas sobre un aparato para rayos X. El polvo no dejaba respirar con libertad al principio, había que irse acostumbrando. Los inquilinos de ese lugar eran los papeles y fotos de Frank, carpetas de tapa dura, con papeles mal pegados, letras ilegibles indicaban tomos de trabajos publicados u otros que hasta ese día serían conocidos. No estaba ninguna de su cámaras, sólo el efecto de ellas. El baño, oscuro y con menor ventilación, servía de cuarto de revelado. Ahí el olor de los químicos era más intenso. Había otra habitación pequeña con un viejo sofá cama y libros amontonados. La luz era buena, era la única inversión del lugar. Había una cocineta, para prepara café, algunas tazas sucias. Minna estuvo un rato parada, faltaba media hora para las ocho y había caído en cuenta de la impuntualidad de Sergio, no le importaba, tenía el estudio y la mirada de Frank para ella.

Con calma tomó diferentes negativos, fajos de fotos y un par de carpetas, se hizo un espacio en un sofá con los resortes vencidos y empezó a pasar las imágenes como cine mudo. Las fotos le mostraban paisajes desolados, la destrucción de la guerra, la ausencia de color, el juego de la luz y la sombra, rostros marchitos, miradas opacas. Le conmovió una serie de rostros de niños exiliados por guerras, rostros sucios, con cabellos revueltos, mirando sin miedo a la cámara. Ojos que miraron lo que nunca debieron de ver, seguían ahí, sin la inocencia que les correspondía, cansados, un reflejo de la niñez que les fue arrebatada. Miradas silenciosas.

Logró incorporarse, después de varios intentos. La rodilla izquierda no le permitía el apoyo suficiente. Se arrastró hasta la cama, logró asirse de una de las patas e impulsarse lentamente para subir hasta quedar sentado. Este esfuerzo lo volvió a dejar exhausto. Le dolía el cuerpo, una paliza más, sin motivo aparente. Se quedó sentado en la cama. El cuarto le daba vueltas, el zumbido de la sangre en sus oídos no cesaba. Tuvo ganas de ir al baño, no llegó. El olor a orina, sudor, sangre, humedad y humo se revolvía. Intentó pensar a dónde podía ir. Nada. Lo primero era cambiarse, lavarse. Llegar al baño y esperar que la suerte lo favoreciera y un chorro tímido de agua fría le ayudara a quitarse parte del hedor y con un poco de suerte deshinchar el cuerpo. Buscar un doctor provocaría muchas preguntas. Todo le parecía irreal, con gusto lo habría soñado sino

fuera por las punzadas del cuerpo que le devolvían la incomodidad, una queja constante.

Bañarse y luego esperar. Estuvo un rato sentado, intentó estirarse y sentir cómo crujían huesos y articulaciones. Estaba fuera de condición, resistía menos que antes los golpes, era más lento. Esperar al coronel, intentar dormir, despertar con el cuerpo hinchado sin el molesto zumbido de los oídos. Era todo lo que se le ofrecía. Ir a la ducha y regresar requeriría de tiempo y ánimo. Tenía lo primero. El sueño no llegaba, el olor que antes le parecía nauseabundo empezaba a parecerle ajeno.

Narcos no eran los que lo habían golpeado, estuviera muerto ahora. Marcelo pensaba que el coronel cambió su actitud desde que dejaron de llevar y traer fotos, videos, papeles, esos pequeños paquetes que dejaba en el edificio de correos. La última entrega de hace un par de días con el hombre de los guaruras había modificado algo. Su voz era monótona, habló poco, parado a una distancia donde observaba al coronel y a Marcelo, con mirada fría. Marcelo tenía la sensación de esa presencia en otro momento. Se guiaba más por esas sensaciones que por lo que le enseñara su ojo abierto. No lograba distinguir de dónde venía esa incomodidad que le causó la mirada de aquel hombre. El coronel no dijo un nombre sólo hablaba de ellos.

Marcelo sabía que eran sus nuevos jefes, que para alguien llevaba y traía esa información. Estaba atado a esa sumisión. Ya no era el coronel quien le dictaba las órdenes; la presencia de esa persona lo había borrado. El coronel había sido por mucho tiempo su referente de autoridad. En la sumisión que mostró esa madrugada estaba el nuevo rol. Hizo todo lo que le indicaron, llevo a Marcelo con él.

Le presentó a su nuevo centro de poder. Por eso había desaparecido el coronel, sin más, por eso habían llegado esos hombre a darle una “bienvenida”, a calarlo, a comprobar la resistencia. El hombre le había mirado a él mientras miraba al coronel, desconfiado, evaluándolo. Habría que esperar.

Marcelo despertó, otra vez la oscuridad. El cuerpo seguía con sus dolores. El hambre era un nuevo malestar. Se levantó de la cama y el zumbido de los oídos casi había desaparecido; logró apoyarse en sus piernas, caminó unos pasos con dificultad, tomó la muda limpia que le quedaba.

Recorrió la cortina de plástico que fingía separar el rincón que le servía de baño. Buscó el metal que usaba de llave para abrir el agua, el tubo dio un bufido, Marcelo se quitó el pantalón como pudo, estaba tieso por la sangre y la orina; tenía la camisa rota y los calzones impregnados. Sintió el breve chorro de agua fría, la piel se tensó, era molesto al inicio pero la sensación de quitarse sangre y sudor lo reanimó. Sabía que el agua duraba un par de minutos, se apuró a limpiarse; el jabón estaba adherido en el hoyo de la pared, con las manos mojadas pudo disolver un poco y se lo untó donde pudo. Orinó en la ducha sobre el piso áspero, se estancó el agua en la coladera. Terminó. La sensación de calor vino después.

No había espejo, a tientas recogió la ropa. La toalla luida seguía sobre el clavo de la pared, la tomó, secó lo que pudo, no podía agacharse. Vestirse fue un proceso lento. Abrió la puerta para que entrara un poco de luz, empezaba a clarear. Buscó la chamarra, estaba tirada junto a la cocineta. Con trabajos la alcanzó. Ahí seguía el dinero que le sobraba. Había un billete de más. Le llegó el murmullo lejano de los autos sobre la avenida, las personas que no veía de los

cuarto de al lado se movían. Era la primera vez que había pasado tanto tiempo en ese cuarto. Con el ojo abierto leyó en el billete nuevo “Si quieres comer, me buscas”. La letra estaba escrita sobre el héroe nacional replicado en el papel.

Abrió la puerta, la luz avanzó sobre el desorden del cuarto. Marcelo salió sin recoger nada más. Caminó con dificultad. El hambre de antes había pasado y un ardor le recorría el estómago. Se detuvo al inicio de la escalera, el cielo pintaba una franja rosa, palidecía frente al naranja que se iba abriendo paso. No duró mucho; esperó, dejó que su ojo abierto se fijara en el paso de los tonos a un amarillo brillante; la luz le cegó. Ahora sólo había manchas a su alrededor. Había ganado en su juego interno. No había desviado la mirada. Esperaba a que pasaran las manchas que le bailaban por dentro del párpado. Volvió a leer las palabras escritas en el billete, por fin una orden, un lugar a donde ir.

Edmundo se sentó junto a Sonia y percibió un alivio en su espalda y piernas.

—Aunque camino mucho —dijo Edmundo—, si llego a estar parado cierto tiempo, se me va poniendo tiesa la espalda baja. He padecido la ciática, dolor que no le deseo a nadie, no te puedes mover.

—La conozco, está en mi colección de achaques —dijo Sonia—. ¿Hace calor o son mis bochornos pos... posmenopausia? —preguntó sin esperar respuesta—. Bueno, pero ya parecemos esos viejitos que se ven para contarse sus achaques, creo que ya estamos al tanto —sacó un pañuelo de su bolsa revuelta para secarse unas pequeñas gotas de sudor arriba de labio y en la frente.

Edmundo volvió a mirar el reloj electrónico de la pared, unos números rojos contrastaban con el negro, tenía todavía una hora y

estaba cerca de las aulas donde se llevaría el seminario. Era triste reconocer que a su edad seguía como un escolar intentando llegar antes de las citas, conociendo que la mayoría de las personas con que se encontraba se demoraban. Ahí estaba Edmundo con el ansia de llegar antes que todos para después esperar.

—Mira, te presento a mi nieta —le dijo Sonia. Le acercó la pantalla de su teléfono. Una niña con chamarra lila con capucha jugaba con otros niños en un arenero con juegos metálicos y de madera—. La veo poco, si bien me visita dos veces al año, cada vez que nos vemos es una niña diferente. Al menos con estos aparatos puedo seguirle la pista. Mi hija se casó con un diplomático de Azerbaiyán, Orxham se llama. Se conocieron en el master en Boston. Ahora viven en Vancouver. Fui una vez en verano y me moría de calor, después en invierno no quería salir y con la nieve y el bastón no puedo caminar. Me dice que vaya en otoño que es cuando mejor se está, pero volar me cansa mucho. La que me da fuerza para hacerlo es mi nieta.

Edmundo empezaba a perder el hilo de la conversación. Escuchaba a Sonia hablar con una velocidad, sólo paraba para sus estruendosas carcajadas. Ya no le daría tiempo para bajar a revisar los periódicos. Volvió su incomodidad de no cumplir con lo establecido. Saliendo del seminario lo podría hacer pero ya sería la hora de la comida y no quería comer en el campus. Podía regresar mañana, pero alteraba su mañana de lectura; además, estaba pendiente la invitación a la Universidad Jesuita del norte del país. Le regresó el recuerdo incómodo de la fotografía del día anterior.

El joven bibliotecario caminó junto a ellos empujando una mesa con ruedas en la que llevaba diferentes libros que iba colocando en

los estantes; no los miró, estaba concentrado en llevar cada libro a su sitio.

—Edmundo —Sonia fingió un susurro—, ¿recuerdas al amigo del Ex, Sebastián Jiménez, o Juárez, ¿cuál era su apellido? Murió la semana pasada, lo descubrieron dentro de su coche en una de esas colonias perdidas. Parece que lo asaltaron. Lo leí en el periódico, me sonó el nombre porque estudió con nosotros, iban un año adelante, me parece, pero recuerda que la escuela era pequeña, nos conocíamos todos; claro, después, cuando se hicieron funcionarios, diputados y lo que vino, no recordaban a nadie, sólo a sus amigos de las Universidades extranjeras; me extraña que no te hubieran llamado —y volvió esa carcajada que ahora sí hizo voltear al joven bibliotecario.

—No lo sabía —dijo Edmundo—, ¿Sebastian el que fue su secretario de toda la vida?

—Sí, ése; muy serio, siempre con su bigotito recortado y bien arreglado. Decían que era *tralalaila*, pero era muy educado —Sonia levantó la palma de la mano hacia arriba y hacia atrás—. Pobre.

Edmundo sintió un frío en la espalda, el mismo que lo había recorrido al abrir la otra noche la puerta de su departamento.

—¿Y dices que lo mataron? —sonó la voz de Edmundo incrédula, como si hubiera que reafirmarle lo que acaba de escuchar.

—Sí, eso decía el periódico.

—Qué día dices que salió la noticia —dijo Edmundo.

—No sé, jueves... viernes de la semana pasada. Seguro aquí tienen los periódicos —dijo Sonia, ya sin la risa de antes. Buscaba en su bolsa una pastilla para el dolor de las rodillas.

Edmundo quiso que sus pensamientos no iniciaran una de sus largas batallas entre asociar la foto que recibió con la muerte de

Sebastian. Ahora el reloj le indicaba cinco minutos antes de la hora del inicio del seminario. Le pidió a Sonia si podían irse. Ella encontró la pastilla que buscaba y con un gesto la tragó.

—Si tienes prisa, adelántate, tú eres el asalariado —dijo Sonia, había recobrado la vitalidad en su voz.

Minna esperaba en el estudio de Frank a que los demás llegaran. El olor a humedad, a papel viejo, a químicos se mezclaba. Se levantó e intentó empujar una de las ventanas; no consiguió más que abrir una pequeña rendija por la que no alcanzaba a circular el aire. Caminó unos pasos y en una de las sillas encontró el libro donde se publicaron las fotos que Frank ya no pudo enviarle. Es “una historia de la humanidad en tránsito”, le había dicho Frank la noche que se vieron.

El libro tenía adherida una capa de polvo, le pasó una mano, sus dedos dejaron pequeños surcos, sintió la tela del forro. Un amigo de Frank le encuadernaba los libros, era una edición pequeña pero de muy buena calidad, “una edición casera”, le había dicho Frank. Un cosquilleo en una de las manos que sostenía el libro la

sobresaltó, una mancha negra, lustrosa, que se movía con rapidez, ligera, sobre su piel. Se sacudió, intentando quitársela de encima, movimientos rápidos, automáticos. Tiró el libro a la mesa, la araña cayó a un lado, avanzó unos pasos buscando la protección de la sombra del libro. Minna sintió un temor de volver abrir el libro. La araña dio unos pequeños saltos cuando le quitó el libro de encima. El impulso de aplastarla ganó y Minna le dejó caer el pesado tomo. Sacó uno de sus pañuelos desechables, limpió con asco la parte donde no quedaba más que una mancha amarillenta, de lo que fue la araña. Aumentó su temor pensando si había ratones o, peor aún, ratas que royeran esos papeles. Sin la calma anterior fue a prender las luces del baño, dudó, prefirió cerrar la puerta y mejor no ver su interior. Regresó al libro, sin dejar de estar atenta a cualquier movimiento o sonido. Se fue calmando mientras leía la breve introducción de Frank.

Sus dedos largos siguieron pasando las hojas. Ahí estaba el trabajo de Frank de más de veinte años. Sus viajes personales, les llamaba. Su mirada acudió a esos páramos, a esos lugares de cielo plomizo y tierra infértil donde hileras de personas que se ven a lo lejos, con sus escasas pertenencias sobre la cabezas se asemejan a una hilera de hormigas abriendo camino. A través del blanco y negro muestra ese entorno desigual, ciudades destruidas.

Los escombros, el refugio del que no pudo huir de la barbarie, que espera sin fuerzas su desenlace a merced de quien llegue primero. Personas de diferentes continentes con la misma expresión de dolor, cansancio. Fotos que guardan otras fotos; rostros de hombres que no regresarán, sujetados por las manos arrugadas de sus viudas. Hombres que someten a otros hombres de bigotes espesos, miradas

hirientes, con las armas colgando al hombro o apuntando. El frío reflejo del metal de la muerte, esperando por ese orificio para cesar con otra vida, aplastarla como la araña que Minna se había quitado de encima. Ya no son humanos para sus verdugos, son una plaga que hay que quitar de esos campos desolados y así los dejan como cuerpos inertes, mutilados, mezclados con el barro, apilados al lado del camino, olvidados. Recogidos por una máquina escavadora, llevados a alguna fosa común, absorbidos por una tierra que no es la suya, una tierra áspera, infértil.

Minna avanzaba despacio, no evitaba las fotos dolorosas, las asimilaba, venía esa absurda comparación de pensarse afortunada, de estar ahí, con vida, sin peligro, su mayor miedo: el insecto inesperado sobre sus manos. Mientras otros, mutilados sus destinos y sus miembros, intentan ponerse de pie con piernas de palo. Fotos de ancianos soportando esa última travesía, llevando sus historias —si es que llegan— hacia algún sitio que desconocen, del que ya no aprenderán el idioma. Sin dinero, sin salud ni juventud que les permita abrirse paso en un entorno ajeno, huracán. Ancianos escondidos dentro de ropas que cubrieron otros cuerpos, cuerpos frágiles, pellejos sobre los huesos, miradas sin esperanza.

Dentro de esas miradas cansadas, aparece la fuerza de una sonrisa con dientes arbitrarios que no deja de conmover. Una mala broma dentro de ese lugar de miseria y odio. Un reducto de felicidad pasajera. Ahí están los niños jugando, por un instante, ajenos a ese entorno impuesto que no pidieron, que les tocó en la rueda del azar; espantando al hambre, al sueño; recordando por un momento que siguen siendo niños, aunque les haya tocado vivir lo que

otros jamás veremos. Miradas amplias, de asombro, sin entender el camino por el que los lleva la caprichosa fortuna, sin reprocharlo.

Minna se detiene con mayor atención en esa serie de fotos. La inocencia captada le aprieta el estómago. Exhausta, llega al epílogo. Quiere dejar el libro, pero también quiere que su ojo no olvide esas imágenes; que al cerrarlo, las distracciones y preocupaciones las manden al olvido.

Transcribió Frank al final las palabras de Sebastián Salgado:

ahí va la humanidad, ahí está nuestro espejo. Éxodos internos. Ese fracaso que somos llamado humanidad... mientras exista un solo éxodo producto de la violencia, seguiremos fracasando como especie.

Lo seguiremos haciendo, pensó Minna.

Ya no se sobresaltó al escuchar las voces que se acercaban, alegres, festivas, ruidosas, indiferentes a lo que existía en ese libro. Se quedó con la imagen de esa niña que lleva atada a la espalda un rollo pesado de ramas y descalza mira a la cámara, sin sorpresa; no se molesta por el peso que tiene detrás; sus brazos caen a los costados, es pequeña. Las ramas casi le doblan el tamaño, parece una mariposa envarillada. *Quién te puso esas pesadas alas que no te dejan volar.*

Sigue lloviendo, no para de llover. Me gustaría estar en ese lugar al que un día mamá me llevó. Hacía calor, pude estar en la alberca e ir a la arena para ver cómo se metían y salían los cangrejos; atrapé varios, pero mamá me dijo que los regresara. Al principio se quejó mucho de los mosquitos, del calor, de la comida, de que las personas no hablaban bien y tenía que repetir todo dos veces. Fuimos con una de sus amigas que tiene una casa dentro de un *country*. La casa es muy grande, blanca, es como si fuera una casa de luz, tenía una alberca, pero yo prefería ir a la playa. Viajamos un día como hoy, lluvioso, frío. Cuando llegué, no podía creer que a mis ojos les molestará la luz, que hiciera tanto calor. Mamá me pasó mis lentes de sol, son pequeños como los de ella, no los quise y me obligó a que me los pusiera y tomara suero y agua como si estuviera enferma. Cuando habló con su amiga, me los quitó.

En el camino a la casa pasamos por una calle con unas plantas de hojas verdes enormes de diferentes tonos. Había niños descalzos, con poca ropa, muy morenos, jugando y corriendo, algunos jalaban una especie de carreta con fruta. Se me antojó, pero mamá no quiso detenerse; me dijo que si como eso, me enfermo, que no lo lavan y que por nada del mundo tomara agua de la llave. Su amiga dijo que en su casa sí se podía, que ahí no había peligro. *Peligro*, ésa es la palabra que utilizan cuando hablan de ese lugar. Mientras estuve con ellas no salimos de su casa en el *country*.

Lo que más me gustó de aquel viaje fue el sol, el calor, aunque me quemé y me ardía la piel —se me puso roja con unos puntitos blancos—. También las personas que llevaban las toallas o limpiaban los jardines son diferentes, no hablan como los amigos de mamá. Había algunos niños, pero casi no jugué con ellos. Mejor me dediqué a los cangrejos, bebí un coco y comí lo que había dentro. Los sabores de las frutas son más intensos que el de las que como en casa.

Después de unos días mamá se veía bien, reía mucho con su amiga, me acariciaba, me abrazaba. Le dije que nos quedáramos a vivir ahí. Volvió a reír y me dijo que tal vez un día. Después llegaron unos amigos de su amiga y mamá se fue con ellos, ya no estuvimos juntas tanto tiempo como al principio. Me dejaron con Rocío —ahí conocí a Rocío—. No le entendí nada de lo que hablaba. Ella me daba de comer y seguía hablándome. Lo mejor fue que me llevó a la playa, pero en horas en las que, según ella, ya no había sol —para mí seguía habiendo mucho sol—. Varios días pude sentarme en la arena húmeda o cerca del agua tibia, sintiendo ese menear suave del agua salada, viendo cómo el sol se ponía naranja. Cuando estaba ahí no

me sentía sola como en estos días de lluvia. Duraban poco los atardeceres. Entendí que las cosas buenas duran poco; hay que andar buscándolas entre estos vacíos y días aburridos. Me gustaba cómo el tono naranja se expandía en el mar, se movía, los colores se movían, aparecía un rosa como el que le gusta a mamá.

Me dejaron más tiempo con Rocío, eso me permitió conocer un mercado donde había mucha comida y fruta. Estaba lleno de colores; el olor de los pescados era muy fuerte, los sacaban de cubetas, los aventaban y luego pasaban sobre ellos un cepillo de metal y brotaban las escamas blancas, ligeras como la nieve, los cortaban a la mitad, les sacaban lo que llevan dentro —las vísceras, me dijo Rocío—; al principio me dio un poco de asco. Había un pescado enorme, su piel brillaba entre tonos plateado y azul, los dientes más grandes que los demás, tenía como una sierra bajando de la cabeza, lo pude tocar, era frío, terso, firme. El señor que me lo acercó se ríe por la cara que hice; “Güerita”, me decía. Me dio mucha emoción tocar ese pescado, había tocado unas mantarrayas en el acuario pero este pescado era más grande y parecía más feroz. Rocío me dejó probar una fruta, supongo que me dijo que no les dijera nada a mamá y su amiga, habló con una cara de espanto antes de dármele, la comí con gusto, “Mamey”, me dijeron que se llama; tiene un hueso brillante y es de color naranja y cáscara café, tiene sabor dulce, arenoso. Hacen un batido con leche y mamey, pero ése ya no quiso Rocío que lo probara, no te me vayas a enfermar ha de haber dicho. La gente hablaba mucho, se reían, los hombres usaban ese bigote espinoso que mamá detesta. Lo mejor fue que en el mercado tenían esos vampiros de plástico; Rocío no quiso comprármelos, no me entendió. Tuve que esperar mucho tiempo hasta que Marcelo me regalara

uno. No importa. Me gustó ese lugar, más que el barco de los amigos de mamá en el que me llevaron a dar una vuelta, es como una de las casas del *country*. Los amigos de mamá fueron simpáticos conmigo, me dejaron manejar el barco. Mamá seguía riendo mucho y eso me gustaba, pensé que no volvería a encerrarse en su cuarto. Le volví a decir que nos quedáramos a vivir ahí. Que podía ir a la escuela. Ella sólo me acariciaba el cabello.

Sigue lloviendo, ya hice la tarea de latín. Mamá salió desde la mañana, no ha regresado. El señor de la pistola está por la casa, cada vez entra más, ahora llega a la cocina, a la sala, por eso me quedo en mi cuarto. Rocío ve la televisión, “novelas” les dice, llora con ellas, historias aburridas pero ahí se queda la tarde completa. Cuando estoy aburrida, pienso en mamá riendo como aquellas veces en la playa. Lástima que aquí no ría tanto, no sé por qué prefiere vivir aquí donde se encierra por días en su cuarto. Tiene mucho que no la escucho cantar —cuando estaba alegre cantaba—, mucho que no me acaricia el cabello y me dice “te quiero”, como aquella vez en el barco de sus amigos.

Hay inercias de las que no se puede escapar. Marcelo las asumía sin darle demasiada importancia. Se adaptaba a una nueva orden, a un nuevo amo. No se movía por decisiones propias, ejecutaba lo que se le indicara sin hacer preguntas. Eso es lo que había llamado la atención de V. con sus ojos escondidos bajo las espesas cejas. Había dado en el punto donde el coronel era frágil, a través de la relación creada con Marcelo. V. lo intuyó por el tono de voz que utilizaba el coronel para informar que no había problema con Marcelo, que no intentaría saber el contenido de los sobres, que en él no habitaba la curiosidad, sólo obedecía órdenes; eso para V. era de un valor mayor dentro de su entorno de oídos aguzados y lenguas trémulas que van y llevan información de todo tipo. V. lo sabía: *Generamos dependencias en el juego de quién manda; dependen tanto quien está arriba con*

sus deseos como el de abajo que los ejecuta. Se crea un vínculo afectivo alimentado por el miedo, la admiración o por algún sentimiento listo para mantener el lazo entre súbdito y amo y amo-súbdito. No importa la posición, están conectados, uno no existiría sin el otro. El no existir es uno de los mayores miedos de la humanidad. V. conocía ese vacío, la deriva de saberse invisible, inútil. Se nos dijo que venimos por una misión, nos contamos ésa y otras historias. Palabras, consuelos que no borran del todo ese temor de no existir.

V. citó al coronel en una de las casas que no volvería a pisar, como todas sus moradas, vacía, salvo por escasos muebles bañados de polvo, el aire estancado, penumbras que engañan las horas del día. La incomodidad del coronel de recibir órdenes de un civil no la pudo disimular; rígido, se presentó, vaciló en cuadrarse o no ante V., terminó por hacerlo, era un símbolo que los mantenía alejados; sin embargo, a diferencia de V., el coronel nunca pudo ver más allá de esa piel lustrosa y esa mirada oscura oculta bajo las cejas juntas.

V. hablaba con un tono bajo, silbando las palabras, órdenes escasas, datos aislados. El coronel no entendía cómo sus superiores militares habían accedido a recibir órdenes de una persona así. El coronel juzgaba mientras V. lo estudiaba, lo valoraba. Escueto como en otras ocasiones, le indicó su destino fuera de la ciudad. El coronel infló la nariz, una respiración más fuerte de la normal, V. no se alteró, había esperado esa reacción para decirle al coronel que rompiera contacto con Marcelo, que de ahora en adelante él se encargaría. Observó el gesto desconcertado del coronel, las palabras que se quedaron ataradas en un cuello que marcaba los tendones como de toro apunto de iniciar la embestida; palabras que no pudo o quiso pronunciar, para el caso es lo mismo.

Con sigilo, durante el tiempo de los servicios del coronel, V. había buscado de dónde cortar cuando ya no hiciera falta. Le quitaba su pequeña ilusión de poder. Rompía esa cadena que lo ataba a Marcelo. Borraba su influencia. La confusión del coronel estaba en creer tener el mando, no era generador de decisiones.

—¿Alguna duda, coronel?

—No, enterado —respondió con tono seco, golpeó con fuerza los talones, subió el brazo firme, se giró haciendo gala de toda su instrucción castrense, avanzó hacia la salida. Las puertas ya estaban abiertas.

V. volvió a imaginar los gestos, los sonidos, el olor agrio del coronel mientras le escuchaba. Habría que mantenerlo a distancia ahora que perdía piso, que empezaba la deriva. Una distancia que permitiera seguir observándolo. Por el momento no había más que hacer con el coronel; su atención ahora estaba en Marcelo. Ya había pensado cómo lo recibiría: sin palabras, con un solo mensaje; sabía que Marcelo entendería la ausencia del coronel, su “bienvenida”. Una ligera mueca se dibujó en sus labios. Tal vez ahora había encontrado a una persona que entendiera sus órdenes. No, mejor que eso, a una persona que no las quisiera entender, que no tuviera la necesidad de preguntarse por qué o para qué, que ahuyentara la duda.

Ahora me toca hablar a mí. Todo el peso de la historia que pueda contar depende de un solo ojo, del que me permite ver el mundo, el que refleja mi mirada.

He podido ver mi ojo oculto, inservible. En una ocasión, con la ayuda de un médico —oculista les llaman— levantó con una pinza fría el párpado, con cuidado lo recorrió como un pequeño telón, lo mantuvo abierto. La sensación no fue agradable, era remover algo muy íntimo que por años ha estado sin alteración, arisco a cualquier cambio. Con el otro ojo, lloroso por el dolor, puede ver su cara de asco, sólo dijo “qué interesante su pigmentación”. Le pedí que me acercara el espejo para contemplarlo por un momento. Aquel compañero inservible estaba ahí, un humo condensado sobre lo que pudo ser una superficie blanca.

El ojo sin vida, sin apetitito de luz, mostraba un orificio de entrada, oscuro, siniestro, sin final aparente. Me gustó. Le pregunté si era posible dejar el ojo abierto. Dudó un momento y me respondió con otra pregunta “¿Podemos levantar el párpado?”. “Sí, se puede quedar abierto”, respondí. “Pero no tendría la lubricación y su párpado está inmóvil”, me dijo, —todavía recuerdo el olor de su aliento fétido. Su bata rozándome la pierna, demasiado cerca. Me incomodó más su ineptitud de no poder hacer nada por mi compañero que también merece la oportunidad de compartir una mirada.

¡Ay!, las limitaciones de la ciencia, en un mundo que avanza a pasos agigantados en lo tecnológico, que construye ojos electrónicos que graban todo a distancias inimaginables. Esta ciencia no ha podido inventar algo que le permita a mi párpado subir y bajar cual persiana automática, me dejan la opción milenaria del parche. Como si la oscuridad sobre oscuridad fuera una opción. Lo que hay debajo de mi párpado no es un simple vacío, una oscuridad cavernosa que obliga a no ser mostrada. Hay más. Quería que se vieran mis ojos, los colores arbitrarios que me tocaron cuando la oscuridad cede. No importa. De todas formas ya me acostumbré a ver a través de una rendija, de reajo, atendiendo un espacio que se corta.

Tampoco ha sido un impedimento ver a través de un ojo. Con eso me basta para lo que he visto. A veces hubiera preferido tener las dos persianas cerradas y no ver lo que me obligaron. Buscar el parche para el ojo bueno y quedarme sumido en esa oscuridad, llenándola con los colores que más quisiera. Andar por la vida como murciélago, aventando sonidos que rebotan a mi paso, devueltos por un radar interno, esquivando los obstáculos que los días deparan. De

alguna forma lo tengo, por eso estoy aquí contando lo que un ojo pudo ver en estos tiempos convulsos, pero cuáles no lo son.

No quiero iniciar con recuerdos remotos de mi niñez, de la ausencia del padre. De las primeras palizas, las del abuelo que se fue quedando sin fuerzas, las de los escasos niños, pero, sobre todo, las de los borrachos, que en su momento de lucidez que les regalaba el alcohol, eufóricos, buscaban mujeres o lo que encontraran para desfogarse; había que estar listos, rápidos, para evitar esas manos callosas que no volvieron a encontrar trabajo. Fueron los primeros aprendizajes de supervivencia en ese lugar donde no importaba si faltaba alguien, sea niño, mujer o anciano. Los escasos hombres que se habían quedado sin intentar buscarse la vida en el otro lado ya estaban derrotados por el alcohol, una herida de otro momento, inservibles, pero por momentos peligrosos. Ahí aprendí a jamás despreciar o subestimar a nadie, la fuerza del brazo de un borracho contrastaba con la posición desparramada del cuerpo. Es cierto, no duraba mucho, sólo el instante necesario para poder hacer daño.

He aprendido que no se requiere mucho tiempo para dañar a los demás, basta con ese pequeño instante para quitar una vida o prolongar con el dolor una a punto de cesar, exprimiéndole hasta el último de sus temores. Con un ojo es suficiente para apreciar la crueldad que nos rodea, la que traemos adentro como especie que se jode despacito.

No es queja lo que digo, quiero dejar claro que nuestros ojos se acostumbran a lo que ven. Viviendo una vez un suceso extraño, la segunda ocasión que suceda ya no lo es tanto, no importa qué tan repugnante pueda ser, la mirada se acostumbra. Tal vez se quede flotando en las imágenes de nuestra cabeza y vuelva la inoportuna

sensación, pero las siguientes ocasiones el ojo ya sabe lo que verá, ya lo registró. No se puede decir sorprendido. Ha tomado esa imagen, la guardó, ahí estará para acompañarnos.

Como compensación: las imágenes agradables, que también encontramos, pocas pero las hay, las suficientes para transitar por la vida. Lo mejor de los defectos visibles es que los demás —la mayoría— no ocultan su reacción de lástima o rechazo. En la primera mirada te construyen un personaje del cual será difícil escapar. Para mí ha sido algo fundamental para poder avanzar en lo que hago: observar a los demás. Algunas otras cosas han ayudado: obedecer sin preguntar, mi resistencia física, los prolongados silencios. Lo que puede ser un defecto se convierte en virtud en extrañas situaciones. Hablar poco, mirar a medias y escucharlo todo tiene su recompensa en el mundo de la ambición, más si se está dispuesto a hacer lo que parece no tener sentido —como si se necesitara—, se hace y ya. Después que vengan los teóricos y nos expliquen lo que pasó; de todas formas fracasarán. Como en el diagnóstico de que un niño con una sola visión no podría mantener el equilibrio ni podría seguir el ritmo de las palabras. Lo más seguro era que, por no hablar en la edad indicada, cuando todos los demás parloteaban, tampoco escucharía.

La vida está llena de diagnósticos falsos, predicciones hechas por los estándares de la mayoría. La comodidad del pensamiento no arriesga, temeroso de salir a buscar otra explicación que le exigirá una nueva revisión, un esfuerzo no deseado, otra creencia sobre la ya establecida. No, mejor atajos que nos permitan llegar a conclusiones certeras. Qué miedo causan los laberintos del pensamiento.

Me llamo Marcelo; importa poco de dónde vengo; lo que hice en estos años fue sobrevivir, adaptarme a entornos distintos con personas que en apariencia diferían, pero que buscaban lo mismo: mandar sobre otros, imponer su voluntad, por el motivo que fuera: educarte, formarte, adiestrarte, obtener algo. Siempre hay una justificación para mandar sobre otro, aduciendo una bondad inexistente, velando por su bien o el de otros. No importa la mentira que se cuente, para quién la ejerce se vuelve una verdad, porosa, pero su verdad.

Salí de un lugar que sólo habita en mis sueños, recuerdos resbalosos en mis vigiliass y convalecencias. Un lugar oculto en los sótanos de la memoria, sin imágenes claras; la sensación de que hubo algo antes de llegar a la academia bajo las órdenes de un coronel. Aquella figura que me encontró y adiestró de la manera más básica, a través del hambre y el miedo. Se instaló en mi vida como una segunda piel. Después de un tiempo esa piel te ayuda a resistirlo todo —o casi todo—. No era el mejor, pero sí el más resistente y eso, lo entendí años después, tiene un valor en el mercado —palabras de uno de los asesores.

Me fue moldeando, día a día, mes tras mes, que se volvieron años, dilatados, repetitivos, hasta que el coronel perdió su dominio. Llegaron otros sin rango, los hijos de otros que sí lo tenían. Los *hijos de* que no supieron cultivar un nombre propio, siempre a la sombra de la influencia de los padres, de sus recursos, un apéndice mal llevado de la vida de otros. Rémoras que no saben hacer otra cosa más que joder lo que hay. Sin salir de su cápsula destruyen como si revivieran sus juegos de videos, sentados comiendo una bolsa de chips, volando por los aires la vida de otros en el mundo virtual y el real. Pequeños reyezuelos de otros tiempos, caprichosos, berrinchudos.

Teniendo que ir a otro sitio después de chingarse el primero y así sucesivamente, hasta que el progenitor pierde su influencia y lo mandan a lamerse las heridas, contar la fortuna amasada y quejarse de la ingratitud de los que exprimió, de ese pueblo ignorante, amen de la traición del sucesor.

Todo esto yo no lo entendía en los primeros años, donde mi ojo lo que veía era una rutina inamovible, donde se le decía lo que hay que ver y cómo verlo. Disciplinado, no intentaba mirar hacia otro lado. El coronel cumplió su papel, al igual que nosotros —los miembros de su academia—, máquinas para recibir órdenes —siempre hay un superior—. Acatamos lo que se nos pidió, fungir de guaruras, chóferes, vigilantes, mandaderos, golpeadores. La disciplina de antaño se fue relajando. Llegaron los pagos, las fiestas, las mujeres, la droga. Las golosinas que se nos habían negado por años durante el encierro, un día estuvieron ante nosotros. Acatábamos cualquier deseo de quien tuviera nuestras correas a su mando. Nos lanzaban pequeñas migajas, nuevos sabores que esperábamos como placer instantáneo que nos habían extirpado en la academia.

Los *hijos de* nos usaban como extensiones de sus juegos de video; éramos una novedad, juguetes de carne y hueso para sus torcidas cabezas, para sus complejos de césares romanos que experimentaban coliseos mal adaptados. La sangre les excitaba más que las mujeres compradas, pequeños sanguinarios que lloraban ante las cachetadas de sus padres, fantaseando con verlos bajo nuestros puños. Ahí, en esos juegos, fui dejando movilidad. Inservible para la diversión de los *hijos de* me relegaron, me guardaron.

Te vuelves un lastre; has visto, escuchado demasiado; eso siempre lo consideran un peligro. No duró mucho mi aislamiento.

Llegaron nuevos *hijos de*, otro grupo que prometió limpiar al que acaban de sacar de los centros de poder —es un decir porque nunca se van, se adaptan a su nuevo rol de oposición—. Nuevo en apariencia para los incrédulos. Expectativas que nunca se cumplen, sólo un cambio aparente, momentáneo, por el deseo de creer. Los que llegan desconfían de los que estaban. Un buen momento para perder las miradas de otros.

La visión de negocio ayudó a dejarnos fuera a los inservibles. La mayoría ya se había marchado. Cegados por su victoria, abrieron las puertas de la desbandada. Iban por los papás de los *hijos de*, palabras y más palabras. Pequeños ajustes de cuentas en la trama. Apariencias. Por algo habían ganado la puesta en escena de esas historias de un cambio.

Nada se mueve más abajo; en el fango, la tierra vuelve a asentarse, lo recubre todo. Lo sabían desde antes de llegar. No importaba, lo que interesaba era el negocio, para eso habían llegado, para aprovechar el momento, ese instante de aparentes salvadores de patrias marchitas. Lo cumplieron a cabalidad.

Años en los que vagué, en los que mi apariencia me permitió servir de cadenero en antros, algún colega de la academia me lograba contactar para trabajos efímeros hasta que se presentó la oportunidad de ese viaje al país del que no sabía nada, el que me guardó en silencio unos años, el que recelaba de mi presencia pero por cortesía me toleraba. Ese lugar de calles bien trazadas, adonde fui a hacer el trabajo que ya no se quiere, otras migajas. En donde te vuelves invisible para los demás. No me importaba, estaba entrenado para ello. Fueron buenos años, dejaron descansar a mi ojo. En sus vigiliass pudo entender los cambios de estaciones, esos colores cobrizos que

preceden la ligereza de los copos de nieve. Las noches permanentes engañadas por un gris pálido que regalan un reflejo de luz. El frío abrasador como después lo será el calor. Otras imágenes para mi ojo: un recuerdo que ahora me parece lejano, metido junto con los otros, la imagen clara de Henriette, la niña con quien mi ojo se relajó, al cual le enseñó otra mirada. Por lo que había vivido, jamás pensé que podría mirar de otra forma. Henriette me regaló algo que creí perdido o negado por ser una criatura de un solo ojo, ciclope moderno con el que habían jugado y al que siguen utilizando.

Hablar en presente del pasado lo hago porque los recuerdos se viven en el presente, se traen de donde los dejas, algunos bien claros, a otros hay que quitarles el polvo, agregarles una pieza, inventar algo para llenarlos, lo importante es que parezca coherente lo que se dice. Y si no qué más da.

Ya hablé un poco de mí. Que me describan otros; lo más importante ya lo dije, tengo un ojo sano y las palabras se me dan poco. Mi oído se ha ido adaptando, es lento en comparación con las imágenes que capta mi ojo. No importa, oídos y ojo saben trabajar en equipo, ninguno busca la medalla de oro por su cuenta, se apoyan, se respetan.

Como les decía, llegué a un país del que nada sabía, pequeña broma del destino. Algún *hijo de* se llevó a otro de los compañeros de la academia, regresó por algunas de sus pertenencias, lo encontré en uno de los antros donde me ganaba la vida espantando jóvenes borrachos; me dijo que les faltaba otro cuidador, que como era de la academia seguro les interesaría. Así fue. Me pagaron vuelo y primeras semanas de estancia. Después desaparecieron, con lo que traían puesto. Ahí me quedé una temporada, haciendo los trabajos

manuales que nadie quiere, resistiendo las miradas de desconfianza, los prejuicios colectivos que se siguen unos tras otros cual fichas de domino al caer.

Los contactos de los *hijos de* me dejaron una visa con la cual pude trabajar. En una de sus fiestas, casi antes de que se fueran, conocí a la mamá de Henriette; necesitaba un chofer y me asignaron a ella. Fue un tiempo en que casi logré olvidar todo por lo que había pasado antes. Con ella mantenía una relación distante, lográbamos comunicarnos con frases breves, pero nunca tuvimos una conversación. Me sentía a gusto, no recelaba de mi presencia, no había que explicarle qué había hecho.

La mamá de Henriette no salía mucho, me encargaba llevar y recoger a la niña. Conducir con un ojo puede ser complicado al principio, pero te acostumbras. La primera vez que me vio Henriette, ella no disimuló su mirada, revisaba con detalle mis rasgos, el ojo insertible escondido por el párpado caído, la nariz desviada, los pómulos salidos, mi cara larga de indio del país vecino —con el que me llegaron a confundir—. “Pareces uno de mi monstruos”, me dijo con su voz clara, sin dejar de mirarme ahora las manos, mis dos mazos torpes. “¿Por qué no abres el ojo?, ¿te duele?”. No esperó las respuestas, le llegarían en otra ocasión. “Yo no le tengo miedo a los monstruos, me gustan”, me decía. Por momentos se quedaba callada, eso fue al principio, miraba por la ventana sentada en su asiento para niños en la parte de atrás del coche. A veces la descubría viéndome por el retrovisor. Cuando se metía en sus silencios, su expresión era la de una persona mayor, inteligente, perdida en sus pensamientos. Cuando hacía buen tiempo, la llevaba al parque, jugaba un rato con los niños, después venía a verme para preguntarme

cuándo duermen los vampiros, cómo vuelan, cómo nacen, qué ven. Preguntas y respuestas que se entrelazaban. Le gustaba estar el mayor tiempo posible en la biblioteca, me enseñaba las fotos de esos mamíferos con cara de ratón y nariz aplastada, ni qué decir de sus orejas de puntiagudas, “Son sus radares”, me explicó, “Lanzan el sonido y les rebota; así pueden comer y no chocar, ¿no es maravilloso?”, me decía. A mí me sorprendió esa curiosidad. En la academia no podías vivir con curiosidad, trabajando para los *hijos de* era un riesgo. Me adiestraron a reprimirla, lo consiguieron.

Henriette es menuda, de piel blanca, de ojos claros que cambian sus tonos, unas pecas doradas le cubren el puente de una nariz que apunta hacia arriba. Cuando ríe, sus dientes desiguales de enfrente siguen un camino que les empiezan a enderezar, uno avanza más rápido que el otro. Sus manos son delgadas, pálidas. Viste pantalón la mayoría del tiempo, su pelo es rubio y revuelto, lo quita con desesperación cuando le pica los ojos. Recolecta lo que puede cuando vamos al parque: piedras, ramas, hojas, lo que encuentre a su paso; lo guarda en una de sus bolsas y dice que es para su casa, que no se lo diga a su mamá porque lo tira. Hace colecciones, me explica, además de inventos como una casa para los pájaros o mejor aún para los murciélagos. Hemos ido al Zoo para verlos, pero quiere ir a su verdadera casa, no en vitrinas o disecados. “Así no vale”, dice. Estuve en alguno de sus cumpleaños, claro, no como invitado, sino ayudando. No se le veía emocionada como cuando habla de vampiros. Apagó las velas, jugó con los pocos niños que fueron, comió el pastel con la figura de una caricatura. Cumplió, como después me dijo: “A mamá le interesa esto y lo hago, no conozco a los niños que vienen, además hablan y se visten como sus papás. Juegan todo el tiempo

con sus videojuegos o celulares y, lo que es peor, no les interesan los vampiros ni los monstruos”. Se encogía de hombros y regresaba a su papel de anfitriona. Henriette también vive su propia academia, su adiestramiento, con otra figura que cumple el rol de coronel, sólo que es más inteligente que nosotros, los que estuvimos ahí. Ella, estoy seguro, podrá salir sin mayores daños, consecuencias de ese papel que le asignaron.

Fueron buenos momentos los que me compartió esa niña. Su curiosidad, su imaginación, sus prolongados silencios. Casi creí que eso era la felicidad: la aparente calma que nos hace reaccionar de otra forma. Mi ojo se adormeció ante lo que veía, en su ensoñación dejó de percibir los riegos que vendrían. Todo era demasiado fácil y estaba acostumbrado a la adversidad, a la supervivencia. No es que yo hubiera escogido o deseado esa vida, fue la suerte o el azar los que me pusieron en ese camino. Por eso la calma vivida con Henriette se tenía que acabar. Nada es eterno. Lo que no sabía era que mis acciones pasadas no habían terminado, que mi relación con el coronel, la academia y el mundo de los *hijos de* no había concluido, que seguía siendo para ellos una pieza más, un objeto al cual regresar de los escombros. En algún momento dije que me entrené para la resistencia física, pero la resistencia no es voluntad y estaba en ese sitio no por una decisión propia, consciente, deseada, sino, como tantas veces en mi vida, llevado por la caprichosa fortuna. Dando tumbos de un lado para otro. No había asidero ni faro que me indicara un destino, el punto por donde caminar sin perderme en la bruma de los deseos de otros. Moldearon mi vida a su antojo, claro que lo permití. Cuando piensas que un lugar como la academia es lo mejor que te ha pasado en la vida porque tienes

comida y techo, estás más ciego que con dos ojos inservibles. Ver hacia fuera no implica que conozcas los escondrijos internos de las emociones o los pensamientos. Lo que llegaba a observar con detenimiento en los otros no lo ejercitaba conmigo, me abandoné a mi destino a creerme el rol que me asignaron mis alimentadores. Hasta el peor de los infiernos, por conocido, se vuelve tu casa, dice el dicho, y otro más dice que más vale malo por conocido que bueno por conocer.

A ese lugar donde no era nadie, donde permanecía invisible ante las miradas de los otros por mi defecto, regresaba con gusto, esperando la siguiente orden, el siguiente plato de avena fría o las migajas de una fiesta de tres días. Cuando me buscó el coronel para regresar, no opuse resistencia, el sueño se había cumplido, la espera había terminado. Me necesitaban, el mismísimo coronel había venido por mí, entre muchos otros me elegía para seguir a su lado. La distancia aparente era una máscara, sería un simple instante en mi memoria, intrascendente, donde purgaba las alcantarillas de la ciudad con calles bien trazadas, donde en esos túneles de desperdicios habitan igual que en otros lados los desechos de cada uno, jaurías de ratas que al menor descuido te pueden devorar. Esas ciudades no son tan diferentes como aparentan. Tal vez otros temperamentos, con esos climas sería difícil que no los hubiera, pero la barbarie milenaria que nos habita como especie sigue tan viva ahí como de donde vengo.

Ahí estaba el coronel, con su semblante rígido, la piel curtidada, la voz estentórea, los ojos —ese par de rendijas que ocultan la mirada—, buscándome, siguiendo mis pasos para regalarme una misión. Ahí estaba yo, adiestrado por años, esperando esa orden. Cumplimos el ritual. Él, con su autoridad sobre mí, mejor dicho, con

su influencia, su poder hacia mi persona; yo, liberado de la responsabilidad de decidir, esperando esas indicaciones. Algún quisquilloso dirá que eso implica decisión, que siempre está la opción de decir no. Desde la seguridad de nuestros pensamientos todo se ve más fácil, más si uno no es el implicado. Ahí está el secreto de quien ve a la distancia, puede apreciar esos rasgos con la frialdad de quien no se está involucrado, los mundos de los otros jamás serán los nuestros, sus penas, sus dolores, sus delirios nos llegan fríos, neutros, listos para ser analizados, sin la incomodidad de padecerlos. Sólo quien padece al poderoso sabe de lo que estoy hablando, que esa aparente decisión de decirle sí o no a esa voluntad aplastante es una falacia.

El poder juega con nuestra fragilidad —ser resistente no implica que no te quiebres—, la moldea, le regala una ilusión de permanencia, de seguridad. No queremos que de donde viene esa voluntad —que nos indica lo que se puede o no se puede hacer— se parezca a nosotros, a nuestras carencias, a nuestras limitaciones, que refleje nuestros miedos y lo que somos como especie. Sino fuera así, ¿por qué hacer lo divino, por que dotarlo de leyes —contratos— que intentan regular, sublimar el desorden en el que vivimos? La ilusión que nos brinda el poder no es diferente de la que nos dan los héroes que construimos, aquellos que hacen lo que no podemos los demás. Dispuestos estamos a ponerlos en un pedestal, hacerlos inalcanzables, otra especie a la que de muy lejos nos parecemos porque tienen extremidades como nosotros, una nariz, una boca, dos ojos, de vez en cuando sangran. Esos espejos nuestros hacen cosas extraordinarias lo que no podemos hacer los demás. Borrarnos sus carencias, miedos, limitaciones, contradicciones. No importa en qué situación los coloquemos, salen victoriosos; sus fracasos los

convertimos en triunfos aparentes; no queremos que fracasen como los demás; eso no le pasa a los héroes; los immortalizamos en mausoleos; los agigantamos con estatuas; les damos dimensiones físicas superiores a las nuestras para que no se nos olvide que jamás perteneceremos al mundo que habitaron; les regalamos vidas que no son nuestras. Hambrientos de ese lugar al que no llegaremos les construimos sus historias épicas, salpicadas con alguna que otra cercanía con nosotros para volverlos a alejar, para darnos la tranquilidad de que no seremos como ellos. Si logramos construir héroes, ¿por qué no regalarnos el juego del poder? donde gana quien más voluntades someta a las buenas o a las malas. El poder no fue creado por reflexiones filosóficas. Al poder —me consta por un solo ojo— no le quitan el sueño los dilemas éticos. De eso sí podemos estar seguros.

El coronel me llevó de regreso, sin resistencia, con una sola orden estaba listo para volver a empezar en lo que quisiera. Estuve llevando y trayendo paquetes, contenían información sobre personas, fotos, videos, grabaciones telefónicas, una intimidad que dejó de serla cuando entraron al mundo de la lucha del poder. Voces, imágenes recientes o de otro tiempo, obtenidas en un gran mercado, puestas a disposición por otros que ni siquiera conocen a quien venden, no les interesa, saben que eso vale algo porque está dentro de la clandestinidad. Hay de todo, las típicas infidelidades, las ejecuciones, las perversiones sexuales con niños o animales. Voces que no ocultan intenciones, que no se presentan al teatro del poder con los tonos amables, sino que expresan su ambición sin cortapisa. Imágenes de un pasado, robadas a la juventud, experiencias anteriores que sirven de chantaje para cobrar pagos del que ya no quiere ser lo que fue. Están ahí para recordárselo.

“Información es poder”, repiten los políticos en turno. No importa si es en las alturas de palacio o en la oficina de un modesto secretario particular. El valor de esa información está en que el poderoso busca quién la obtenga. En su dualidad cree que no se mancha las manos al comprarla. Su intención de ganar es lo que cuenta. Los buenos coleccionistas, los acaparadores compran todo lo que pueden, de todos lados, dicen que no se sabe cuándo se puede llegar a utilizar. Juegan con el desconocimiento de quien lo ofrece; muchas veces no saben nada sobre el personaje, uno del montón, con eso se abaratan costos.

Quien mandaba al coronel sabía lo que compraba. También pueden existir montajes, información falsa que no sirve a la larga, es un *bumerang*. Se diluye con otra nueva información, otro chantaje. Se vuelve poco necesaria en los pasados que todos llevamos arrastrando, con historias inconsistentes, desdoblado personajes de los cuales nos arrepentimos al paso de los años. Al principio pagaba o llevaba los paquete a nombre del coronel. No los revisaba; no me interesaba lo que tenían. Cumplía la orden. Después, el coronel empezó abrir los paquete en mi presencia; me pedía que observara, que me detuviera en los detalles, el color de la ropa, un gesto, los tonos en la voz. Mi ojo se fue acostumbrando al sufrimiento ajeno, a los desfuegos momentáneos, a la frialdad de los asesinos. Insensible, describía de forma mecánica los sucesos, se los repetía al coronel. Si había algo que se le había escapado lo registraba. “Tres ojos ven mejor que dos”, me decía. En mi defecto llevaba mi utilidad, eso era todo lo que me importaba. Las imágenes, las voces, las caras me eran ajenas, películas de otros, sufrimientos distantes, que siempre los hay. No estaba ahí para salvar a nadie. Que eso destruía reputaciones,

no era mi asunto. Ese rol lo jugaban los medios a quienes se entregaba la información para ampliarla, repetirla el tiempo suficiente para lograr lo que se buscaba: sacar a un adversario del juego del poder. Mi ojo, lo que veía, no era responsable de lo demás. Se quedó con muchas imágenes, más de las que salieron en los periódicos, la televisión o las que vuelan al instante en internet.

El miedo cumple un papel fundamental; sin él, el valor de esa información sería nulo. Es ocultar algo que se hizo y no quieren que se sepa, así de sencilla es la relación. Ir tapando mientras se va ascendiendo. Cuando sale el pasado, buscar que impacte menos si es irremediable, como un cohete de pólvora mojada que no logra explotar. Algunos poderosos son tan hábiles que lo logran porque a veces se nos olvida que hay personas que en las esferas del poder piensan, calculan, evalúan su entorno, conocen los riesgos. Hay quien sabe qué hacer con esta información y hay otros que no conocen las entrañas de lo que habitan y terminan siendo devorados, sin pena ni gloria, flores de un solo día, famas pasajeras, para ellos y los suyos.

El poder, cual figura mitológica, no tiene empacho en comerse a sus propios hijos; no tiene sentimientos, a menos que se quiera creer que la ambición lo es.

Después de revisar algunos de los paquetes, el coronel me pidió que lo acompañara a trasladar otro paquete, “Pero éste es más grande”, me dijo, y ahí tenemos que ser muy rápidos, si no queremos que nuestro recuerdo lo grabe algún hijo de la chingada. Paradojas que te trae la fortuna, éramos espectadores a punto de meternos en el mundo de las imágenes. Lo sabíamos y ahí fuimos a acatar otra orden, a sembrar en otro lado un cuerpo abandonado, trama de la que no estábamos enterados; mejor, así dejás el bulto

sin ningún remordimiento, hasta piensas que le haces un favor. Pero lo que se piense en ese momento no siempre se corresponde con lo que se siente y lo que se guarda en la cabeza, listo para salir en los incómodos sueños, la mirada abierta del tipo que fue, los fragmentos de esa escena. Lo peor no es la imagen, sino la voz y las palabras que puedan salir de esa boca. Creo que ese evento torció al coronel. Tuvimos que hacer el trabajo de filmar, llevar, traer; dejamos nuestro rol de simples mandaderos.

Esa madrugada, después de mover el cuerpo, conocí de dónde recibía las órdenes el coronel: para su desgracia, de otro civil diferente a los *hijos de*. Esta persona tiene claro lo que busca, avanza hacia sus objetivos sin demora. Ejerce su poder con voz suave, pausada. Un rostro difícil de recordar sino fuera por esas espesas cejas que le cubren más allá de los ojos, los ocultan ante la mirada del interlocutor en turno. Un rostro que guarda sombras y convive con una piel lustrosa que no deja de supurar, como una herida que se niega a cerrar. Después de la desaparición del coronel, de esa figura de apariencia vulnerable obtuve mis órdenes. Un nuevo amo llegó. Mi ojo se acostumbro rápido a los nuevos deseos de otro, lo instruyó en lo que debía ver. Una ambición que no conocía se despertó en mí. De una u otra forma esperamos a que el juego del poder nos llegue. No importa si lo sabes o no. Ahí está oculta esa espera bajo la capa de la indiferencia o el rechazo. Basta un momento para removerla y que aflore una de nuestras verdaderas esencias, la búsqueda del poder. No fue inmediata mi presencia a su lado. Primero hizo las pruebas que creía le daban confianza sobre mi lealtad. Me dejó sin órdenes un tiempo, me quitó al coronel como figura a la cual obedecer y después envió su mensaje, una paliza y una nota escueta: “Si quieres

comer ya sabes a dónde ir”, seguida de una dirección. Sin reponerme del todo, fui al lugar, más con hambre que con deseos de ser útil.

Llegué a ese edificio viejo, gris, una mole de hormigón de varios pisos. El nuevo amo me esperaba en ese cuarto de penumbras, inclinado hacia la única luz, revisando papeles, haciendo llamadas, dando órdenes. Era una máquina de dar órdenes, las producía en serie, precisas, sin desperdiciar tiempo o saliva. Hablaba por teléfono mientras revisaba algunos papeles; veía en su pantalla imágenes, videos, fotos —que llevamos en otro momento el coronel y yo—. Le indicaba a la persona de turno que agregara párrafos, quitara otros. No se le percibía agobiado, por el contrario, sabía para quién iba dirigida cada indicación. Del tono de su voz sin inflexión salían las órdenes, llegaban sin resistencia a su destinatario. Así estuvo unos minutos hasta que me tocó la mía: “Marcelo, siéntate ahí en lo que termino”, lo dijo sin levantar la mirada. Sentí como si me hubiera escrutado ese sonido, como si percibiera cada uno de mis gestos, de mis dudas, de mi dolor, de la incertidumbre de estar parado ahí, sin saber por qué, como si supiera las preguntas que no van salir nunca de mi boca. Me senté donde indicó, un par de sillones frente a una mesa baja llena de papeles, libros, fotos de políticos en campaña. Las personas que llegaban a verlo iban nerviosas, algunas enojadas, otras lloraban delante de él. El tenía para todos algún gesto, palabra o silencio. Les aliviaba recibir esa dirección. Al igual que yo iban por una orden aunque pareciera queja. Salían satisfechos, con su logro en el bolsillo, listos para acatar la nueva encomienda. Los minutos iniciales que lo observé se volvieron horas, pero no estoy seguro del tiempo, pues en la dinámica del poder el tiempo corre de otra forma. Hoy fue ayer. Lo que está por decirse ya no será, y lo que se sucederá

ya está sucediendo. Hay algo aleatorio, azaroso en cada movimiento de precisión, él lo sabía. Entendía los caprichos de la fortuna más que todos los que estábamos a su alrededor, no se detenía en ello. Fracasaba una y otra vez, fracasaba bien. Se le torcían las órdenes, exhalaba cuando le informaban que el resultado no era el esperado. No se lamentaba, regresaba, igual, a dar otra orden, a sacar una nueva decisión sobre la anterior. No importaba cuántas veces fracasara, ahí estaba esa máquina para diseñar y mandar. No buscaba cambiar el azar, su función era mandar a su alrededor, mandar para otros. Lo que hicimos el coronel y yo de llevar y traer paquetes con información sobre otros es un ínfima parte de todo ese cuerpo; una partícula pequeña que por si sola no sirve para nada, pero colocada en el lugar preciso acaba con la vida política de otros.

Qué nombre le puedo dar a ese ser que parecía no dormir, que se amanecía con la misma energía del día anterior, que encontraba en el laberinto de papeles y libros las palabras que le faltaban, que ayudaba a sus reflexiones que pocas veces decía en voz alta. Ahora no sirve un nombre, pues eran varios a la vez, dentro de ese ser, no muy alto —no puedo hablar con certeza, pocas veces lo vi de pie—, siempre en movimiento, dejando una estela de órdenes a su paso. El único recuerdo preciso que mantengo es la piel lustrosa y las cejas espesas que cambiaban de lugar, avanzando como pequeños azotadores de un lado a otro. Lo más seguro es que no sea el verdadero. Conocía el arte de cambiar de personajes. Sus deseos los acompañaba algunas veces de actuaciones como la del suplicante, el tirano, el autoritario, el mediador. Jugaba con esas mascararas, se acoplaba a ellas, sin esfuerzo, salía y entraba en los personajes. Me cuesta buscar en mi memoria y saber con precisión cual de todos fue el que

me recibió ese día. Algo en ese travestismo me fascinó, ya que el tiempo se me acortó.

Ahora, tanto tiempo después, entiendo que me llevó ahí para que lo observará con mi único ojo. Me lo dijo después: “Tu mirada es más precisa, no compite con otra para reflejar las imágenes”. Como en los demás, buscó en mí lo único que consideraba valioso. Mi mirada, que para muchos era enferma, para él era precisa. Ahí estaba otra de sus habilidades. Mientras la mayoría veía pérdidas y desperdicios, él encontraba una utilidad en los demás que ni el portador conocía. Con eso compraba más lealtades que los recursos a su alrededor. Desde antes de que yo llegara a esa reunión, él me tenía a su merced por el hecho de darme un valor. Claro, respondía a su interés, a sus deseos, pero eso lo entendí muy tarde, cuando ya me había entregado a sus humores, a sus órdenes.

En esa época no conocía el valor de mi mirada, había vivido con la pérdida, con la incomodidad que produce el no tener lo que la mayoría tiene. Él, con su arte de las mil máscaras, me construyó un personaje, su personaje, otro más de sus muñecos para sus fines. Desde que llegué, estuve con él casi todo el tiempo que duró mi presencia. Ese cuarto aislado, revisado dos veces por día para evitar micrófonos, grabaciones no deseadas que sabía de antemano que las habría. Las ventanas tapadas, gruesas cortinas las cubrían para dar la sensación de que al correrlas la luz iluminaría la penumbra.

Es cierto que el tiempo va de otra manera en las entrañas del juego del poder. Sabía de antemano muchas batallas perdidas, esas que los demás viven como si fuera la última, con el premio de confundirse con ella. “Aquí el secreto es no quebrarse”, me dijo como si rumiara las palabras. Pocos, en verdad pocos comprenden

las entrañas de este juego. Tienen la vocación de pasar los días con la derrota en la bolsa. La mayoría busca el reflector, ese reconocimiento perdido que confunden con el aplauso automático de auditorios entrenados para vitorear a quien se les ponga enfrente. A algunos la fortuna los puso ahí, el azar pasó por ellos sin explicarles nada, como un capricho de mostrar que el universo se rige por un caos que los obsesivos buscan ordenar. Otros aprendían rápido su nuevo papel, traían en ellos esa vocación para esos mundos, ya estaba ahí incluso mucho antes de que se les regalará la conciencia. Los habitaba y se expresaba de otras formas. Hay los que se lamentan el resto de su vida, les rompió sus nervios, su equilibrio. No es un juego divino a diferencia de lo que pueden pensar algunos, es un juego de mujeres y hombres, creado por ellos, las reglas iniciales permanecen con independencia del orden que se les quiera dar. Es simple, algunos imponen su voluntad y otros la obedecen. A ese pequeño grupo se le ha reconocido a lo largo del tiempo esa función. No importa si son reyes, ministros o presidentes, si cambian cada cuatro años o si mueren en su trono. Perecederos son los actores, el juego permanece con una tensión entre violencia y seducción de voluntades. Terso o áspero, el camino implica un grado de coerción que la mayoría acepta sin cuestionar.

Desde ese rincón seguí observando al ser engañoso que me sedujo; parecía un pulpo que desdoblaba sin gracia sus tentáculos de un lado a otro, sin estructura ósea que lo asiera al piso, flotaba, se amoldaba y escurría sobre esa tarea de maquinara y dar órdenes. Su piel me pareció más lustrosa, cambiando de un verde pálido a un rosa mármol. Sus cejas, que en un principio cubrían su mirada, en el trayecto fueron perdiendo espesor. Su cabeza se agrandaba.

Lo que viera de él le tenía sin cuidado. Mi ojo, mi fiel compañero, como tantas otras veces, me regalaba imágenes incorrectas, filtradas, que se perdían en mi marchita imaginación, él lo sabía y con más gusto se empleaba en esa tarea. Mi ojo era el suyo después de un tiempo, una extensión, un repuesto a esa mirada atareada. Tampoco es que fuera único —como me hizo creer al principio—, buscaba miradas ajenas, sin contaminación inicial, no importaban los sesgos que tuvieran, lo que obtenía en un inicio era una mirada de un observador alejado de esas esferas. Le servía poco tiempo esa inocencia, siempre conseguía tener sustituto del observador en turno. Afanoso, buscaba la primera imagen, la que no lleva filtros, donde el piso es el techo, los pies la cabeza, arriba es abajo. Los colores vendrían después. Quería la imagen en bruto, los trazos, la posición inicial. Por eso hubo daltónicos en mi lugar —que nunca lo fui—, ciegos, que imaginaron ver, su eterna oscuridad a su servicio. Para él no existía desperdicio. Miopes que lo distorsionaban todo ofreciendo manchas cual cuadro impresionista mal pintado. “¿No dicen que el amor entra por los ojos?”, me dijo con esa voz apagada ya en su personaje humano, con sus brazos en su lugar, la piel que lo recorría todo de tonos cambiantes por la escasa luz, sus cejas espesas, un cabello que no terminaba de entender si estaba peinado o era la extensión de una calva prominente. “Si pudiera entender el lenguaje de los animales, estarían aquí prestándome su mirada, ¿me entiendes?”, fue lo último que escuché de esa voz que me recorría ya sin sonido, filtrándose en mi ojo con intensos cambios de luz, de colores cambiantes, de piezas que se arman y desarman al movimiento, figuras vaporosas que cambian al capricho del viento. Todo llegó de golpe sin darme tiempo de acomodar siluetas,

cuerpos, imágenes; todo se fundió en ese último destello que precede a esta espesa oscuridad. Lo agradezco. Por fin mi ojo descansa.

—Doctor, ¿es usted el que aparece en la fotografía? —Minna le acercó la imagen, la arrastró sobre la mesa hasta dejarla casi en sus manos.

—No lo sé —dijo Edmundo—, tal vez. No estoy seguro, eso fue hace mucho tiempo. El suficiente para que la frágil memoria se vaya desmoronando —Edmundo no tocó la fotografía, la observaba a distancia.

—Pero usted lo conocía, fueron compañeros —Insistió Minna. Esperaba otra reacción de Edmundo, negarse o aceptar. No la ambigüedad del “no sé”.

—Si se refiere al Ex, lo traté poco porque él iba una generación anterior a la mía. Pero en ese tiempo éramos un puñado de estudiantes, así que casi todos nos conocíamos —Edmundo se acomodó

en su silla. Habían quedado de verse en una cafetería cerca de la Universidad. Después de varias evasivas aceptó la entrevista. Le resultaba extraño que alguien lo buscara para saber sobre su pasado.

—¿Quiénes estaban en esa reunión? ¿Eran frecuentes sus reuniones? —preguntó Minna con tono cansado. Tomó su libreta, destapó su pluma fuente, esperando una respuesta que le permitiera armar una historia que no le interesaba. Lo hacía por inercia. Después de la muerte de Frank, le daba igual si el que estaba frente a ella era Edmundo o Cleopatra— ¿Sabe que esta foto saldrá en los medios en cualquier momento? Esta plática es una oportunidad para aclarar el asunto antes de que reviente. Ya sabe cómo son los medios, van buscando escándalos —Edmundo bebió un sorbo de su café, los pesados lentes se le recorrieron a la punta de la nariz. Sus ojos saltones no mostraban asombro por lo que acaba de comentar Minna. Por primera vez la observó. Era una mujer que empezaba a transformar su atractivo, una fruta que entraba a la madurez, su cara con las líneas de expresión marcadas. Le gustaba su voz, grave, profunda.

—¿Y eso tiene importancia? —dijo Edmundo, mientras empujaba más sus ojos, el fondo de botella de sus micas gruesas los alejaban —¿Qué importa si soy ese que está aquí? —señaló con sus dedos cortos el cuerpo frágil de uno de los captados en la fotografía—, son mis lentes, pero cualquiera en esa noche los pudo usar. Lo único que recuerdo, en medio de fragmentos, es que esa tarde, porque todo empezó en una comida, bebí mucho. Era la segunda vez que tomaba alcohol; había de todo, pero me aficioné por el anís con ese dulce sabor traicionero. Después no recuerdo más. Al día siguiente, entre la resaca y la vergüenza, quise olvidar todo. Algunos

de los que fuimos a esa reunión en los días siguientes nos evitábamos. Nosotros borramos ese suceso. Supongo que alguien llevó la cámara e hizo las fotos para guardarlas cuarenta años. Eso me parece absurdo. La vida esta llena de absurdos —Edmundo sintió el cansancio de no dormir la noche anterior, ahora que estaba frente a Minna se le había quitado la aprensión y la duda si era buena idea ir y hablar de algo de lo que no estaba seguro. En ese momento, al recordar esas vivencias, sentía una calma añeja como la que le daban sus horas de lectura, sin prisas, las reflexiones que le regalaban las palabras. A estas alturas de su existencia su fracaso de leer más allá de las palabras lo asumía sin la aprensión de otros tiempos.

—¿Cómo era el Ex en ese tiempo? —Minna seguía sin escribir una palabra, la pluma amenazante sobre el papel.

—Como cualquier joven político con ambición —respondió Edmundo—. No entiendo, y llevo varios años estudiándolos, por qué a la mayoría se les hacen tan extraños los políticos. Hablan de ellos como si vinieran de otro planeta, tal vez sea nuestro puritanismo de asociar al poder con algo perverso y ver como un descaro de los políticos mostrar su ambición por el poder, lo cual de una u otra forma está dentro de cualquier comunidad. No importa de cuál formación ideológica provengan, quienes participan en este juego quieren ganar y mantenerse en el poder con la justificación que quieran, socialismo, capitalismo, liberalismo y todos los ismos que guste agregar. Ahí están, los políticos, los que ambicionan el poder no van a desaparecer por otro escándalo como éste. Ustedes —continuo Edmundo subiendo un poco la voz—, los medios, viven de esta relación con el poder, no son ajenos a sus comportamientos. Son parte del juego. Usted vino a buscar un pasado muy lejano,

suponiendo que esta imagen guarda una información importante. En el mejor de los casos es un grupo de jóvenes borrachos que experimentó un deseo. No hay muertos, no hay tortura. No sé si esta foto pueda competir con los escándalos de la actualidad, más allá de que el Ex se presente una y otra vez a las elecciones. Disculpe mi discurso moralista. Usted venía por la nota. Lo que le puedo ofrecer es una memoria perezosa, inconsistente, que acomoda en beneficio propio los acontecimientos pasados y que, por mucho que se esfuerce, sólo recuerda de aquel lejano día el sabor dulce del anís, la pesadez del cuerpo y el malestar de un par de días que a la fecha me impide oler esa bebida.

Minna permaneció callada, se acomodó el pelo y cerró la pluma. Dejó la libreta abierta sobre la mesa. Dudó un instante en guardar la foto. El lugar se empezó a llenar de estudiantes ruidosos, despreocupados, indiferentes a Minna y Edmundo. Minna se veía a través de Edmundo. Había pasado el tiempo suficiente para estar más lejos de los deseos de esos jóvenes que de los de Edmundo. Seguía sentada, cumpliendo una tarea que ya no era de ella, para otros, por miedo de intentar algo más. A su edad se sentía inútil. Creía que por conseguir esa entrevista se aclararía su desconcierto de salir de *La Tercera Página*. Que la búsqueda insistente de las semanas pasadas de esa entrevista, por el simple hecho de insistir, lograrían descubrir algo importante. Minna entendió que le faltaba un camino largo para entenderse con el fracaso. Miró una vez más la foto, la dobló por la mitad y la rasgó.

—Gracias, doctor, por su tiempo —dijo Minna.

El mejor momento para sentir un poco de alivio son las horas previas al amanecer. Ahí por fin ceden los dolores, la cama —esa prisión de la que no salgo desde hace tiempo— me suelta por un instante. La ilusión de un sueño me recorre. Fue un logro convencer a mi familia y a los doctores de venir a casa. El hospital se vuelve tan impersonal... Martín no quería, el miedo lo doblega, no sabe qué va hacer sin mí. Me dice: “Henriette, por favor, no me dejes”, como si sus palabras y lágrimas me pudieran retener.

Hacia donde me dirijo no importan ya las palabras, las emociones de los otros, ni siquiera lo que yo pueda sentir, pensar y —si me quedan fuerzas— desear. Todo lo anterior es banal. Le digo a Martín: “Todo está bien” —mientras mis fuerzas me lo permiten—, él llora, tiembla, se quiebra, ¡vaya ironía!, cuando la de los huesos

frágiles soy yo. El miedo a la pérdida no lo deja descansar. Su pequeña posesión se le desmorona, todavía no lo comprende. Martín vive en la ilusión de las cosas permanentes. Fue bueno conmigo todos estos años y sigue aquí, muchas veces al pie de la cama, intentando pasar su pena por una fingida felicidad, mentiras que me cuenta para cuando me recupere, de los viajes que haremos con las niñas, como si de este polvo que ya soy uno pudiera volver a ser. Mis niñas lo harán mejor, ésa siempre es la esperanza, son más flexibles a la pérdida, habitan todavía ese maravilloso mundo de la imaginación. Consolarán a su padre, sé que lo harán. No importa, ya no puedo atender estos asuntos domésticos. Ahora, sólo tengo una breve felicidad, me la proporciona la morfina, me regala esos momentos parecidos a los sueños, ya no siento el frío de la aguja en la vena cuando entra. Los dolores más intensos se esconden por un tiempo. Entro poco a poco en esta oscuridad, la misma con la que soñaba de niña; como vampiro lanzo mis sonidos, esperando regresen para señalarme el camino.

A veces mi voz arrojada a ese vacío me regresa la forma de mi madre, a la que no volví a ver más, después de su último encierro. No hubo despedida. Sólo un frágil y lejano recuerdo de esa mujer ausente, atormentada por algo que no logré entender. A su manera también se desmoronó, tal vez sea mi herencia, mi conexión con ella. Después, vino ese cambio de casa, de país, de personas que aparecieron y desaparecieron en mi vida todos estos años. Ese señor que decía ser mi abuelo, el padre de mi madre, de maneras febriles, con un cariño calculado, con su ilusión de regresar de donde lo habían sacado, me dejó estar a su lado un tiempo, breve como todo lo que ha sido en mi vida. Lo acompañé a esa campaña política, entre

camionetas blindadas y personas con armas. Su rostro en las pantallas, en los mítines de personas arremolinadas gritando sin lograr ser escuchadas. Esos breves momentos me parecían eternos, sentía que esa avalancha humana nos sobrepasaría. Buscaba esta oscuridad, este vacío, la tranquilidad para regresar a mis historias de vampiros y monstruos. No las hubo por muchos años. Me hicieron crecer a la fuerza, de escuela en escuela, de internado en internado. Llegó la furia de mi juventud sin mucho éxito, doblegada una vez más por la voluntad del abuelo. Intenté la fuga, la misma que hizo mi madre años antes; no tuve éxito. Después llegó Martín, con su cara de bueno, más necesitado de amor que yo. Le di lo poco que me quedaba con gusto. Contra todo pronóstico médico llegaron dos niñas pequeñas de ojos grandes. Ahí agoté mis fuerzas, complacida les di mi resto. Pocos años me dejaron disfrutar de ellas. La fortuna me regaló un reflejo de lo que pudo haber sido la felicidad, me la enseñó por el aparador del destino. Quien ve a esas niñas y ese hombre noble desde afuera soy yo, mientras mis huesos se quiebran como el cristal, el dolor me sirve de cuerpo, con pensamientos que se niegan todavía a irse del todo.

Dejé de luchar hace tiempo contra este desenlace. No hay motivo para no aceptar esta realidad. Mi gran aprendizaje de estos años: la aceptación. Desde este cuarto —en el que están mis únicas pertenencias de la niñez, reliquias, no comprendo cómo sobrevivieron a los cambios—, viajo en la noche como murciélago con orejas puntiagudas, los ojos asoman esa oscuridad que habitan. Las membranas libres del pelo, abrazan ese cuerpo, listas para ser extendidas y emprender ese vuelo irregular, fragmentario, esquivo. Pronto se acabará la tregua con el dolor, recorre mis médulas que en otro

tiempo ardieron. Esas pequeñas punzadas me agujonean sin moverme, me aturden, me llevan a un estado donde el cerebro recibe esos impulsos, los magnifica, ahuyenta cualquier recuerdo o pensamiento. Aquí está, una vez más, el último de mis compañeros, frío, abrazador. Me repito en los trazos de recuerdos que me quedan, la coherencia ya no puede ser, me abandona, pero no la busco como en otra época, la dejé ir como a tantas otras cosas; sería inútil seguirla cargando. El único consuelo es esta oscuridad, lo abraza todo. Escucho cómo mi voz busca objetos —o tal vez recuerdos— con los cuales chocar para señalar el camino, un vuelo irregular dentro de mi memoria fragmentada, pensamientos mal logrados, sentimientos enterrados. Cada vez es más lejano el eco que produce ese sonido, se esparce un silencio. Lo corta un silbido, otro ser alado, no está ciego, espera los primeros rayos de luz en algún sitio cercano. Cesa la melodía. Regresa mi oscuridad, límpida, infinita, sin punto de inicio ni final. Es hermosa.

Índice

1. La noche para Marcelo...	7
2. Edmundo terminó de hablar...	11
3. Minna se hurgó la uña del pulgar izquierdo...	17
4. El coronel lo esperaba sentado...	23
5. —Me dicen que está abierta la Casa del Poeta...	31
6. En esa mañana soleada...	41
7. Minna decidió no regresar a su departamento...	45
8. Marcelo aterrizó de madrugada...	51
9. <i>Hay que dejar reposar los pensamientos...</i>	55
10. Como era su costumbre, estaba despierto...	61
11. Minna sintió esa agradable fatiga...	67
12. Sabía que era un error estar ahí...	75
13. Edmundo volvió a escuchar el mensaje...	81

14. Despertó con un sabor metálico en la boca...	85
15. Las mujeres caminaban con zapatos de plataforma...	89
16. Hoy no quiero jugar...	95
17. Edmundo se relajó en el sillón marrón de la peluquería...	99
18. Marcelo esperó la llamada del coronel...	105
19. Minna logró tener más claridad...	111
20. Mamá se volvió a encerrar en su cuarto...	119
21. Cuando Edmundo abrió la puerta...	123
22. Marcelo recibió la nueva indicación del coronel...	131
23. —Observe a sus compañeros de viaje...	135
24. Hay recuerdos que no se quieren volver a tener...	139
25. El coronel le indicó que lo acompañara...	143
26. —Quiero carne —le dijo Frank...	149
27. Hoy hablé por teléfono con un señor...	153
28. Edmundo durmió mal...	157
29. Observó su rostro ...	161
30. El restaurante se empezó a llenar ...	167
31. Me despertaron los sonidos de la lluvia...	171
32. Marcelo observó sus zapatos...	175
33. Edmundo llegó temprano a la Universidad...	179
34. Minna dio los últimos tragos a su café...	183
35. En una de las paredes escurría un delgado hilo...	187
36. Por una de las ventanas de la biblioteca...	191
37. Me gusta ver lo que se refleja sobre el agua...	197
38. Hay órdenes que no se saben cumplir...	201
39. Minna no volvió a tener comunicación directa...	205
40. Logró incorporarse, después de varios intentos...	209
41. Edmundo se sentó junto a Sonia...	213

42. Minna esperaba en el estudio de Frank...	217
43. Sigue lloviendo, no para de llover...	221
44. Hay inercias de las que no se puede escapar...	225
45. Ahora me toca hablar a mí...	229
46. —Doctor, ¿es usted el que aparece en la fotografía?...	253
47. El mejor momento para sentir...	257



El observador,

de Igor Vivero Ávila, se

terminó de editar en diciembre de 2017.

Para su formación se usó la tipografía Borges, de

Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto

editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero

Estrada. Formación y portada: Juan Carlos Cué. Cuidado de la edi-

ción: Elisena Ménez Sánchez, con el apoyo de Karla Vargas (en sus

prácticas profesionales) y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.

